



LA ESPINA DE UNA PASIÓN

ROBERTO MURPHY

LA ESPINA DE UNA PASIÓN

Hace tres meses exactos, al inicio de la primavera, estaba en mi hamaca fumando unas maravillosas flores; me sentía totalmente de acuerdo con la vida. H. Bianciotti lo supo resumir: “la felicidad es incompatible con la vida, pero no con el instante”; así que en eso estaba, contemplando la noche mezquina de estrellas, fumando y dejándome arrullar con los Nocturnos que casi a desgana iba escandiendo Chopin (Federico Chopin fue un virtuoso del piano: compuso su primera Polonesa a los siete años y como recién apenas comenzaba a escribir, fue su padre quien anotó la pieza); yo estaba, digo, instalado en ese feliz instante. Y de repente, algo como un elefante me cayó del cielo y se me sentó encima; exactamente detrás de la corbata (de haberla tenido) un elefante se me echó.

Después de permanecer unos quince eternos minutos con un dolor indescriptible, (dolor visceral se lo llama en medicina) y viendo que el elefante no se pensaba mover, comencé lentamente a tratar de incorporarme; al dolor que seguía sin remitir se le sumó una angustia que nunca había sentido antes; y que jamás podre explicar, ni en mil paginas: a menos que la muerte sea explicable.

Lo que siguió después fue una sucesión de acontecimientos a los que se denomina un infarto en curso: lo

produce la acumulación de colesterol en las arterias coronarias, exactamente en la capa interna de la arteria cariñosamente llamada “Intima”; cuando entre la capa media y la intima se acumula colesterol, esto provoca una inflamación, entonces el organismo manda una legión de glóbulos blancos armados hasta los dientes llamados “macrófagos”, quienes tienen la tarea de comerse ese colesterol para luego enviárselo al hígado y que este lo elimine. Acá podría terminar un proceso natural de los muchos que constantemente realiza el organismo y de los que no llegamos a enterarnos pero, como en la vieja copla andaluza, “vinieron los sarracenos y nos molieron a palos, que Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos”, si resulta que el colesterol es demasiado, esta legión de macrófagos comprueba que no puede con su tarea de defensa y ¡se suicida! Si, como buenos kamikazes, los glóbulos se auto eliminan: cuando una célula no puede cumplir con su trabajo, se suicida. Y no es ninguna metáfora. Es entonces -cuando el organismo percibe ese daño y manda la orden de coagular la sangre para tapar lo dañado- que comienza el infarto. Ahí es cuando el elefante se posa encima de uno.

A partir de ese momento todo o casi todo es cuestión de suerte. Básicamente, si se tiene la fortuna de no palmarla en una arritmia (que es algo así como escuchar una orquesta sinfónica sin director) y se logra llegar a un centro

con hemodinamia disponible, en cuatro o cinco horas uno tiene un “stent” colocado, una temporada de reposo y una historia para contar.

Dicho de esta manera daría la sensación de tratarse de un incidente de relativa importancia, ya que lo sobreviví y lo estoy contando. Pero lo cierto es que este episodio me pegó como a los Mayas el 21 de diciembre del 2012. Se me terminó el mundo.

II

A partir de ese momento podría decir que comencé otra vida, la tercera, ya que la primera la cerré con un espectacular salto al vacío hace muchos años (y de la que he dado cuenta en paginas anteriores), y la segunda concluyó en el instante en que me cayó el elefante encima.

Algo me lleva a pensar que las elecciones que hacemos creyendo que son producto del libre albedrío, muchas veces adolecen de tal libertad. Pocas cosas se eligen en realidad, a menos que se asuma que un infarto es algo que se elige. O si se acepta que varias de las circunstancias que derivan en un infarto sí son de libre elección.

“Nuestra vida es la senda futura y recorrida” le hace decir Borges al I Ching. Y así me siento hoy: le estoy dando otra vuelta a mi vida: la tercera.

El caso es que luego de mi apocalipsis privado, al comprobar que seguía vivo y con mis facultades disponibles, después de agradecerles a todos los dioses la nueva chance que me daban, sentí la necesidad ineludible de buscarle otra razón a esta costumbre de seguir respirando; de darle otro sustento a mi existencia; de empezar otra vez. De la vida que dejé no hay mucho por contabilizar; lo mas importante son las ausencias.

Por lo pronto Carlitos, mi veterano labrador de catorce años cumplidos aprovechó mis días de internación para hacer mutis por el foro el también; pero el se fue para siempre, sin amagar como hice yo. Paso rápido este tema, en parte porque (como con otros temas) ya hablé de el en paginas anteriores y en parte porque al no estar cuando murió prefiero pensar que como no lo vi irse bien podría ser que el día menos pensado lo vea acercarse corriendo y tropezando con esa torpeza que a mi me hacia reír y a el enfurecerse.

Quien sabe.

Otra ausencia es la de Ale, mi último gran amor. Cuando los desencuentros fueron mas que los encuentros, se marchó. Al irse solo nos quedaban los silencios, dolorosos silencios; que son peores que las ausencias, porque están presentes. Una ausencia es una herida que cicatriza; un silencio es una herida que supura.

Cuando ya habíamos dejado de vernos, un par de meses antes de mi episodio coronario estaba esperando mi turno en el dentista mientras ojeaba una revista de las que sin duda se hacen para las salas de espera. Entonces vi su foto, y al pie una nota aclarando que se trataba de la reciente incorporación de Ale al reparto de una novela; y en su condición de “transgénero” (ese tratamiento le daba la nota, y agregaba que se está tornando tendencia este tipo de incorporaciones, en elencos, como panelis-

tas de programas “de actualidad”, etc). Finalmente -y a tono con el tipo de publicación- daba crédito al rumor de un romance entre Ale y una de las figuras de la tira. Parece que por fin la fortuna posó los ojos en ella y se le están abriendo las puertas. Le sobran talento y recursos, además de calidad humana. Tiene bien ganado el reconocimiento y es justo que las puertas se abran a su paso. Al verla en esa revista primero me sorprendí, pero a poco de comenzar la lectura algo como una felicidad comenzó a invadirme; o mejor debiera decir una especie de orgullo. Un orgullo feliz. Ajeno, prestado. Pero genuino orgullo.

Y, por que no aceptarlo, algo de dolor: otra cicatriz que en determinadas circunstancias recuerda que está ahí, y por qué está.

Otro cambio importante fueron los sesenta metros que dejé (transitoriamente) en ese barrio al sur de la gran ciudad por las sesenta hectáreas de campo y monte en las que hoy habito, al sudoeste de la provincia de Buenos Aires, donde las noches sin luna son iluminadas por tantas estrellas que se diría que de desaparecer nuestro bello satélite, acá nadie lo notaría.

Se trata de un campo que recuerda los restos de un naufragio: fue una “estancia” de varios miles de hectáreas que hoy se reduce a un enorme caserón con un gran parque, donde conviven -desde hace cien años en algunos

casos- cedros, robles, araucarias, alcanforeros, tilos, plátanos, casuarinas, un nogal, sauces, siempreverdes, álamos y un monte de frutales, todo rodeado de hileras de eucaliptus que establecen el límite del parque.

Es herencia de mi viejo; o por mejor decir, de mi bisabuelo. Pero esta es otra historia, de la que en algún momento me ocuparé.

Después de la muerte de mi viejo, una vez terminados los papeles de la herencia le firmé a mi hermano un poder general que lo habilita a comprar, vender, administrar y disponer de los bienes heredados. Siempre supo hacer buenos negocios y mi confianza en él me eximió de toda preocupación. Además desde que me independicé a los veinte años logré autoabastecerme sin inconvenientes, de modo que nunca debí recurrir a nada que no fuese generado por mi mismo. Y por distintos motivos, la relación que mantuve con mi hermano, sobre todo los últimos años (mas de veinte), no fue cercana; al principio por teléfono y después vía diversos medios electrónicos. Pero en veinte años no nos vimos personalmente mas de diez veces.

Y cuando nos veíamos, el tiempo siempre era escaso para dedicarlo a hablar de números; me bastaba con oírle decir que todo iba bien. Y a él le alcanzaba con saber que yo no necesitaba nada.

La cosa es que cuando salí del sanatorio, el stent venía acompañado de la indicación de darle una temporada de descanso a mi maltratado organismo; “son avisos que hay que atender” fueron las palabras con las que me despidió el médico.

Y fue entonces que decidí ver a mi hermano.

III

Lo primero que hizo mi hermano fue ponerme al corriente de los bienes heredados y el destino que había dado a cada cosa. Ahí me enteré de que era acreedor de una suma nada pequeña con la que podía vivir sin otros ingresos una larga temporada. También entonces supe que había conservado y mantenido en condiciones los “restos del naufragio”: la casa de campo en la que ahora estoy viviendo y desde donde escribo esto. Pero lo más importante que incorporé a mi nueva vida es mi hermano, con todo lo que significa un hermano, algo que décadas de ausencia borraron de mi disco rígido. Y de mi corazón.

Viene los fines de semana, cuando sus negocios se lo permiten. Tiene varios y todos son exitosos, pero la mayoría requiere de su presencia, o lo que es igual, de su Trastorno Obsesivo Compulsivo, tanto como el los necesita para sentirse vivo. El es sus negocios. Y se lo ve bien. Increíblemente bien.

Cuando éramos muy jóvenes (le llevo cinco años) los dos, quizá por haber transcurrido nuestros primeros años acá, en el campo, al mudarnos a la ciudad nos llevamos nuestra inocencia campesina a cuestas. Lo que nos convirtió en blancos fijos. Primero en el colegio y después en todo lo demás. Es cierto que a curtirse se

aprende rápido (sobre todo si se pierde a la madre antes de la adolescencia), pero a veces se tarda en entender y aceptar.

Eso le pasó a mi hermano; apenas entrado en la veintena se puso a tiro de la que iba a ser su mujer por muchos años (aunque eso el entonces no lo supiese, ella ya lo sabía). Y como dije antes, el seguía siendo un blanco fijo, así que ella le apuntó y le tiró con la mejor munición. Hoy esa “munición” tiene veintiséis años.

Mientras vivió casado nunca fue feliz. Desde que se separó no deja de serlo (feliz). Así es como el lo cuenta, aunque alguna vez -en general por la noche- aflora su lado B (como a todo TOC) y sobrevuela recuerdos con una nostalgia que sin duda han de dolerle; entonces se despacha dos o tres generosos Johnnie Walker “double black”, da las buenas noches y se va a dormir. Con dos mg de clonazepam, por las dudas.

Y a las seis de la mañana ya está corriendo sus diez kilómetros diarios mientras elucubra nuevos negocios: su única terapia, según cuenta.

Y como dije, se lo ve muy bien.

IV

Antes escribí que lo mas valioso que había recuperado era mi hermano, no solo por la obvia razón de ser mi hermano sino por todo lo que trajo aparejado.

Hace muchos años, después que la vida se me pusiera patas arriba y me mantuviese alejado, al principio alejado hasta del País y después de lo que fue mi entorno, incluida la familia, mi hermano siguió en contacto permanente con mi -nuestro- viejo hasta que este murió; fue el quien lo reconoció en la morgue de Dolores cuando tuvo el accidente, y fue el encargado del entierro y de todo lo demás. Yo entonces estaba viviendo en Delhi.

Además, como a los veinte años yo ya me había independizado, el contacto con el viejo no era muy fluido, mas vale intermitente, en parte porque el vivía viajando y en parte porque cuando me independicé sentí que para el era un alivio. Y ese alivio difícilmente propiciara un acercamiento, al menos por mi parte.

Yo fui el mayor; estuve al cuidado exclusivo de mi madre; era la “luz de sus ojos”, al que dedicaba todos sus esfuerzos; cuando escuché por primera vez (de las muchas que habría de escuchar después) a mi viejo recriminárselo, recuerdo que al decirlo me miró de una manera que no dejaba dudas: éramos el o yo. Y así vivimos hasta que mi

madre murió; entonces yo tenía doce años y mi hermano siete.

- Vos casi no llegaste a conocer al viejo; o es lo que siempre creí...

- Sí, es así. Cuando creía que lo conocía (¡como no iba a conocer a mi viejo!) el hacía o decía algo que me desconcertaba; como si le divirtiese sorprenderme, pero en el mal sentido: como si llegar a conocerlo le quitase fuerza o autoridad; era conocerle los secretos y eso lo debilitaba. Nunca sentí que me tuviera demasiadas contemplaciones, porque creo que nunca me vió como a un niño o un adolescente; siempre me hablaba como a un adulto, desde que tengo memoria su trato fue de adulto.

- Es gracioso, parece que estuviésemos hablando de personas distintas. Tal vez debido a que yo pasé casi treinta años muy cerca de él, llegué a conocerlo; a él y a través de él a la historia de la dinastía, desde el padre de nuestro bisabuelo hasta la fecha. ¿Sabías que nuestro viejo escribía?

- Sospechaba, pero ya te digo, darme a leer algo escrito por él hubiese sido mostrar debilidad, cosa que conmigo nunca se permitió. Sí sabía que era un lector ecléctico y exigente. Lo vi leer pero nunca lo vi escribir.

- Escribía, y en mi opinión lo hacía muy bien. Tengo guardadas algunas cosas, por ejemplo lo que escribió cuando cumplió setenta años y los amigos le organiza-

ron un gran festejo, en donde lo leyó; yo estaba ese día, el guacho se había ido preparado y te juro que esa vez hizo llorar a mas de uno.

Lo busco y te lo dejo antes de irme.

Si te interesa, en el escritorio que el usaba y que yo sigo usando cuando estoy acá, te dejo una pila de cosas: escritos, cartas, fotos; tenés un siglo y medio de historia familiar para escarbar.

Mañana salgo muy temprano para Buenos Aires. Te dejo la Hillux, vieja pero confiable, por si tenés que ir al pueblo. El “modem” es un balazo y me juraron en la Cooperativa que esta vez no va a fallar...

Además te dejo una caja de un malbec que va a poner de fiesta a tu paladar; lo vas a tomar de pie de tanto respeto que te va a inspirar. También en el freezer tenés carne como para alimentar una familia de caníbales una semana. Y yo estoy de regreso en seis días. ¿Sobrevivirás?

Tras cinco saludos al sol, munido del mate y de un termo Stanley de dos litros (así de abundante es mi hermano) entro en el cuarto que viene sirviendo de “escritorio” hace cuatro generaciones. Nuestro abuelo era médico y le gustaba la investigación, de modo que también lo usó como laboratorio, y mas de medio siglo después aun se perciben en el aire olores de químicos que llenaban frascos con cadáveres de extraños bicharracos a los que investigaba. Sobre todo víboras y reptiles. Separo de una pila de papeles uno al que mi hermano abrochó una nota: “carta de cuando le festejaron los setenta, te va a gustar”.

“Setenta años.

Cuando uno cumple setenta años ineluctablemente tiene que haber visto “mas allá”. Aclaro que este “mas allá” no es “el mas allá” con que se nombra lo que no sabemos que es pero si sabemos que empieza con la muerte; no, este “mas allá” refiere al futuro no inmediato, al porvenir que se puede medir en años, lustros y aun en décadas. A ese mas allá me refiero.

A los veinte, treinta, cuarenta, inclusive (a veces) a los cincuenta, este “mas allá” no existe, o no se lo considera en los planes y objetivos que uno se pone.

Pero llega un día (en realidad nunca es un día) en que

uno ve este “mas allá”; sorpresivamente se lo tropieza y se lo lleva por delante, porque no lo está esperando; nunca se lo espera, por eso siempre sorprende.

Cuando uno se encuentra con este “mas allá”, en realidad lo que advierte es que ya está dentro, metido en ese mas allá que llegó y que es su presente.

De eso, entre otras cosas, se trata de cumplir setenta años. De comprender que todo el activo que uno posee es el presente en que vive. Cada día, cada hora, cada minuto cuentan; son el único capital del que se dispone.

Dice el saber popular que “el cajón no tiene bolsillos”. Lo que no dice este popular saber es que el tripulante de ese cajón tampoco tiene cómo, dónde, con quién y cuándo gastar no solo el dinero, sino el amor, la felicidad, el placer y todo lo bueno que tiene la vida.

Nada de todo eso se puede invertir en ese otro “mas allá”. Es inútil guardarse algo para entonces.

Piliph Roth (autor que siento muy cercano) sostiene que la vejez no es una batalla, que es una masacre. Y algo de razón lleva; pero así como nadie elije nacer, nadie elije envejecer; se nace, se madura y se envejece; y después se muere. Todo lo que nace muere, es ley de vida.

Lo que si se elije, al menos cuando se cumplen setenta años, es como se quiere transitar el resto del camino.

Y yo elijo transitarlo como si fuese a morir mañana, pero en la creencia de que la Vida me va a regalar un día mas;

así todos y cada uno de los días que me queden por vivir. Para lograrlo me tracé un plan: voy a contarle a la Vida cada noche un cuento distinto, como Scherezade en las Mil y Una Noches, para que me conceda un día mas cada mañana. Sé que tendré que exprimir mi imaginación buscando buenas razones para ganarme ese día mas, pero sé que lo puedo conseguir; puedo encontrar muchas razones para ganarme cada nuevo amanecer.

Y cuando llegue el día que sea el último, quiero que el otro “mas allá” me encuentre vivo, muy vivo y ocupado. Y feliz. Y de ser posible, desprevenido.”

Termino de leer lo que escribió entonces y no puedo evitar que un llanto agazapado se me abalance queriendo arrancarme los ojos con sus garras traicioneras. ¡Mi viejo era capaz de sentir y de escribir algo así!, y yo nunca lo supe.

Entonces entiendo la naturaleza de mi llanto: dolor, porque me muestra todo lo que se fue con su muerte, pero sobre todo dolor porque descubro que, lo que habiendo existido, nunca conocí.

Mi viejo vivió cinco años mas; murió a los setenta y cinco.

Y murió como quería. Desprevenido.

He montado el “consultorio” en el comedor, ubicado en el centro geográfico de la casa. Es un lugar para veinticuatro comensales, iluminado por dos arañas con caireles que antes de ser electrificadas sostenían seis velas cada una, una chimenea hogar que parece una cochera, todo rodeado por ventanales con rejas que dan a otros ambientes y estos, cuyas ventanas también están enrejadas, dan al exterior. Cuando se construyó la casa, hace unos ciento veinte años, según el Diario que llevaba nuestro bisabuelo y que conservamos en la biblioteca, en la zona aun se dejaban ver indios “bomberos” con malas intenciones, además de gente de toda laya. La cuestión es que la casa fue hecha para resistir hasta el sitio de Troya.

Lo malo de este bunker es que resulta impenetrable también para la señal de internet, lo que me dificulta atender por Skype; pero no es solo porque la conexión se corte a cada rato. Aunque me acostumbre a la pantalla, siento que tengo que manejarme con menos recursos: la presencia física con su energía, la actitud corporal, la postura, los movimientos de las manos, todo eso se pierde; y son datos que permiten lecturas que ayudan a entender al paciente, tanto como escuchar su voz.

Lo curioso, en cambio, es verlos a ellos en la pantalla

mucho mas relajados, a veces mas que en persona. Lo he pensado y se lo atribuyo a la gimnasia que les dan las redes con la continua exposición frente a la pantalla.

El problema es que las redes crean realidades paralelas. Ahí cada uno es como quiere ser, y en la vida “real” somos como somos, que es como podemos. En el mejor de los casos las redes nos muestran “editados”.

Consumimos alcohol, sustancias, redes, series en tele etc., para hacer mas llevadera la vida, para que no nos duela tanto vivir. O para que el dolor nos dé una tregua. Necesitamos de todo eso para “recrear” la realidad hasta hacerla aceptable.

Lo inconveniente de esto es que mi trabajo comienza cuando logro que el paciente se despoje de esa “recreación”, y siento que me resulta muy difícil (o imposible) llegar a esa instancia a través de una cámara.

Voy a ir cerrando todos los casos que me sea posible por Skype. Y no voy a tomar nuevos, al menos no con esta modalidad. Ya veré como me manejo, pero solo atenderé cara a cara. Y no creo que se deba a que estoy grande para cambiar; mas vale obedece a algo profundamente ético: quiero seguir creyendo en la utilidad de lo que hago. Y así no lo estoy logrando.

Cuando me vine para acá lo hice con idea de quedarme unos tres meses, durante los cuales no pensaba atender. Pero no cumplí y estoy, bien o mal, atendiendo. Lo que

voy a hacer es viajar regularmente a la Gran Ciudad, aprovechando las idas y venidas de mi hermano. Y veré como me organizo con los pacientes, pero la atención en persona es la única manera en la que creo poder seguir siendo de algún provecho. Confiable quiero decir.

Y me voy a tomar las cosas con mucha calma, además de evitar meterme en problemas. Si algo tengo claro es que no está dentro de mis proyectos volver a entrar a un quirófano. Al menos consciente.

VII

Estoy en una Axion sobre la ruta 5, próximo a la entrada de la Ciudad de Carlos Casares.

(A veces la historia argentina reparte suertes difíciles de entender: Carlos Gumersindo Casares, hombre nacido, criado y muerto en Magdalena, dio nombre a este pueblo que nunca pisó, entre otras cosas porque mientras vivió todavía el pueblo no existía. Fue gobernador de la Provincia de Buenos Aires, luchó con tirios y troyanos pero siempre contra Rosas, a veces a favor de Mitre y a veces de Alsina -declarados enemigos-. La cosa es que varios años después de muerto a los políticos les dio por homenajearlo, y como no tenían donde, se les ocurrió que con una franja de tierra de Nueve de Julio y otra de Pehuajó, cedidas por estas “gentilmente”, tendrían el problema resuelto; y así hicieron, así inventaron Carlos Casares).

En el campo me conecto con un “router” que mi hermano instaló, pero que a menudo falla -no sea cosa que se nos ocurra creer que estamos en el primer mundo y nos malacostumbremos- acotó la primera vez que no anduvo.

Como hoy es uno de esos días en que no anda me monté en su auto (“Range rover evoque”... pensar que yo lo ayudé con la compra de su primer 3CV) y acá estoy, en

la confitería de esta estación de servicio con buen wifi, comunicándome con algunos pacientes vía Skype.

- Si Doc, el tiempo libre; lo malo con la “merca” es el tiempo libre. Cuando se construyó Wall Street, los dueños de las “corredoras” proveían de cocaína de alta pureza a los operadores, de lunes a viernes. El planteo era simple: el estímulo era la promesa de una silla en el directorio, y el combustible para lograrlo la “merca”. Y los problemas formaban parte de la vida privada, donde nadie se inmiscuía, los fines de semana.

- ¿Y vos crees que tu caso es igual?

- Exactamente igual; mi caso y el de muchísima gente que trabaja en “la Patria”, además de otros ambientes en donde la exigencia es mucha y la plata también; y el tiempo siempre es escaso.

Le hemos vendido el alma al diablo, con el que tenemos una excelente relación de lunes a viernes. Y tan así es que desde el sábado a la mañana estamos deseando que sea lunes, a menos que le sigamos dando a la “pala”. Pero es complicado estar en familia, duro y al borde de un ataque de nervios; la paciencia y la dedicación que demanda una familia están en las antípodas de la vida que llevamos cinco días por semana, nadando entre tiburones. Entonces nos consolamos pensando en la buena vida que nos procuramos para nosotros y los nuestros, y asumimos que la inadaptabilidad de los fines de semana es

el costo de esa buena vida. Aceptamos que esa atrofia afectiva es parte del costo. Además, pasamos la vida creyendo que “cuando se quiere se sale”...

- ¿Y es así? ¿Se sale cuando se quiere?

- Mirá, yo hace mucho que dejé de tratar; creo que me cabe el “Síndrome Maradona”, ¿lo conocés?

- Si me lo querés explicar ahorramos tiempo; además no lo conozco.

- Se discute si Maradona hubiese llegado a ser “Maradona” sin su temprana adicción a la merca. Y la respuesta es que no; hubiese llegado a ser un jugador excepcional, pero nunca el tractor que se echaba el equipo al hombro y al equipo contrario lo pasaba por arriba, porque era incansable e irrompible. Ese plus que lo hizo ser único jamás lo hubiese logrado sin su “aditivo”.

-¿Y pensás lo mismo de vos? Lo que lograste digo, ¿crees que no lo tendrías sin haberte vuelto consumidor?

- Hace tanto que soy del palo, que ya no me puedo imaginar afuera. Hubo un tiempo, hace mucho, en el que entraba y salía, solo para sentir que lo manejaba. Pero no la pasaba bien: lo único que deseaba era que se cumpliera el plazo que me había impuesto, para volver. Algo como en esas peleas de pareja en donde se espera ansiosamente la reconciliación para festejar con el mejor polvo; algo así.

- La abstinencia para recuperar el placer que la habitualidad diluye.

- Algo así, pero contestando a tu pregunta, no se si hubiese logrado lo que logré de no haberme hecho del palo, porque hoy ya no soy sino quien soy, la merca forma parte de mi; y ya no recuerdo como era antes, hace mucho tiempo, antes de conocerla.

Además, llega un momento en la vida de todo consumidor en el que por ultima vez se pregunta si quiere salir...y después ya no se vuelve a preguntar mas. Se deja de pelear...

- Ahí es cuando el diablo se declara ganador. Y te declara ganador, además, de tus éxitos, de tus riquezas, de tu bienestar.

- Si, eso pasa cuando ya sos “alguien”. Y ese “alguien” que conseguiste ser es la persona que los demás conocen, que muchos quieren, algunos temen y lo mas importante, todos respetan.

- El único problema que te queda por resolver entonces es el tiempo libre.

- Si, es lo único. Y aunque para eso se inventaron los viajes de negocios, el squash, el golf, el tenis etc, lo mismo nunca resulta suficiente. Además de las mujeres “de ocasión” que por supuesto tienen que ser del palo.

- Y nunca pensaste en rehacer tu vida con una persona, una mujer en este caso, que tenga tus mismas costumbres, tu misma adicción quiero decir.

- Jamás Doc, ese es el camino mas rápido al infierno; eso siempre lo tuve claro.

Además conocí parejas así: una cosa es, como dije antes, venderle el alma al diablo y otra es construirse el infierno en la tierra. Parece lo mismo pero no lo es. A mi el diablo me ayudó a edificar esta vida que tengo para que la disfrute; ya veremos luego, cuando me pase la cuenta.

- Tal vez ya te mandó la primera factura.

- ¿...?

- El tiempo libre.

Son muchas las maneras de obrar que tiene el diablo en quien hizo un pacto con el.

Cuando estaba en el apogeo de mi vida profesional, mediando la treintena, era un consumidor impenitente de merca. De modo que tenía muy aceitados los mecanismos de provisión a efectos de contar con mi dosis diaria, siempre; hacía la compra semanalmente a quien rara vez fallaba.

Pero una vez falló. Quien conozca de qué hablo sabrá lo que significa: no hay nada peor para el adicto que la falta no deseada e imprevista, y yo no era la excepción.

Esa vez, agotada la ronda telefónica entre los “dealers” alternativos, me subí al auto y salí a patrullar las calles.

Donde haya putas hay merca, es una verdad rotunda, de modo que allá fui, a por las putas y su merca. A poco de andar encontré un par de larguísimas tibias sobre las que

una atractiva señorita de unos veinticinco años se movilizó hasta mi auto a ofrecerme un intercambio amoroso-comercial; entonces le conté que mi búsqueda era otra, a pesar de lo tentadora que su oferta me resultaba. Pero insistió; aunque ella no tenía me ofreció pedirle a la amiga que estaba a unos metros de nosotros, - con la condición de irnos a un hotel y disfrutar de todo juntos-me dijo. Y me dejó sin alternativas.

Estando en el hotel, ya consumado el acto amoroso (es justicia decir que era mas de lo que prometía, y lo que prometía era mucho) pedimos una botella de J&B y arrancamos con la merca y la obligada “esquizocharla” de quienes “toman” juntos.

Un cuidado que mantuve durante mis años de adicto fue evitar el exceso; “poquito y a menudo” era el lema de la catalana que me inició en mi juventud. Y por suerte siempre lo tuve presente; pero se notaba que la señorita de las largas tibias no había conocido a mi amiga española, y sus rayas iban aumentando en frecuencia y volumen. Además fumaba como una locomotora, lo que la llevaba a tener accesos de tos con una flema que por momentos la dejaba sin aire; también la coca en su paso por vías respiratorias produce flema en cantidades que cierra la glotis, llegando hasta el edema. Además del efecto anestésico en las mucosas, típico de la cocaína.

Y eso fue lo que le pasó a la dueña de las largas tibias.

Cuando volvía del baño la veo tirada en la cama asfixiándose, azul pero consciente aunque sin poder hablar.

Gracias a noches de eternas guardias hospitalarias había tenido la oportunidad de realizar varias traqueotomías y maniobras de Heimlich (que es lo que se hace cuando el asfixiado está consciente) de modo que procedí a levantarla y tomarla de la cintura desde atrás para comprimirle el abdomen justo debajo de las costillas, repitiendo las compresiones durante unos segundos que me parecieron siglos; hasta que vomitó.

Cuando pudo volver a hablar, con bastante dificultad pero con la mitad de las vías sin obstruir, desde el teléfono de la habitación llamé al 911, dejé la plata que habíamos acordado sobre la mesa de luz y silenciosa y cobardeamente me fui.

Mentiría si digo que lo vi en persona, pero cuando regresaba a casa en el auto tratando de controlar el castaño de mis dientes, juro que sentí su presencia en el asiento que un rato antes había ocupado la dueña de las largas piernas.

Era el diablo. Y se sonreía.

VIII

Estoy regresando de caminar por la avenida de eucaliptos que circunda el monte y desemboca en la casa. Aún no deja de “seguirme” la presencia de Carlitos, aunque hayan pasado varios meses desde que no está. Fueron tantas las caminatas compartidas a lo largo de los ocho años que convivimos que aún siento que me sigue detrás, de una manera tan vívida que me lleva a mirar hacia dónde “está” para cerciorarme que no lo veo, que no, que no está. Entiendo a la gente que habiendo perdido alguna extremidad como un pie o un brazo, jura que le pica o le arde o le duele allí, donde antes estaba el miembro que le fue amputado y ahora hay aire. Suele ser largo el olvido hasta llegar a hacerse recuerdo.

Al entrar en la casa me ataja Susana, la mujer de Néstor, el casero. - una Señora lo está esperando; preguntó por alguien de la familia y le dije que estaba Usted...

Una Señora de alrededor de setenta años (quizá algo menos) alta, delgada, me aguarda sentada en un sillón del hall. Nos saludamos, nos presentamos y de entrada nomás noto algo que me llama la atención: detrás de una mirada serena, percibo un aire familiar, en los ojos, en la expresión al mirarme, sin poder definir que es; pero en todo caso lo que trasunta esa mirada no es algo que intranquilece.

- Era una deuda que debía saldar, aunque mi mamá ya no esté para verlo. Le había prometido que la iba a traer y por una razón u otra nunca lo hice; y la vida fue pasando...Pero me habló tanto y durante tantos años que le juro que tengo la sensación de haber vivido en esta casa, de conocer cada cuarto, cada ambiente.

- Mire, si dispone de tiempo damos una recorrida por la casa y me va contando la historia, si le parece.

La recorrida nos lleva un rato durante el cual realmente da muestras de conocer la casa hasta en los mínimos detalles. Después le ofrezco algo de tomar; me acepta un té y nos sentamos nuevamente en el hall en el que me había estado esperando.

- Mi mamá nació y se crió en esta casa y según me contaba, tuvo una niñez muy feliz. Era la hija del encargado, que a su vez era hijo de la señora que había sido cocinera del personal cuando se construyó la casa.

- Esta casa la hizo construir mi bisabuelo, en el año mil novecientos uno. Conservamos el Diario en que él anotaba sus actividades, primero en un campo que tenía en Lobos y después en este, que compró al inicio del siglo veinte y donde construyó esta casa, en la que habría de permanecer hasta su muerte, cerca del año treinta.

- Si, en el año mil novecientos treinta y cuatro exactamente. Para entonces mi mamá y mi abuelo ya no vivían acá. Se habían mudado a un campo pequeño en Luján.

Seguimos una charla plagada de detalles y precisiones que me estaban resultando de lo más interesantes, aunque con cada acotación que hacía mi curiosidad iba en aumento.

- No lo tome a mal, pero debo confesarle que ha logrado intrigarme: usted sabe mucho más de la historia de esta casa que yo mismo; y que eso se deba a lo bien que lo pasó su mamá mientras vivió acá, hace casi un siglo, me resulta por lo menos extraño...no sé si me entiende...

- ¡Claro que lo entiendo! Es lógico, mi marido -que se quedó en el auto esperandome- me venía diciendo que iban a tomarme por loca, extraviada, que sé yo... Le pido una disculpa...que alguien aparezca así, caída del cielo, con una historia como la mía...claro que es extraño...

Algo de lo que dijo en ese momento debió haberle rozado alguna parte sensible, porque dos lágrimas comenzaron a surcarle las mejillas. Para distender, con la excusa de prepararle otro té me fui a la cocina.

De regreso, ya repuesta y tras beber un sorbo de té, me miró de esa forma tan perturbadoramente familiar que me llevó -sin pensarlo- a dispararle:

- Usted guarda algún secreto o tiene algo más que contarme sobre toda esta historia; discúlpeme pero es lo que estoy sintiendo y si bien no tengo ni idea de que se trata, me encantaría saberlo. Por favor no se ofenda, pero es lo que siento, no sólo desde que comenzamos a charlar sino desde que la vi; hay algo...

- Yo soy la que de nuevo le pide disculpas; y si, tiene razón, hay algo más que debo contarle para que me entienda y se explique mi reacción; o mi conducta.

Cuando su bisabuelo compró estas tierras, unos ocho años antes de comenzar el siglo veinte, vino con personal que trajo de otro campo que tenía en Pehuajó y que había vendido para comprar este. Entre la gente que trajo había una joven de diez y seis años, que en ese momento ayudaba en la cocina y era la encargada de hacer el pan en el horno que a tal efecto había hecho construir el patrón, su bisabuelo.

La joven se llamaba Dulcinea; era hija de españoles. Y le mentiría si le dijese cómo se dieron las cosas, pero el hecho es que un día Dulcinea se ausentó una temporada, unos meses, y al regresar lo hizo con un niño recién nacido en brazos. Ese niño se llamaba Félix, quien con el correr del tiempo llegaría a ser el mayordomo de este campo y de otro cercano, también propiedad de su bisabuelo.

La vida siguió, su bisabuelo se casó y tuvo dos hijos. También Félix creció, y como le contaba antes se fue formando primero como capataz y luego como mayordomo general, se casó y tuvo tres hijos; dos varones y una mujer, la menor. Esa mujer fue mi madre, quien junto con sus hermanos se crió en este campo.

Alrededor del año treinta su bisabuelo viajó con Félix a otro campo, “El Descanso”, pequeño pero con excelentes tierras, ubicado en Gowland, próximo a Luján. Luego de recorrer juntos las instalaciones, su bisabuelo extrajo del portafolios unos papeles y se los entregó a Félix: era la escritura de ese campo, y estaba a nombre de él. De Félix, mi abuelo.

Fue ahí cuando le contó que producto de la relación que había mantenido con Dulcinea, para entonces fallecida, había nacido él, Félix. Que él era su padre, y que si bien en esa época él era soltero, las diferencias sociales eran insalvables, lo que los llevó a mantener el secreto de por vida. Pero agregó que antes de fallecer Dulcinea, él le había prometido que se haría cargo de todo lo concerniente a Félix, menos del apellido; de modo que entregándole esa propiedad no hacía más que honrar la palabra que había dado a su madre en el lecho de muerte.

Un par de años después Félix se mudó con la familia a ese campo y ya no se vieron más con su bisabuelo, quien moriría dos años más tarde.

- Disculpe, pero si entendí bien estamos hablando de “nuestro” bisabuelo.

- Si, para ser exactos es así. Pero eso ya no tiene ninguna importancia. Y cuando la tuvo, razones o normas sociales impidieron el ejercicio del “título” por parte de mi abuelo; recuerde lo que le conté recién: “todo lo que sea

necesario, menos el apellido” fue la promesa de “nuestro” bisabuelo a Dulcinea, “mi” bisabuela.

Un silencio tenue, acojedor o por lo menos nada invasivo se posó sobre nosotros, a la vez que la tarde se iba haciendo noche.

De una forma que no me es fácil explicar, comencé a sentir que las cosas iban encajando unas con otras. Pero esencialmente entendí lo perturbador de su mirada: era, al igual que sus ojos, la copia fiel de los míos. Como mirarme en un espejo.

Un par de minutos después, con una voz que me salió casi en puntas de pie, susurrando, me oí hablarle.

- Querría saber qué fue del campo de Luján, el que le quedó a Félix; ¿como me dijo que se llamaba?

- “El Descanso” se llamaba. Tengo entendido que mi abuelo era muy trabajador pero mal empresario; se ve que no llegó a aprender todo lo que el padre sabía...

Lo cierto es que el campo se terminó vendiendo, primero una parte y después, cuando mis tíos se hicieron cargo, el resto.

- Mire usted cómo son las cosas: mi abuelo fue médico aunque nunca ejerció; se dedicó a vivir la vida con lo recibido en herencia y de todo eso (que era bastante), lo que conserva mi familia no es mucho más que lo que ve, esta casa y lo que la rodea. Parece que nuestro bisabuelo fue el último que contribuyó a aportar a la dinastía...

- Hay algo más que querría agregar a lo que le conté. Usted pensará que es una zoncera, o una tontería de mujeres...

- Le aseguro que todo lo que me ha contado me resulta de sumo interés; además, entiendo lo conmovedor que esta historia pueda resultarle; en el fondo, o al principio si se quiere, es una historia de amor...

- Eso es lo que quería agregarle. Supe, por mi mamá y ella por su padre, Félix, que “nuestro” bisabuelo quiso mucho a Dulcinea; se lo dijo a mi abuelo cuando le entregó el campo de Luján: -“Dulcinea, tu madre, fue el amor de mi vida”- fueron sus textuales palabras. Es eso lo que me emociona y lo que me guardo de todo esto. Lo demás, como usted dice, es historia. Historia antigua.

La acompaño hasta donde está el marido aguardándola. Luego de una breve presentación que a la vez es despedida, antes de subirse al auto vuelve a mirarme, -con ese aire familiar que ahora ya no me sorprende sino que me produce algo raro, difícil de poner en palabras: como si hubiésemos regresado de un viaje en el tiempo, un siglo atrás, donde nos conocíamos.

- Yo soy profesora de literatura, en Luján. Y escribo, sobre todo poesía. No he publicado nunca porque considero que el nivel que se requiere para hacerlo está muy por encima de mis talentos; pero me gusta mucho escribir y al hacerlo siento un enorme placer. Y cuando supe por

mi mamá la historia de Dulcinea, hace ya muchísimos años, escribí algo que aun conservo, y se lo quiero dejar; no es que en sí tenga algún valor -ya le dije que mi talento literario es muy modesto- pero siento que refleja lo mas valioso de la historia que hoy le conté; lo único que el tiempo no se llevará mientras lo recordemos: el amor que la inició.

Quien lo “dice” es nuestro bisabuelo.

“Oh mi dulce Dulcinea

Qué has hecho a mi corazon

Ademas de hacer el pan

Con que perdí la razón

Oh mi dulce Dulcinea

Si tu quieres que yo sea

Tu Quijote, Dulcinea

Devuélveme el corazón

Dulce, dulce Dulcinea

Y quédate la razón.”

IX

Sin duda la temporada que estoy pasando en este lugar, en donde transcurrió mi niñez y al que no había vuelto en más de treinta años, me ha despertado una infinidad de recuerdos que (aunque viajen conmigo, como compruebo) de no haber vuelto es improbable que hubiesen regresado a visitarme.

Son los primeros recuerdos que tengo de mi vida. En algunos casos se trata de imágenes aisladas, en otros de situaciones concretas; acaso demasiado concretas.

Cuando yo andaba por los ocho años, iba al colegio en el pueblo al que mi viejo me llevaba todas las mañanas antes de abrir la oficina que tenía ahí y en la que atendía sus negocios. Al mediodía me buscaba y volvíamos a almorzar al campo con mi vieja y mi hermano.

Fue entonces cuando ella (mi madre) comenzó por primera vez con los síntomas de la enfermedad que habría de terminar con su vida cuatro años más tarde. Pero eso, en el momento al que estoy refiriendo, nadie lo sabía.

En una de las visitas al especialista que mensualmente llegaba desde Buenos Aires a atender en el pueblo, quedó internada en la Clínica -el tiempo que lleven los estudios- dijo el médico.

Nunca llegué a saber de cuánto tiempo hablaba, pero mi viejo lo ha de haber juzgado demasiado como para ha-

cerse cargo “de la familia” el solo (ya tenía que hacerlo con mi hermano de tres años) de modo que la mañana siguiente, al dejarme en la puerta del colegio me avisó que por unos días tendría que quedarme a dormir ahí, en el cole. -Con los demás pupilos, como hice yo todo el secundario - dijo al despedirse. Y durante casi dos meses no lo vi más ni supe nada de él ni de mi vieja.

Esos dos meses obraron en mí varios cambios: dejé de escribir, me puse tartamudo y me pesqué una neumonía que casi me manda al otro mundo.

Todo comenzó cuando el Hermano a cargo de las horas de estudio, viendo que al escribir yo usaba la mano izquierda (soy zurdo absoluto) primero con buenos modales pero al no notar progresos con maneras menos amables que incluían “coscorriones”, finalmente intentó corregirme atándome el brazo izquierdo al soporte que sostenía el pupitre. Para que yo escribiese con la derecha, se entiende.

No recuerdo que llegó antes, si el tartamudeo o la enuresis. Pero sí tengo presente la primera noche que, tras haber comprobado que mi cama y yo éramos la misma sopa, antes que comenzara a clarear me sacaron a dormir al sereno, con cama meada incluida.

Me acuerdo de la primera noche pero no de la última, porque fueron muchas, con resultados cada vez peores. Hasta que el médico al que debieron llamar -porque yo

me había encaprichado en subir a cuarenta mi temperatura y me negaba a bajarla- resultó ser amigo de mi viejo y le contó.

Si bien cesaron los intentos de corregirme “la mala costumbre” de escribir con la mano izquierda (sinister lateralis la llamaba el Hermano a cargo de las horas de estudio) y se resolvió lo del colchón con una lona de acoplado de camión puesta debajo de la sábana, dejándome dormir adentro, aún debí permanecer tres meses más pupilo. Cuando al fin regresé a casa, además de haber perdido cinco kilos y de conservar un leve tartamudeo que me habría de durar varios años, había conocido lo dura que puede ser la vida, sin importarle que tengas ocho años.

Pero también tengo muy presente la felicidad que sentí al regresar a casa; ¡descubrí que yo vivía en el Paraíso! El monte de árboles gigantes, el canto de los pájaros, las tormentas formándose en el horizonte, el viento en la cara, la libertad de moverme sin estar siempre bajo la mirada de alguien... Sin duda yo había vuelto al Paraíso, solo que antes no lo sabía.

Y si lo supe entonces, fue después y gracias al medio año de pesadilla que -quizá con fines didácticos- me había reservado el destino en ese colegio.

Como la vida tiene la costumbre de mostrar que en apariencia se repite, varias décadas después estoy sentado

bajo los mismos árboles que mecidos por el mismo viento vuelven a recordarme que el Paraíso en la tierra existe. Aunque también exista el infierno.

Estoy escribiendo, sentado bajo unos tilos, sin ninguna música; el sonido del viento entre las hojas de los arboles, sobre todo cuando atraviesa los cedros centenarios, supera cualquier intento humano de música. El hombre inventó las artes para no aburrirse o para no desesperarse, pero nunca para remplazar a la Naturaleza. Ni para emularla.

Dejo que mi pensamiento vuela y se enrede entre el viento y los arboles mientras disfruto de la porción de flores que me prescribí, después de mi episodio coronario: un canuto cada tres días. Se lo recomendaría hasta a un moribundo (que no es mi caso).

Escucho pasos detrás; es Susana, la señora del casero, que me trae una bandeja con el equipo de mate y algo mas.

- ¿Lo interrumpo Doctor? Le traigo el mate y unos pastelitos que cada tanto le hago a mi marido; le encantan pero...

- No, no me interrumpe y me gustan los pastelitos; claro que tengo que cuidar el colesterol que casi me manda al otro mundo, pero muchas gracias.

- Eso le decía: a Néstor también tengo que tenerlo a raya con el colesterol; pero uno o dos no le van a hacer nada... Se queda parada mirándome con cierto disimulo, a la vez que pareciera querer decir algo; pero permanece en

silencio, un par de minutos. Carraspea, mira el infinito, me mira, vuelve a carraspear y se anima.

- Doctor, sé por su hermano que usted atiende gente con problemas, digamos sicológicos, o mentales, nerviosos... No sabría como llamarlos...

- Sicológicos está bien. Si, a eso me dedico, aunque ahora estoy de vacaciones. Pero dígame Señora, ¿que se le ofrece?

- Por favor llámeme Susana.

Anoche hablábamos con mi marido y nos pareció que podríamos aprovechar que usted está acá y hacerle una consulta, aunque no sé si lo que nos pasa es muy sicológico...En realidad se trata de Bruno, nuestro hijo; no sé si lo conoce.

- Si, me lo presentó mi hermano; es el muchacho que maneja la camioneta, muy simpático.

- Está acá una temporadita y se vuelve a La Plata; estudia para contador y en dos años se recibe si Dios quiere. Y con unas notas que son un lujo, no es porque sea mi hijo...

- Y dígame Susana, ¿cual es el problema de este joven simpático, estudioso y brillante?

- En realidad es un problema que no es de el, pero que lo va a ser desde el lunes...

Los ojos se le llenan de lágrimas que se esfuerza en no dejar salir. Como aun está de pie le pido que se siente; preparo el mate y le doy el segundo.

- Si está de acuerdo vamos a ir de a poco. En la medida que pueda entender que pasa tal vez le resulte útil mi opinión, pero para eso tiene que estar tranquila y tratar de explicarme...

- Bruno es adoptado. Como no podía quedarme embarazada porque de joven tuve un tumor y me “vaciaron”, resolvimos adoptar. De esto hace unos veinte años.

Bruno lo supo desde chiquito, nunca se lo ocultamos. Y siempre lo vivió como algo natural, normal. Hasta hace unos meses, cuando empezó a preguntarnos sobre sus padres verdaderos: quienes eran, donde vivían, como había sido la adopción, donde lo habíamos adoptado y preguntas por el estilo.

- Susana, permítame que la corrija: padres biológicos es como debe llamarse a quienes dieron un hijo en adopción; padres verdaderos son ustedes, quienes lo criaron. Pero por favor cuénteme que fue lo que contestó a esas preguntas de su hijo, por lo demás muy normales, mas a los veinte años. Lo extraño sería que nunca hubiese mostrado interés en saber su historia, su origen.

- Claro Doctor, estoy de acuerdo con Usted, por eso le contesté a casi todas las preguntas. Pero hay algo...

Los ojos vuelven a llenárseles de lágrimas pero esta vez no las reprime; algo mas profundo le impide ocuparse de las apariencias.

- A los seis meses de habernos anotado para adoptar recibimos un llamado del Juzgado de Paz de Bragado, donde vivíamos entonces. Al presentarnos nos informaron que tenían un bebé recién nacido -una semana de nacido exactamente- y que debíamos pasar por el Hospital Municipal a conocerlo y si estábamos de acuerdo, comenzaríamos los trámites.

Por supuesto que fue verlo y enamorarnos; sin duda ese era nuestro hijo.

Fue entonces cuando conocimos el resto de la historia. Y eso es lo que ahora nos mortifica a mi marido y a mi, porque es algo que nunca le contamos a Bruno; y el está a punto de saberlo el lunes, cuando pase de camino a La Plata, por el Juzgado de Paz de Bragado. Quiere conocer mas detalles de su adopción, por eso va a pasar.

- Siga contándome por favor. Sabe Susana, muchas veces se alivian los problemas con el simple hecho de contarlos; es como si uno se sacara de adentro algo muy pesado; tal vez sea como compartir la carga, y ayuda.

- En el Hospital nos informaron que a Bruno lo encontraron en una bolsa de residuos de consorcio, dentro de un tacho de basura grande, de esos que hay en las plazas. Estaba en muy malas condiciones físicas, por lo que debió permanecer en incubadora casi tres meses.

Lo encontró un barrendero municipal que al ir a vaciar el contenido dentro del camión oyó algo y miró adentro...

Ahora el llanto la desborda sin intentar controlarlo. Su expresión es de angustia.

- Siempre pienso que si no hubiese sido por ese hombre mi hijo habría muerto... donde queman la basura...si ese hombre no lo hubiese escuchado llorar...

- Es muy duro lo que me cuenta Susana, muy duro. La entiendo, créame.

Dejamos que el sonido del viento en los arboles sea lo único que llene el silencio.

Hay veces en que quitarle hierro a la cosa no ayuda, porque no es verdad. Esas veces solo sirve acompañar en silencio.

- Lo que nosotros le contamos es que lo habían dejado en la puerta del Hospital, envuelto en una frazada. Todo lo demás nos pareció demasiado terrible, demasiado cruel...Además del abandono, la forma en que lo hicieron; no se le puede pedir a nadie que entienda algo así. Es inhumano...

- Estoy de acuerdo con Usted; son innecesarios estos detalles que además de crueles solo pueden agregar dolor. Hicieron bien en no contarle.

- El problema es, como le decía antes, que el lunes el va a pasar por el Juzgado, y en el libro donde se asentó la adopción figura toda la historia, hasta el nombre del barrendero que lo encontró. Lo sé porque en aquel momento yo tuve que firmar ese libro, y en la ultima página

del acta está escrito hasta el menor detalle de lo que pasó. Y me desespera que Bruno lo sepa.

Nuevamente el sonido del viento ocupa todo el espacio. Estoy pensando en algo que pueda cambiar lo que va a suceder en menos de una semana, cuando este chico se encuentre frente a la que fue su historia; al inicio de su vida. Y no se me ocurre nada razonable. Obviamente no se le puede impedir que vaya, está en todo su derecho; además si se le objetase algo lo único que se lograría es aumentar su deseo de saber.

- Susana, lo único que se me ocurre es que el libro, o la parte que cuenta los detalles, desaparezca. Es incorrecto, o ilegal, o como se lo quiera llamar, lo sé, pero este es uno de los casos en que se justifica un acto así.

- Lo hablamos con mi marido, pero me dijo que ni loco haría algo ilegal como eso. Que es un disparate, eso me dijo.

- ¿Y Usted que piensa?

- Yo soy de hacerle caso, Doctor, pero tratándose de mi hijo no hay mas ley que la que lo proteja a el. Todo lo demás no me importa.

- ¿Que día van al pueblo a hacer las compras de la semana?

- Los viernes.

- Pasado mañana...Puede decirle a Néstor que yo le conté que necesito hacer unos trámites en el pueblo y

aprovechando mi viaje Usted vendrá conmigo a hacer las compras; ¿que le parece?

- Pero habría que ir hasta Bragado, son como...

- Sesenta kilómetros mas, pero por eso no se preocupe. Y hacemos las compras ahí, después de ir al Juzgado.

- ¿Y como vamos a hacer ahí? Tenemos que pedir el libro de ese año y arrancar la hoja sin que nadie nos vea.

- Algo se nos va a ocurrir. Usted fíjese que acá quede todo tranquilo; andando bien para el mediodía estaremos de regreso.

- Si Dios quiere Doctor.

- Claro, si Dios quiere; o por lo menos si lo agarramos mirando para otro lado. A veces Dios sabe distraerse...O hacerse el distraído.

Llega el viernes, llegamos al Juzgado de Paz Letrado de Bragado y estamos parados frente al mostrador aguardando a que el empleado nos alcance el libro de las adopciones del año en que nació Bruno. – No es sencillo de encontrar porque hasta que se archiva definitivamente va y vuelve varias veces del Juzgado Civil de Mercedes- nos dijo. -Y si le sumamos la punta de años que pasaron...-remata al desaparecer detrás de una cordillera de estantes llenos de expedientes.

El empleado me recuerda al notario del que habla Saragamo en una de sus novelas (creo que Todos los nombres): alto, delgado, cincuentón, de gruesos anteojos, parco y circunspecto. No va a ser nada sencillo, pienso; pero no quiero transmitirle a Susana mi inquietud de modo que la miro y le sonrío.

El hombre se acerca murmurando algo que no alcanzo a entender. Al llegar al Juzgado, -luego de especificar qué buscábamos- le había dicho que necesitábamos hacer una fotocopia, para lo cual debíamos llevar el libro a un comercio que tuviese máquina fotocopidora.

- Lo único que puede hacer es tomar nota de lo asentado en el acta, e incluso tomar una foto desde su celular pero de ninguna manera se puede retirar un Libro del Juzgado- nos dijo mientras lo abría en la fecha solicitada.

A poco de recorrer la pagina lo encontramos; tal como me había contado Susana, la tristísima historia estaba escrita con tinta y letra de amanuense; sin omitir ningún detalle.

Cuando estábamos leyendo, el empleado que permanecía de pie junto a nosotros, con poco disimulo y estirando el cuello también se informaba del motivo que nos había llevado ahí.

Mientras Susana sacaba un pañuelo de su cartera para atajarse las lágrimas (que esta vez intentaba controlar) observé al empleado: buscaba detrás de su rostro de granito una mirada, un gesto, algo que dejara traslucir un mínimo signo de vida...

Y no lo pensé mas. Tomé el libro con una mano y con la otra arranqué la hoja, que de inmediato y ante el estupor de los presentes convertí en papel picado.

- ¡Se volvió loco! Lo que acaba de hacer es un delito gravísimo por el que puede ir preso- me gritó. Lo voy a denunciar de inmediato. Usted se cree que puede llegar así como así y destruir ante mis ojos un documento público. Está loco si cree eso.

- Por favor Señor, dijo Susana; a quien tienen que meter presa es a mi, yo soy la madre del niño que figura ahí, el solo me está ayudando...

- Que figuraba ahí, Señora, y que a causa del hecho vandálico del Señor ya no figura. ¿Que los hace pensar que

pueden actuar así, con total impunidad? Le repito que han destruido un documento público, algo severamente castigado por la ley. Y es mi responsabilidad cuidar toda la documentación que guarda este Juzgado.

- Señor, si Usted hubiese leído lo que figuraba ahí podría entendernos; se lo aseguro.

- Señora, le reitero que mi trabajo consiste en preservar todos los documentos existentes aquí; y claramente este Señor acaba de destruir uno.

Les voy a pedir que me entreguen sus documentos personales, por lo menos los del Señor, para radicar la denuncia.

Le doy mi DNI mientras le hago una seña a Susana para que no haga lo mismo .

- Le quiero pedir un favor- le digo con una voz tan suave que me desconozco. El lunes va a pasar por acá el hijo de la Señora, y le va a pedir lo mismo que le pedimos nosotros...

- Que obviamente no podré mostrarle- dice con sarcasmo -ya que usted acaba de destruirlo. Y encima me quiere pedir un favor...no tiene cara; o está loco.

- Quiero pedirle que no le cuente al muchacho lo que pasó hoy. Se lo pido porque sé que eso sí puede hacerlo. Y estaría haciendo un bien.

En cuanto a la denuncia tiene razón, de modo que sobre eso no le pido nada. Es su responsabilidad y lo entiendo, así que estoy a su disposición...

- Déjeme su dirección y un teléfono. Pronto tendrá noticias de este Juzgado o del Juzgado Penal de Mercedes. Lo que ha hecho es realmente inaudito; en casi treinta años de servicio nunca lo vi.

Ahora si me permiten tengo trabajo que atender...

Y desapareció detrás de la cordillera de expedientes.

XII

Acabo de colgar una hamaca que compré en la ruta, tejida por un indígena boliviano que por esas cosas de la globalización vive en el medio de la pampa húmeda.

La colgué del brazo de un roble que plantó mi bisabuelo hace mas de cien años. Fue el primer árbol que puso: un roble.

El roble es el árbol celta; representa fuerza y sabiduría (Duir lo llamaban); tal vez por eso mi bisabuelo lo plantó primero. Hay fotos de veinte y treinta años después de haberlo puesto en las que él (mi bisabuelo) siempre aparece, primero al costado y después debajo del roble. Hoy podría poner en fila veinte bisabuelos y aún habría sombra para algunos mas.

Debajo pende mi hamaca argentino/boliviana, y dentro, mecido por el viento disfruto de mi porción de flores prescrita, mientras pienso que de las cosas vivas que me rodean y que forman parte de mi historia, este árbol es lo mas antiguo; para mi es casi como la representación de la inmortalidad: vivía en época de mi bisabuelo, de mi abuelo, de mi viejo, en mi época; y muchísimo después que yo haya partido seguirá vivo, dándole sombra a quien busque reparo.

Otro adelanto fue el cambio del audiohuevo con que escuchaba música por un parlante JBL que conecta con mi celu, en el que bajé miles de temas. A veces la sobreoferta no es lo mas conveniente para alguien que carece -en materia de gustos musicales- de una estructura mas rígida, como es mi caso. Cuando llevo diez minutos recorriendo trescientos años de música sin decidirme, en la pantalla me aparece un mensaje:

“El próximo jueves, en el horario de 7 a 12 hs. lo espera en su despacho la Dra..., a cargo del Juzgado de Paz Letrado de la Ciudad de Bragado, sito en ...”

No puedo dejar de asociar circunstancias en mi vida, que de una u otra forma me vuelven en forma de ironías: la maravillosa paz que había logrado debajo de este roble fuerte y sabio es rota, como un espejo que estalla en mil pedazos, por un juzgado de Paz.

Bañado y peinado, diez minutos antes de las once de la mañana estoy esperando en la sala que fue escenario de mi “vandalismo”. Me recibió el mismo empleado ante quien llevé a cabo mi desacato, cuyo nombre (según escuché en el intercomunicador) es Vicente. – Espere acá, en unos minutos la Doctora se desocupa y lo llama- me dijo como con cierta urgencia, desapareciendo luego detrás de la cordillera de estantes, dejándome sin la posibilidad de averiguar como venían las cosas. A los pocos minutos aparece la Doctora. De unos cuarenta años (quizá un par mas); alta, delgada, con una cuidada elegancia que se refleja en un traje sastre con falda a la altura de las rodillas, camisa al tono y una corbatita de cuero negro agregada como al descuido. El conjunto da no menos de nueve puntos. Y se mueve como si lo supiese.

- ¿Usted es consciente de la gravedad de su conducta; tiene idea de la cantidad de artículos que violó con lo que hizo?

- No, su Señoría.

- Puede llamarme Doctora. Y le diría que es casi mejor que no lo sepa, porque lo asustaría oír la penalidad que puede resultar de sumar todas las infracciones que ha cometido.

El único atenuante (de orden práctico) es que todos esos documentos también están disponibles en archivos digitales. Pero eso no reduce el grado de responsabilidad de su conducta al violar todas las normas...

Permanece en silencio, mirando alternadamente la pantalla de su computadora y a mi, que no separo la vista del piso. En realidad dejé la vista “colgada” en el espacio que hay entre las dos cajoneras que a la vez son las patas del escritorio, o sea donde la Doctora ha extendido sus piernas. Cuando lo advierto desvío la vista, pero ya me vió.

- Estuve viendo algunas cosas tuyas en internet; nada es actual pero se ve que siempre le ha gustado saltarse las reglas...

Mientras me habla se levanta y se dirige a un estante que hay colocado detrás, a la altura de su cabeza, o algo más alto aún. Al estirarse para tomar una carpeta, la elegante pollera también acompaña el movimiento hacia arriba, dejando ver unas piernas de lo más inquietantes. Y de nuevo, al girar hacia mi, me ve.

En otras circunstancias hubiese creído que está empleando su seducción; esos movimientos felinos para moverse, el mantener la mirada cuando me ve observarla, son señas de algo que en la vida diaria es bastante claro; pero en esta situación no puedo ni permitirme pensarlo.

- Acá hice imprimir el documento cuyo original usted destruyó.

Debo decirle que semejante conducta me despertó la curiosidad, lo que me llevó a sacar esta copia. Algo me había anticipado Vicente, el empleado que lo atendió. ¿Sabe que lo que usted hizo lo tuvo dos días enfermo? En su larga vida dentro del juzgado jamás vivió algo semejante. Y yo tampoco.

- Doctora, si tuvo la oportunidad de leer el documento pudo ver lo terrible que es esa historia. Y el niño que la protagoniza hoy es un muchacho de veinte años, estudioso, sano y buen hijo, que estaba a punto de enterarse del horror que fue el inicio de su vida.

No podía dejar que lea eso. Se que lo que hice es incorrecto, ilegal o como quiera llamarlo; pero si le soy sincero debo decirle que lo volvería a hacer, mil veces.

Mientras estoy diciendo esto se queda mirándome; cuando algo parecido a un esbozo de sonrisa se le dibuja, de inmediato se pone de pie para devolver al estante la carpeta. Y de nuevo, no puedo evitar observar el par de piernas de las que ahora -de manera mas evidente- me regala la mejor vista.

Insisto, algo está pasándole a esta mujer. Por inhibido que me encuentre, las alarmas empiezan a sonar en mi cabeza.

- No voy a decidir hoy que consecuencia legal le corresponde- me dice mientras parece estar eligiendo cada palabra que emplea, a la vez que se inclina sobre el escrito-

rio para hablarme, dejando en exposición el nacimiento de dos pechos que me cortan la respiración.

Me voy a tomar unos días para resolver, pero vaya pensando en alguna tarea comunitaria: ya veremos cual.

Se levanta, rodea el escritorio y se dirige a la puerta, sin ninguna prisa, haciéndome un gesto para que la acompañe. Antes de abrirla extiende la mano para saludarme; entonces (acá tendría que detenerme en una explicación de tipo químico/biológico que incluya feromonas y otras minucias para justificar lo que sigue, pero la descarto por tediosa), tomándola de la cintura con una mano la atraigo hacia mí, mientras con la otra le sostengo la nuca y busco su boca, que sin oposición se abre al paso de mi lengua.

No soy de medir el tiempo de los besos, pero este sin duda no era de los más breves; y si de los mejores besos que di o recibí en mi vida.

Separándose mientras se acomodaba la ropa, me mira con una mezcla de sorpresa y fingida indignación.

- Parece que tiene problemas con el control de sus impulsos. Le debe generar más de un inconveniente manejarse así...

Nada tenían que ver sus palabras con su actitud. Tan así que el siguiente beso no precisó de mi intervención sino de mi contención.

La apoyé contra el escritorio y mientras ella se enroscaba como una hiedra con una de sus maravillosas piernas a la altura de mi cintura y nos comíamos las bocas, mi mano habilidosa (la izquierda) reptó bajo su blusa en busca de esos pechos que unos minutos antes me habían dejado sin aire. El estruendo de la lámpara del escritorio pegando contra el piso coincidió con la entrada de Vicente y el grito que se le escapó al ver la escena. Todo sucedió en simultáneo, o así me pareció.

Vicente desapareció con la misma premura que apareció, pero para la Doctora fue suficiente baldazo como para dar fin a las acciones.

- Por favor le pido que se retire. No se que fue lo que me pasó, pero le juro que en mi vida jamás cometí una insensatez semejante. Realmente usted tiene una extraña manera de actuar... con los demás.

- Créame que tampoco es la forma en que me manejo normalmente.

- Si vamos a considerar las dos veces que pisó este juzgado los hechos no le dan la razón; pero debo reconocer que esta vez yo también hice mi aporte.

Ahora le pido que se vaya por favor. Ya veré que le cuento a Vicente... Se debe querer morir, pobre hombre.

- ¿Y como queda mi causa? Perdóneme pero debo saber que me espera. Disculpe si suena muy pragmático lo que digo, pero...

- Mire, váyase de una vez. Lo salva que el documento esté digitalizado, si no estaría en graves problemas. Créame.

- Y...¿Nosotros? Quiero decir, que hacemos con lo de recién; no se a usted, pero a mi no me pasan estas cosas normalmente. Ni nunca, siendo honesto.

Además, no lo tome a mal, pero hace mucho, muchísimo tiempo que no doy ni recibo un beso como el que nos dimos. Y un beso como ese es promesa de mucho mas...

- Yo tengo su número. Déjeme pensar un poco, algo que desde que usted llegó no he podido hacer. Estoy totalmente perturbada, alterada. Disculpe y por favor ahora retírese.

- Solo una cosa mas.

- Que quiere?

- Saber su nombre.

- Me llamo Ana.

Me avisó mi hermano que llega a la noche, a comer. Decidí esperarlo con un asadito, mi especialidad pero también el mayor aportante de recursos al inefable partido del colesterol.

(Cuando yo andaba por los veinte años se había puesto de moda una canción que decía mas o menos “todo lo que me gusta es inmoral, es ilegal o engorda”; mucho no han cambiado las cosas...)

Mientras espero que la leña se haga brasas, repaso la situación que viví ayer con la jueza. Tengo la necesidad de entender que me pasó; ignoro que le pasó a ella porque desconozco absolutamente quien es, pero mi reacción a lo que sentí que podía ser un simple juego de seducción fue desmesurada; además también podría haberse tratado de una lectura errónea de mi parte, producto de la situación misma.

Como sea, me asusta verme; mas aún teniendo en cuenta los tiempos que corren: denuncias, demandas, ni una menos, etcétera. Me debo estar enloqueciendo... fui a ver como apagar un fuego que yo mismo había iniciado y le eché nafta encima...

Aunque si veo -fuera de contexto- lo que pasó, creo que hubiese hecho lo mismo; quiero decir que reaccioné así a pesar de las circunstancias. En otras palabras: esa mujer me gusta; hasta lo irresistible, según mostré.

Y tuve suerte, porque algo me debe haber visto, algo debo haberle transmitido yo también. Eso lo sé, y no necesito mas pruebas para saberlo que el beso. En un beso se puede confiar.

Lo concreto es que la jueza, Ana, desde ayer se me instaló en la cabeza con intenciones de pasarse un rato caminando entre mis pensamientos, alterándome los.

No sé como puede seguir esta historia; lo que tengo claro es que al Juzgado no vuelvo si no es con una orden de La Suprema Corte.

Pero cómo querría que Ana (no la jueza) hiciese sonar mi teléfono; o que se fuese de mis pensamientos...

- ¡Hola brother! ¿has podido sobrevivir una semana sin mi?

- Si, no fue fácil pero acá estamos sanos y salvos, prontos a entrarle a este manjar. Etiqueta negra, la carne que dejaste en el freezer digo; si la mano de obra está a la altura de la mercadería, te vaticinio una fiesta para el paladar.

(con Susana quedamos en mantener en secreto el episodio del juzgado, tanto frente a mi hermano, a su marido y sobre todo, a su hijo. No estoy muy seguro de que mi hermano comparta mis métodos; además es un asunto terminado, y por suerte bastante bien).

- Ahora abrimos un vinito acorde, eso déjame a mi. ¿Resolviste como te vas a organizar con tu trabajo? Yo vuelvo a ¿cómo es que la llamas? La “Gran Ciudad” pasa-

do mañana, puedo llevarte y también podés regresar acá conmigo el viernes; fijate si te sirve.

- Si, es posible que te tome la oferta; mañana voy a ver como acomodo la agenda con los pacientes y te aviso, pero es casi seguro que viaje con vos.

Mientras comemos volvemos a tocar el tema de nuestro viejo. En realidad para mi es un tema recurrente, porque tengo la necesidad de conocer mas sobre él; lo que en treinta años no supe ni sentí la necesidad de saber, ahora se me ha vuelto como indispensable. Explicarlo sería explicarme; tal vez sea por eso mi interés.

- ¿Tuviste oportunidad de revisar la parva de papeles que te dejé?

Sobre todo lo escrito por él; hay cosas que valen realmente la pena, porque son historias reales y porque sabía escribir bien.

- Ya lo comprobé el otro día, leyendo lo que escribió al cumplir los setenta. Me gustó mucho, y me conmovió. No solo por la manera de escribir sino por lo que escribió. Todavía lo recuerdo y el estómago se me contrae...

- Mala cosa para la digestión de la media res que nos liquidamos. Pero vamos a arreglarlo con una medida razonable de JW double black con dos hielos.

Mientras vos los preparás yo voy a buscar algo que te quiero leer; lo escribió el viejo muy poco tiempo antes de morir, pero no te preocupes que no se trata de ningún

mensaje póstumo ni cosa por el estilo. Al contrario, no habla de el ni es nada actual; cuenta una historia ocurrida en esta casa hace mas de sesenta años, cuando nosotros ni existíamos.

“Se conocieron el invierno de 1952...

Los dos eran médicos; se encontraron en la estación de Cambaceres, al Sudoeste de la llanura bonaerense. El joven venía desde Santa Rosa en el Ferrocarril Oeste, aunque había salido del pueblo de Jacinto Arauz, al sur de La Pampa, donde llevaba casi dos años cubriendo una suplencia que sería de dos meses... El viejo llegaba de la capital, al último campo que conservaba y al que sólo viajaba a cazar y a arreglar cuentas con el administrador; pero principalmente a cazar, siempre y cuando sus ataques alérgicos se lo permitieran; y la verdad es que cada vez se lo permitían menos. Esta era la razón del viaje del joven, quien había sido contratado por el viejo para recorrer las más de dos mil hectáreas extrayendo muestras de alguna de las especies vegetales, posibles causantes de las alergias. Meses más tarde le informaría que habiendo identificado la Altamiza como la causa de tales ataques, en breve dispondría de la vacuna que habría de inmunizarlo contra dicha reacción.

La noche que el joven pernoctó en casa del viejo, aguardando el llamado a cenar charlaron al calor de la chimenea, mientras desde la victrola RCA una sonata de

Chopin iba amueblando la penumbra y la charla. El viejo le mostró dos Purdey calibre 12/70, hechas a medida en Londres, casi sin uso, debido, como ya se ha dicho, a la severa alergia que lo atacaba apenas comenzaba la jornada de caza. - Pongo en usted todas mis esperanzas, joven, le dijo; le veo una capacidad y una convicción que lo llevarán lejos...pero tiene que poner la vista en EEUU o en Europa; éste país no se merece profesionales con su capacidad, este es un pueblo ingrato. Y no se lo digo por mi situación personal, ni por la circunstancia de ser inglés (aunque siempre viví acá); ni siquiera por este disparate de gobierno cuasi fascista que se cae a pedazos, porque en todo caso nosotros fuimos los responsables de dejar llegar las cosas a donde llegaron; sabe que en las elecciones del treinta...yo tenía, además de una veintena de personas fijas, como cincuenta santiagueños durmiendo en el galpón grande; habían llegado para dar una mano en la cosecha de trigo que con las inundaciones se complicó. El caso es que el domingo de las elecciones yo me fui al pueblo, con casi setenta libretas que nos sumaron setenta votos más; calcule si fue así en cada estancia. Y mire donde nos condujo una década manejada por nosotros mismos...Y estos no son mejores, créame; ni ellos ni nosotros ni nadie en este país puede manejarlo. Y jóvenes capaces se merecen un país mejor, que les permita desarrollar esas capacidades, que los reconozca, que los estimule y aliente.

Es probable que el joven, gran lector de publicaciones sobre los avances médicos en otras latitudes, haya coincidido en ese punto con el otro; pero se veía en él, además de una gran capacidad, un casi desmedido amor por su País. Eso notó el viejo en su joven colega, mientras escanciaban un vino tinto que anualmente le llegaba de París, poblando la bodega que había debajo de dos de las habitaciones de la enorme casa, y cuya clasificación por variedad y cepa era otra de las actividades del viejo, siempre asistido por un somelier que a tales efectos le cedía el Jockey Club. -Este es un país que no quiere a sus hijos, sentenció el viejo “bon vivant”. O quizá sean sus hijos quienes no se merecen un país así, pero créame, joven, la ingratitud es la moneda nacional.

El viejo murió al año siguiente. No llegó a probar la vacuna. El “mal de los rastrojos” se lo llevó antes, terminando con el problema de la alergia y con algunos otros de tipo pecuniario.

El joven permaneció casi una década en ese pueblo de La Pampa, donde hizo un enorme trabajo como médico rural. Pasó luego otra década en EEUU, para regresar definitivamente al país que tanto amaba, a poner en práctica lo aprendido. A eso dedicó el resto de su vida, llevando adelante una epopéyica obra, que le valió reconocimientos y reputación como a pocos argentinos. O a ninguno, al menos en el resto del mundo.

Pero cuando llegaron las dificultades económicas, (que más temprano o más tarde, siempre llegan) de poco sirvieron medallas, homenajes, títulos y oropeles. En el invierno del año 2000, sin respuestas, luego de escribir siete cartas, se disparó en el corazón. Sus cenizas están en Jacinto Arauz, La Pampa.

Nunca sabremos si cuando escribió las siete cartas, de las que no recibió respuesta alguna (¡ni una!), habrá recordado las palabras oídas casi cincuenta años antes, frente a la chimenea, dichas por el viejo colega inglés que sufría ataques de alergia y amaba los buenos vinos, las buenas escopetas y Chopin.

De aquella noche queda por testigo esta casa con esta chimenea, frente a la que charlaron y frente a la que escribo; y el fuego, lo único eterno.”

- Si entendí bien, el viejo era nuestro abuelo, el padre de nuestro viejo.

- Entendiste bien; ¿y tenés idea de quien era el joven...?

- Creo que sí. Estoy casi seguro que se trata de Favalaro, René Favalaro, ¿es así?

- ¡Correcto! Claro que cuando sucedió lo que te acabo de leer, Don René aún no era mas que un joven médico, inteligente y entusiasta, según cuenta el viejo; y es probable que el (nuestro viejo) haya sido testigo de lo que cuenta, ya que en esa época cuando su padre venía al campo vivían ambos en esta casa.

- Pero lo escribió muchísimo tiempo después.
- Lo escribió al año de haber muerto Favalaro; quizá creyó que así le rendía un cierto homenaje...
- Cosa que logró. Está muy bien escrito, además se ve que esa visita le quedó en la memoria, la guardó como medio siglo.
- Si, lo escribió un año después de muerto Favalaro. Y un año antes de morir él.

Cuando estamos entrando a la Gran Ciudad, encapsulados en la nave de mi hermano, suena mi móvil.

- Hola...

- Si ¿Quién habla?

- Soy ...La Jueza...Ana.

- ¿la Jueza o Ana?

- Ana, Ana le habla. La Jueza.

- Si si, ya se que La Jueza se llama Ana; pero quiero saber cual de las dos es la que llama.

- ...

- Si es Ana quien habla te pido por favor que nos tuteemos; si quien habla es la Jueza, le ruego que me llame en unas dos horas porque ahora estoy en la ruta y es peligroso hablar por celular...

- Si claro, pido una disculpa; en todo caso llamo mas tarde...

- Debo insistir con la pregunta: ¿Quién está...

- Ana, Ana te está llamando, pero pruebo mas tarde...

- No Ana, no hay problema; hablemos ahora que ya logramos tutearnos.

- o, tenés razón, mientras se maneja es peligroso hablar por teléfono.

- Pero yo no estoy manejando; maneja mi hermano.

- Ah...te entendí que estabas en la ruta...

- Es lo que te dije.

- Ah claro, no me dijiste que manejabas...

Mirá, te estoy llamando porque me parece que lo que pasó el otro día en el juzgado merece una aclaración; de mi parte por lo menos.

- ...

- En ese momento te dije que era la primera vez en mi vida que...

- Ana, creo que el tema es para hablarlo en persona. Yo ahora estoy llegando a la Capital y vuelvo el viernes para allá. Si te parece podemos quedar en vernos cuando regrese; puedo pasar por donde me digas siempre que no sea el juzgado.

- ¡No! No...quiero decir, preferiría que fuese en otro lado, porque...

- Si claro, te entiendo; jueza no es lo mismo que farmacéutica, mas aun si se trata de un pueblo; lo entiendo.

- Yo tengo que viajar a la Capital mañana y me quedo hasta el jueves. Pensaba que tal vez...

- Podríamos vernos ahí. Me parece una excelente idea. Yo voy a estar con bastante trabajo porque junté varios pacientes para esta semana, pero de un día para otro podría organizarme. Si te parece quedamos así...

- ¿El jueves? Después de las cinco de la tarde quedo libre.

- ¿Donde estás parando? En que zona digo.

- En el centro, a tiro de todo.
- ¿Tenés donde anotar?

No es fácil readaptarse a los sesenta metros de mi casa; si considero que desde hace unos dos meses vivo en sesenta hectáreas, mi cerebro tiene que hacer una reducción de diez mil veces para recuperar el centro del espacio en el que ahora me muevo.

Creo que lo puedo hacer porque tengo arreglado con mi hermano el regreso al campo dentro de cuatro días; de no ser así me cuesta hasta imaginarme que este siga siendo en el futuro el lugar donde tenga que residir. Lo fue por casi diez años, pero pertenece a una etapa que terminó. Seguiré usándolo para atender y para vivir mientras venga a la gran ciudad, pero creo que iré espaciando cada vez mas mis viajes.

Como conté en paginas anteriores, el campo fue el paraíso de mi niñez; luego me fui de la mano de la vida a conocer el mundo; conocí la grandeza y también la miseria humana. Tuve luces y tuve sombras, como todos.

Y a la vuelta de la ultima esquina vuelvo a encontrarme con el campo, que de nuevo me recuerda que el paraíso sigue existiendo y que sus puertas permanecen abiertas para mi.

Sentir esto me devuelve el ánimo que necesito para encarar el largo día. Suena el timbre avisando que el primer paciente llegó.

- Buenos días doctor, como anda?

- Bien...bien (Lo conozco, pero no puedo recordar de dónde...)

Pelo blanco, abundante y lacio, peinado para atrás -a la antigua-, ojos celeste claro acuoso, traje marrón oscuro cruzado que hace décadas debió de haber sido de calidad, camisa celeste idem traje, igual que los zapatos. Todo en el trasunta una cierta decadencia; le calculo unos gastados setenta años.

- Se acuerda de mí? Pasó mucho tiempo y yo cambié... tanto cambié que si lo pienso mi pregunta es absurda, disculpe. Ya han de haber pasado más de...veinte, veinticinco años desde entonces...

Es verdad que le veo algo que me resulta familiar; pero es eso, como si fuese pariente de alguien que conozco, o conocí...algo en la voz, en la manera de hablar...Como sea el recuerdo parece venir de la prehistoria y me podría pasar toda la mañana tratando de adivinar; cortemos camino.

- Mire, todos cambiamos, y en veinte años cambiamos mucho más, de manera que ahorraríamos tiempo si tiene a bien presentarse.

- Soy Griffith, David Griffith. Usted me atendió durante una temporada, de esto hará como le dije, más de veinte años. Yo lo había ido a ver por recomendación de mi médico particular, a raíz de una depresión que sufría entonces.

-Es bueno y caro- , recuerdo que me dijo su colega. Y como entonces mi situación económica era holgada, fui a verlo; y confirmé las dos cosas: era bueno y también era caro.

Recuerdo que le decía (en broma) que la reforma que usted estaba haciendo en su consultorio era solventada por los honorarios que me cobraba...

¡Ahora sí; se abrió el archivo! Cuando hablamos para coordinar horarios no puse atención en el apellido, pero ahora -como un déjà vu- al oírlo lo vuelvo a asociar con el nombre del director de cine -que siempre he admirado- tal como me pasó cuando lo conocí, hace muchos años.

- Si, claro que lo recuerdo; me llevó un rato descomprimir los archivos, pero al oír su nombre lo ubiqué; y cuando mencionó lo de la obra del consultorio terminé de situar la época.

¿Que cuenta, tanto tiempo? Un cuarto de siglo, más o menos.

- Toda una vida, podríamos decir..

- ¿Usted era, perdón, es arquitecto, verdad? Si la memoria no me falla...trabajaba en una obra muy grande, en...

- En Puerto Madero, si. Tuve a cargo la dirección del reciclado de los Docks; ¡lo felicito por la memoria! Mire que pasaron años...

- ¿Sabe por qué lo recuerdo? Lo va a sorprender:

Una tarde, al llegar a mi consultorio, usted venía indignado porque acababa de firmar el contrato de esa obra, que entre otros firmantes contaba con el entonces Presidente Menem; al tocarle el turno de firmar a él, viendo la pluma con la que usted lo había hecho antes se la pidió, la elogió, firmó y sin más se la guardó en el bolsillo. En ese momento me sorprendió tanto su cuento que ya ve, quedó grabado en mi memoria.

- ¡Una Mont Blanc de oro y laca China! me acuerdo y me vuelvo a indignar...diga que con los honorarios que me dejó ese trabajo después pude comprarme varias lapiceras...

Se queda callado, mirándose la punta de los zapatos. Un ligero temblor lo lleva a tomarse las manos.

Ya no me acordaba de esa anécdota...mire usted; y de esas tengo varias.

- Pero seguramente no es para contarme anécdotas que vino a verme. A propósito, ¿como dió conmigo?

-Carambolas de la vida, por lo menos de la mía. Vivo a pocas cuadras de acá, en un...cómo llamarlo, un hogar para la tercera edad, o geriátrico, según el eufemismo que se quiera emplear... Y charlando con la señora que es encargada de este edificio y que tiene ahí a su mamá, una vez me contó que donde ella trabajaba vivía un doctor que atendía a personas con problemas como los míos; y no se imagina el alegrón que tuve cuando supe que se

trataba de usted. De inmediato lo recordé, aunque también recordé lo de “bueno y caro”... Y ahí se me pasó un poco la alegría, porque...en fin, como le decía, mi vida tuvo varios giros y mi situación actual no es la que era cuando me atendió en aquella época...

- Si le parece vamos de a poco. Ya llegaremos a eso, pero para su información le cuento que mi vida también sufrió muchos cambios, entre los cuales perdí mi matrícula de médico; quiero decir que no ejerzo más como médico psiquiatra. Y si antes lo atendí por una depresión seguramente debo haberlo medicado, cosa que por ejemplo hoy ya no podría hacer.

Pero como le decía, vamos de a poco. Que le anda pasando, que lo ha traído hasta acá?

- que me ha traído a verlo a usted quizá sea recordar lo bien que me hizo el tratamiento que recibí en ese momento; tanto que ni la punta de años que pasaron desde entonces con todas sus dificultades me hicieron olvidarme. Claro que en ese momento yo contaba con muchos recursos, no sólo económicos.

Pero ahora lo que tengo, además de demasiados años, no es una depresión; ojalá fuese eso...

- Vamos de a poco. Por qué no me va contando; comience desde aquella época, cuando lo atendí por esa depresión, si le parece. Porque siendo honesto, aunque recuerde la anécdota de la lapicera (que lo absurdo la hace inolvida-

ble) además de su nombre, es poco y nada lo que guardó mi memoria.

- Voy a empezar por el final; o por el principio del final, si me permite.

- Lo escucho.

- Yo me casé ya grande; cuando lo conocí a usted todavía estaba soltero. Era exitoso, joven aún y muy dedicado al trabajo, así que me quedaba poco tiempo para el amor.

Hasta que conocí a la que fue mi mujer. Ella tenía todo lo que yo había soñado y me sentía el hombre más afortunado de la tierra: era muy bella, inteligente, cariñosa y llena de ganas de vivir, vital, inquieta; y veinte años menor que yo.

Los primeros tiempos fueron muy felices; viajamos mucho, conocimos buena parte del mundo.

Luego construí la primer casa en la que yo mismo viviría, con ella claro; hasta entonces las diseñaba a gusto de mis clientes. Esta la hice luminosa, con una cómoda recepción, amplio dormitorio, un escritorio para ella, otro para mí, tres baños, habitación para huéspedes y un gran jardín con piscina. Era una casa en la que daba gusto estar...si se me permite la falta de modestia; fue la mejor que hice. Y ahí nos mudamos.

Ella soñaba con tener hijos; yo no tanto. Aunque nunca me opuse ni tomamos ninguna medida para evitarlos, simplemente no llegaban, y cuando me planteó hacernos

los estudios para averiguar las causas no estuve de acuerdo. Sé a qué debe someterse uno en esas circunstancias y me opuse.

Eso originó la primer discusión fuerte. Creo que fue desde ese momento que las cosas entre nosotros comenzaron a cambiar; a marchar mal quiero decir.

Se queda callado, mirándose primero los zapatos y luego en mi dirección, pero no me está viendo, mira a través de mi, al infinito. El azul de los ojos se le va transparentando.

Un silencio ominoso nos envuelve. Algo me dice que debo intervenir y sacarlo de donde parece haberse hundido.

- Por favor siga contándome. Si le parece vamos al presente, a menos que haya algo que quiera agregar sobre la historia. ¿Como es hoy la relación? ¿Sigue viviendo con ella, o mantienen algún contacto?

- No doctor. Mi esposa falleció, hace ocho años.

- Discúlpeme...lo lamento. Pero al referirse a ella de la forma en que lo hizo, nunca hubiese pensado que...

- Que había muerto; y si, ese es en parte mi problema. Mi mujer murió hace casi ocho años, pero a la vez siento que está viva, muchas veces la percibo a mi lado, o escucho que me habla de noche, o cuando salgo a caminar; casi siempre que estoy solo. Cuando menos lo espero la escucho hablarme al oído...

Usted pensará que estoy loco, que tengo demencia senil. Y tal vez sea así, pero a veces es tan fuerte su presencia que me perturba al punto que siento que debo callarla aunque tenga que tirarme por el balcón, o debajo del tren...

- Quizá fuese útil retomar el hilo, seguir con la historia que me estaba contando, si está de acuerdo; y si no le resulta demasiado perturbador o angustiante.

Durante unos minutos permanece en silencio, como si buscase por donde retomar la palabra. O como midiendo la empinación de una cuesta que debe subir. Hasta que inspira profundamente y arranca.

- Ella comenzó a engañarme; yo lo sabía o lo intuía pero no tenía pruebas. Y cada vez que le sugería o insinuaba algo al respecto, no sólo lo negaba rotundamente sino que llegó a amenazarme con hacer la denuncia por “presión psicológica”; me decía que, producto de la medicación que yo tomaba por mi depresión, me había vuelto paranoico e inventaba cosas. Entre otras, que le fabricaba romances y amantes...

- Y llegó usted a tener alguna prueba, algo que pusiera en evidencia sus sospechas?

- Sí, si consideramos una charla telefónica de media hora con su amante, en la que, creyendo que yo no estaba en casa (me había escondido en mi vestidor y ahí permanecí toda la mañana) se despachó a gusto; a gusto

y tranquila, recostada en nuestra cama, se prodigaban las acarameladas palabras de los amantes, y cada tanto hablaban de un viaje -una vez que todo termine- agregaba ella al final de cada frase.

En esa oportunidad no le mencioné que la había estado escuchando porque volvería a negarlo recurriendo de nuevo a “mi paranoia”; y además porque yo la quería; amaba a mi mujer más que a nada en el mundo y enfrentarme a una respuesta sincera de su parte era algo que no podía soportar.

En ese momento preferí el dolor sordo y pertinaz de la infidelidad al que me imaginaba que sufriría con su ausencia.

Y así viví años, cargando una angustia que día a día me iba carcomiendo por dentro...

Hasta que una tarde al regresar a casa, sin muchos preámbulos me preguntó por qué yo no iniciaba el divorcio, si era tan infeliz a su lado. Entonces, pero recién entonces caí en la cuenta de que eso es lo que ella estaba esperando desde hacía rato: que yo inicié el divorcio. Eso la pondría en una situación legal ventajosa ya que en realidad no existían “evidencias” de sus infidelidades.

Como le conté antes, yo había tomado obras muy importantes y me había hecho de un patrimonio nada despreciable, del que a ella le correspondía la mitad. Eso sí yo iniciaba la separación sin causa, claro.

- Por hoy vamos a dejar acá. En la próxima sesión veremos si soy yo la persona indicada para tratarlo o si necesita de algún profesional que se maneje con más recursos; ¿usted sigue con medicación antidepressiva?

- No doctor, solo tomo antiácidos de venta libre.

-Bueno; como le dije, vamos de a poco. Y por los honorarios no se preocupe, hace mucho que dejé de ser “caro”. Una última pregunta ¿Cuál fue la causa del fallecimiento de su mujer?

- Murió, como le dije, hace ocho años, en un accidente.

- ¿Un accidente de tránsito....?

- Si, en la ruta. Volvíamos de Neuquén, yo iba manejando, me quedé dormido cuando mordimos la banquina y volcamos; y ella no llevaba el cinturón puesto. Salió despedida y el auto la aplastó.

- Yo no soy estricto con los horarios en mi trabajo, pero si soy respetuoso. Hoy y mañana tengo una larga lista de pacientes citados, pero hablemos a la noche para vernos pasado mañana, si está de acuerdo. Me gustaría terminar de escuchar todo lo que tenga que contarme para que resolvamos luego que le conviene; que tratamiento le sería mejor quiero decir.

- De acuerdo Doctor. Espero seguir con ánimo para venir...

- Yo tengo su número. Yo lo llamo.

XVII

No hay nada como la presencia física del paciente. Me sorprende lo distinto que me siento teniéndolo frente a mi. Es una cuestión de seguridad en lo que hago; como recuperar el timón.

- Hay algo mas Doc, con lo del pacto con el diablo: los excesos.

Los maravillosos excesos; la alta velocidad a la que viaja la adrenalina es algo como un orgasmo permanente... como estar al palo y acabar y volver a estar al palo y así constantemente. Es vivir así: al palo.

Y a la hora del reposo, la pastilla que corresponda -si hace falta- para un rápido aterrizaje, unas pocas pero compactas horas de sueño, y de nuevo al ruedo. Negocios millonarios girando en tus manos como clavas de malabarista producen tanta adrenalina como el primer salto en paracaídas; recalco lo de "primer salto" porque los siguientes ya no lo logran; Sé de que hablo porque salto todos los fines de semana, si el clima lo permite.

- Entonces hay algo que debemos corregir: no se trata del tiempo libre como antes yo lo había entendido; es obvio que le encontraste una ocupación a tu tiempo libre, y bastante en línea con tu vida según me estás contando. ¿Estas actividades las compartís con tu familia? ¿O te acompañan como espectadores?

- No Doc, ni cuando vivía con ellos ni ahora; no es una actividad familiar...

- Claro. Lo que debemos corregir entonces es a qué llamamos tiempo libre; en realidad es el tiempo familiar, el doméstico lo que no encaja en tu forma de vida.

- Eso parece... capaz tengas razón, porque si lo pienso, todas las actividades con mis hijos, mas cuando eran chicos, pero inclusive hoy que son adolescentes casi adultos, siempre estuvieron a cargo de mi mujer, tanto cuando vivíamos juntos como desde que nos separamos.

La diferencia es que ahora cuando necesitan algo me llaman directamente; se evitan la intermediación de la madre.

- ¿Y eso pasa a menudo? Digo, si te llaman solo cuando necesitan algo o se mantienen en contacto; o si se ven cada tanto, que se yo. ¿Tenés buena relación con ellos?

- Mirá, cuando necesitan algo siempre estoy. Además como lo que casi siempre necesitan es plata, el trámite es rápido. En ese sentido saben que cuentan conmigo, nunca les fallo. También en caso de enfermedad o si surge algún problema serio saben que estoy.

- Eso es bueno para ellos, saber que cuentan con vos en caso de necesidad es importante, pero tal vez no sea lo único que quieren de vos.

Tenés un varón y una mujer... la mayor, si recuerdo bien.

- El varón de quince y la mujer de dieciocho; buena memoria.

- La verdad que sí, mi memoria es buena; porque en el par de meses que llevamos viéndonos debés haber mencionado a tus hijos al principio, no mas de dos veces y siempre en referencia a otro tema.

- Puede ser, porque yo te vine a ver por temas míos; sobre todo por lo de la frula, no se si te acordás...

- Si, claro que me acuerdo, y ese ha sido el tema casi excluyente hasta ahora.

Pero íbamos a llegar a esto porque tus hijos y tu entorno no laboral son una parte de tu vida; una parte de la que -según me estas contando- te seguís haciendo cargo, al menos cuando te necesitan.

- Es verdad, si me necesitan cuentan conmigo. Pero también es verdad que si existe el instinto paternal como existe el maternal, yo nací sin el.

Me casé muy joven, sin mucha idea de nada mas que la de salir adelante. El mundo era un desafío al que debía enfrentarme, sin distracción ni tregua; el éxito no se alcanza sin poner toda la carne en el asador. Así que cuando mi mujer quedó embarazada yo estaba en plena lucha, con la cabeza metida en la trinchera. Con los dos embarazos fue igual: mi mujer me daba la noticia, yo me sorprendía, brindábamos y después la vida continuaba. Pero no tengo recuerdos de haber decidido nada; creo haberte dicho que de esas cosas siempre se ocupó ella.

- Me contaste que de las actividades familiares se ocupaba ella, si; pero veo que eso incluye bastante mas que las actividades...

- Mirá, si fuese por mi seguiría soltero y sin hijos. Pero esto lo sé ahora, con media vida recorrida. Si miro para atrás y veo mi vida (dejando de lado el trabajo) siento que estoy viendo una película que -sin saber como- yo protagonizo; aunque sea verdad, aunque mis hijos existan en la vida real, aunque haya estado casado con una mujer de carne y hueso, siento que todo es una película cuyo guión fue escrito por otro, aunque yo sea parte de ella.

- Y a todo esto lo llamás el “tiempo libre”, que en términos concretos abarca la mitad de tu tiempo, digamos “real” ¿Es así?

- En cierta forma es así; quizá el tiempo que le dedico a mi trabajo concretamente no me lleve mas de medio día, pero me insume tanta energía como si me ocupase el día entero; y a lo que queda es a lo que llamo el tiempo libre, que es además lo que me trajo a hablar con vos: qué hacer con ese tiempo que me relaje y me distraiga. Y que no me genere mas preocupaciones.

Eso mis hijos lo saben, de modo que no interfieren, a menos que se trate de una emergencia.

- Escuchándote das la sensación de ser quien lleva las riendas de tu vida. Pero para tener una lectura mas aca-

bada de tu situación me ayudaría saber que piensan tus hijos, que sienten. Me resulta muy difícil disociarlos de tu persona, tal vez porque lo común es que los hijos ocupen más espacio en la vida de los padres, aun a esas edades.

- Yo tuve una infancia dura que me dejó poco tiempo para la meditación. Y crecí y me hice fuerte sin demasiadas contemplaciones, y con muchísimo menos respaldo que mis hijos. Y salí adelante, como se puede ver.

El mundo es impiadoso, yo lo aprendí temprano y sin ayuda. Me tuve que hacer fuerte desde muy chico. Y sobreviví. Espero lo mismo de ellos.

- Última pregunta por hoy: ¿Qué te llevó a pensar que el mundo es impiadoso, qué te hizo ser fuerte desde chico?

- Si consideramos la muerte de mis padres en un accidente aéreo, cuando yo tenía diez años, como una posible razón, entonces esa es la respuesta a tu pregunta.

Unas tías, primas de mi viejo se hicieron cargo; de mi y de mi herencia (la que se agotó con mi crianza). Todo lo demás tuve que conseguírmelo por mi cuenta. Y lo conseguí, pero para eso tuve que endurecerme. No se sale adelante lamiéndose las heridas.

Cuando se sufre una pérdida tan traumática como la de este paciente a esa edad, las probabilidades de sobrevivirla sin demasiados daños y “salir adelante” (por citarlo a él mismo) son pocas; y de lograrlo los costos suelen ser

altos: la analgesia es uno de ellos. Y un camino a la analgesia es -sin duda- la coca.

XVIII

Diez minutos antes de lo pactado estoy sentado en Clásica & Moderna, frente a una mesa junto a una ventana que da a Callao. Solía venir acá hace años a escuchar a un pianista que había conocido en circunstancias extrañas: tenía ochenta años, era ingeniero tasador de un banco, maoísta, no usaba celular, de trato mas que áspero y absolutamente cascarrabias. En otro momento quizá me extienda sobre este personaje, pero resumiendo, se ocupó de unos trámites que me fueron de mucha ayuda en una oportunidad en la que yo tenía todas las de perder. Aquella vez - terminados los trámites- me sorprendió contándome que por las noches tocaba el piano en este lugar; y me invitó a oírlo. Recuerdo que entonces me dijo “¿sabe cual es la Utopía que me queda? Tocar un poco mejor el piano cada noche”.

Fue así que durante una temporada estuve viendo a ese hombre cumplir su Utopía. Y lo hacía muy bien.

Ana entra y no me ve; recorre con la vista gran parte del salón, pero ignora las mesas junto a la entrada, en una de las cuales estoy.

Aprovecho la circunstancia de haberla visto antes para tener una primera impresión, previa a la que ella se haga de mi. (Esto debe responder a algo muy atávico, sin duda defensivo; pero la ventaja de ver antes de ser visto es inherente al humano).

Viste un jean bastante ajustado -que le hace justicia-, una camisa blanca con flores bordadas, un chaleco de terciopelo azul y unas sandalias también azules sin taco.

Al girarse me ve y se sorprende.

- ¡Me asustaste! Me dice mientras me paro y nos damos un educado beso en la mejilla.

- ¿Esperabas a alguien mas, o a alguien distinto?

- No, no. Perdoname...Me siento una tonta...

En realidad no esperaba a nadie; es decir...a nadie que no seas vos; lo que pasa es que desde que estuvimos en el Juzgado, en esas circunstancias tan... me resulta...como decir, difícil, confuso, pensar con claridad. Ya te dije que mi reacción en ese momento fue algo que jamás me había ocurrido...

- Y yo te dije que a mi me pasaba lo mismo. Pero calmémonos, en todo caso lo bueno es que nos pase a los dos. Es mas común que le pase solo a uno; y es triste además.

- ine porque quería dejar las cosas claras. Especialmente lo profesional; lo concerniente a mi investidura quiero decir.

El lunes siguiente a tu paso por el Juzgado, llegó el joven -entiendo que el hijo de la señora que te acompañaba-pidiendo la misma documentación. Como el encargado del archivo, Vicente, había sufrido una descompostura a raíz de tu comportamiento, lo mandé a su casa y me hice cargo yo misma de atenderlo.

- Decime que no le contaste...por favor...

- No, no le conté. Yo había leído el documento cuya copia estaba en archivo digital (además lo imprimí) y sabía de que se trataba. Así que lo que el joven pudo ver no incluía los detalles que -supongo- te llevaron a actuar como lo hiciste. Podría haber vuelto a colocar la pagina que imprimí; en rigor es lo que debería haber hecho, era mi deber como magistrada.

- Pero no lo hiciste. No te voy a preguntar por qué, no hace falta.

- Lo que mas me sorprendió fue tu impunidad; porque asumamos que te movieron razones “humanitarias” (que hasta podrían ser atendibles, planteadas formalmente), la impunidad con la que actuaste es casi psicópata; digna de un delincuente por decir lo menos.

- Hay una diferencia entre un psicópata impune y yo. ¿cuál es? Porque actuás de la misma manera.

- Pero yo sufro; soy consciente de lo que hago y de las consecuencias; decido hacer lo que creo que es mejor cada vez, pero si pasa como con los papeles que destruí de este muchacho, sufro al hacerlo.

- Y tu comportamiento cuando estuviste conmigo, ¿no crees que actuaste con impunidad?

- En ese caso me declaro un tímido reeducado; tengo una timidez domesticada durante muchos años en los que también sufrí. Sin impunidad.

Pero hay algo que sé que no soy: suicida. Y si vamos a decirnos la verdad, como espero, al verte no solo me llegó tu imagen (que hubiese bastado para despertar mi interés) sino que también percibí en el aire de tu despacho algo como feromonas; y tu actitud corporal en ese momento parecía darme la razón.

- No entiendo nada de feromonas, soy abogada, pero debo reconocer que tu conducta, tu...digamos desparpajo (para no hablar mas de impunidad) me atrajo. Hay que animarse a actuar así. Y la causa, el motivo que te llevó a proceder de esa manera, me pareció noble.

Lo que te estoy diciendo no es la opinión de la Jueza, obviamente. Mas vale va en sentido contrario.

- Ser juez no ha de ser tarea sencilla; tal vez sea una de esas actividades que solo son posibles si hay detrás una gran vocación, como por ejemplo es el caso de los maestros.

- Y el de los curas, de los policías, de los músicos y de tantos mas. Pero no, o al menos yo no lo veo así; creo que hay buenos y malos jueces, curas, policías, etcétera; gente que cumple con el servicio que le tocó en la vida – ya que en todos los casos se trata de servir- y gente que no cumple. Y no en todos los casos eso está ligado a la retribución; es independiente de lo económico.

- Claro, pero yo me refería a lo que implica el manejo de la famosa balanza con que se representa a la Justicia, la

Señora de los ojos vendados.

Ser juez y no ser parte cuando se trata de asuntos humanos no debe ser sencillo; a eso me refiero.

- Entiendo de que hablás; situaciones como la que generó tu comportamiento -que por suerte no me toca vivir a diario- ponen en evidencia ese aspecto a que hacés referencia. Y si, juzgar “asuntos humanos” -como los llamás- requiere de cierta “deshumanización” por parte de quien tenga a cargo esa tarea. El Código con sus Leyes es el único Dios que debe regir la conducta de un juez.

- Duro, tu concepto. Definitivamente yo no podría estar en tus zapatos.

Mientras seguimos la charla que acompañamos con un excelente Chardonnay al que le agregamos -como excusa- un pollo a la naranja, empiezo a sentir de nuevo alguna alarma, como me pasó en el juzgado. Pero no es la misma alarma, esta vez no son las feromonas lo que la dispara.

Esta mujer se me está metiendo debajo de la piel, lo siento y no me pongo en guardia como cabría esperar. En verdad es lo que estoy esperando que pase desde que la vi la primera vez, solo que ahora me doy cuenta.

Cuando la vi en el juzgado me impactó, lo que no es extraño tratándose de una mujer con una presencia como la suya (piernas incluidas), pero lo que me llevó a reaccionar de la forma en que lo hice fue su aspecto de ma-

gistrada con su traje y su corbatita y, a que negarlo, una cierta soberbia que emana de su investidura y que por alguna oscura razón me provoca y me hace desafiarla.

Pero ahora eso no pasa; ni como dije, me mueven las feromonas. No siento ningún desafío de su parte o de la mía.

No, es otra cosa. Me conmueve con su mirada de ojos negros que sostiene al hablar, pausada, como eligiendo cada palabra. Sin ansiedad vamos tejiendo una tela dentro de la que nos instalamos, casi al borde del mundo que nos rodea. Lo único que nos llega -además de nuestras voces- son los acordes de un tema de George Wilson que el pianista (a quien no conozco) viene arreando con morosidad.

Definitivamente me gusta mas el viernes que el fin de semana; la víspera mas que la fiesta. Porque es ahí cuando todo es posible; cuando todo es mágico.

- Tengo la sensación de haberme quedado sola, como si te hubieses ido de viaje sin moverte de tu silla...

- Algo de eso hay...Pensaba en lo misteriosas que pueden ser a veces las relaciones humanas, como en nuestro caso. Esta es la segunda vez que nos vemos y siento que te conozco, profundamente. O en todo caso lo que sé de vos me alcanza para sentir que tenés el poder de detener el tiempo, mi tiempo.

Eso incluye el maravilloso beso que nos dimos “sobre tablas”, no lo voy a negar, ni voy a negar que espero que ese beso sea el principio de algo mas, pero como te acabo de decir, tenés el poder de detener el tiempo. No tengo ninguna prisa en salir de este momento.

Claro que quiero saber que hay detrás de ese beso, pero estoy dispuesto a esperar lo que me quede de vida (ojalá no sea necesario tanto) para averiguarlo. En esto estaba pensando cuando me pescaste “viajando”.

- Lo que me querés decir es que sos vulnerable; que detrás de ese osado y atrevido personaje vive una persona, sensible además.

- Con un corazón que late como un redoblante, a pesar de lo trajinado que esté. Si, es lo que te quiero decir.

Caminamos las cuatro cuadras hasta su hotel bajo una llovizna que amenaza volverse lluvia. Le ofrezco mi brazo que acepta apretándolo contra su cuerpo.

- Estoy muerta de frío- me dice mientras se acurruca contra mi.

Estuvimos mas de tres horas charlando casi sin movernos, ¿te diste cuenta?

Por eso tengo tanto frío. Parece que ...

La interrumpo con un beso que recibe mas como envío de calorías que como un beso, aunque de a poco su boca se va tornando nido que me ofrece resguardo. Permanecemos dentro de ese beso todo lo que podemos hasta que

la lluvia nos avisa que nos empapó. Entonces ya estamos en el lobby del hotel chorreando agua sobre una gastada alfombra que conoció tiempos mejores, tal como le pasa al enorme y vetusto hotel.

- ¿Querés subir a secarte un poco? No te puedo ofrecer ropa seca, pero podemos tratar de secar la que traés con unas toallas.

- No hay nada en este mundo que quiera mas; o sí, hay algo mas...

- ¿...?

- Que vos quieras lo mismo.

Doctor, he vuelto porque usted se tomó la molestia de llamarme, pero creo que no tiene demasiado sentido que siga viniendo.

- Como lo crea mejor. La vez pasada vino porque algo lo tiene mal, lo angustia y no encuentra cómo manejarlo. Pero así como antes decidió verme puede resolver que es mejor dejar las cosas como están; o puede pensar que la remoción del pasado es demasiado luctuosa y el beneficio de hacerlo es incierto.

Es su vida; usted decide.

- Es verdad...lo que pasa es que siento que ya no tengo fuerzas ni para mirar para atrás; además, ¿cuál es el sentido que tiene revolver el pasado? No se puede modificar nada...

- No se puede modificar el pasado, es cierto, pero tal vez se pueda alivianar la mochila que hemos ido llenando a lo largo del camino y con la que tenemos que seguir viajando porque es nuestra historia.

“Revolver” el pasado sirve para reacomodar la carga, soltar lo fútil y conservar lo esencial para seguir el viaje. Para poder vivir lo mejor posible lo unico real que tenemos: la vida presente.

Quedamos un buen rato en silencio. (Algun dia tendré que escribir sobre los distintos silencios: si se pone la su-

ficiente atención y se agudiza el oído “interno” pueden resultar mas elocuentes que las palabras).

En este caso Griffith parece instalado en el silencio, con una mirada celeste transparente que deja tendida en el infinito; me recuerda a la mirada de mi viejo.

- La vez pasada le conté que mi mujer falleció en un accidente de auto. Volviamos de Neuquen y me quedé dormido, volcamos y ella salió despedida porque no tenía el cinturón de seguridad puesto, y el mismo auto la aplastó.

- Si, también me contó que usted sí tenía puesto el cinturón y que por eso se salvó.

- Así es; ella nunca lo usaba. Cuando nos conocimos y subió al auto la

primera vez me dijo que tenía terror de morir quemada dentro del vehículo si este se incendiaba. Entonces yo le insistía con que era una tontería pensar así, y a veces me hacía caso y se lo ponía; sobre todo en la ruta. Pero con el tiempo fue dejando de hacerlo, y a medida que la relación se fue deteriorando no quedó lugar para ese tipo de sugerencias.

Los días que estuvimos en Neuquen, previos al accidente, fueron de terror.

Habiamos ido a un evento al que fui invitado y que no pude eludir, y ella decidió que me acompañaría. Fué una mala idea; la siguiente mala idea fue ir en auto.

Voy a ahorrarle los detalles de ese viaje, todos lamentables. Personalmente, salvo la noche del evento, pasé las restantes en el casino del hotel jugando a la ruleta (ironías de la vida, no dejaba de ganar; mucho o poco, todas las noches ganaba).

Así estuve tres noches seguidas en las que prácticamente no dormí. Desde hacía tiempo que en casa dormíamos en habitaciones distintas y la sola idea de verla en la cama que esta vez debíamos compartir me enloquecía... Yo la seguía amando, deseando...Creo que ya se lo dije antes. En mí nada había cambiado desde que la vi la primera vez. Seguía sintiendo locura por ella, mi deseo era el mismo...En cambio, lo bueno que ella había sentido por mí solo perduraba en mi memoria. Y todo resultaba demasiado humillante...

Así es que cuando emprendimos el regreso, mi estado para encarar los mil doscientos kilómetros de ruta era deplorable. Viéndome en esas condiciones me propuso hacerse cargo del volante; y deseché su oferta.

Al rato de salir ella ya dormía profundamente en el asiento del acompañante, sin cinturón como era su costumbre.

Anduvimos varias horas así, ella durmiendo y yo luchando contra el sueño que cada vez me producía parpadeos más prolongados.

Hubo momentos en los que pensé en parar y dormir

unos minutos que me serían reparadores, pero algo me impulsaba a seguir.

Frente a nosotros, la ruta desierta se fue transformando en una pantalla en la que desfilaban los primeros años que habíamos compartido. Los mejores de mi vida. Y después, como en un caleidoscopio comenzaron a girar imágenes del presente que como astillas de vidrio se me clavaban en los ojos...

A la altura de Reforma, luego de rectas infinitas llegó una curva que no vi. Y lo demás ya se lo conté.

Como a la hora nos socorrieron; yo tenía solo algunas contusiones leves y astillas del parabrisas en todo el rostro, gracias al cinturón que me mantuvo dentro. Pero ella había muerto al ser expulsada y aplastada por el mismo coche.

Nuevamente un silencio -ahora menos denso- sobrevoló la habitación; pero Griffith no se detuvo. Se aclaró la garganta y prosiguió.

- Una vez me dijo que desde el momento que yo me negué a hacerme los estudios de fertilidad había comenzado a odiarme de una manera como no se creía capaz de odiar a nadie.

Y durante los últimos años se dedicó a demostrármelo; encontró diversas maneras de humillarme, tantas como yo de soportarlas. Muchas veces desee que muriese, que desapareciese. Aunque tampoco podía imaginar mi vida

sin ella. Vivía al borde de la desesperación; de la locura.

- ¿De alguna manera, dadas las características del accidente que provocó la muerte de su mujer, usted se siente culpable o responsable?

- ¿Le caben dudas? ¡Claro que soy el responsable! Yo soy quien manejaba en pésimas condiciones, yo soy quien la veía dormir sin el cinturón y no la despertó para que se lo pusiese, soy yo quien se iba quedando dormido y lo sabía. Sin duda soy el responsable.

- Pero usted iba en el mismo vehículo, corrió los mismos riesgos. En todo caso es responsable del accidente, no de la muerte de ella.

- Desde que murió la culpa me atormenta; nunca cesó, ni los años transcurridos desde entonces la atenuaron. Al contrario, cuanto mas viejo me hago mas me mortifica su recuerdo...

- Sr Griffith, sin duda es una historia muy triste la que le tocó vivir. Y sin duda también le cabe la responsabilidad del accidente.

Pero no la culpa. No se si lograré explicarme; lo que intento decirle es que el origen de la mala relación entre ustedes viene de mucho tiempo antes. Usted me acaba de contar que su mujer le dijo que había comenzado a odiarlo cuando se negó a hacerse las pruebas de fertilidad, ¿Es así?

- Así fue como ella me dijo.

- Fue ese odio la causa de lo que vino despues, y no era usted quien lo sentía; según me cuenta sus sentimientos seguían siendo los mismos.

- Tal vez sea como usted lo pone, pero en cualquier caso su muerte vació de sentido a mi vida. Comencé a morir poco a poco cada día.

Desde ese momento no volví a tomar obras. Me dediqué a habitar mi soledad; y al juego, seis o siete dias por semana. Y así fui perdiendo todo...

Una noche, hará unos dos años, cuando volvía a mi casa despues de haber dejado en la ruleta una suma muy grande, al cruzar la calle distraído fui atropellado por un taxi. El taxista resultó ser un tipo decente que luego de detenerse y cargarme en el auto, me llevó hasta un hospital y permaneció a mi lado a la espera del diagnóstico del médico de guardia.

Fue cuando me dijo que el me había visto mirar a ambos lados y que por eso no se detuvo; y que de pronto pasó como si yo hubiese decidido arrojarme bajo las ruedas del auto, cosa que -aunque algo llegó a frenar- no pudo evitar.

Por suerte todo se redujo a algunos golpes y un yeso de un mes en una pierna. Pero ese mes me permitió reflexionar sobre mi situación: me quedaba la propiedad en la que había vivido el último tiempo y poca cosa mas. Entonces decidí ponerla en alquiler y con eso solventar

los costos del lugar en donde vivo ahora, que como le conté antes, es bastante digno.

Posiblemente el taxista me haya dicho la verdad, y mi inconsciente me jugó otra mala pasada. Lo cierto es que ya estoy grande para sobresaltos o jugarretas de mi inconsciente, de manera que opté por pagar para que me cuiden, limpien mi habitación, me den de comer e impidan que me haga daño con alguna otra “agachada” del inconsciente.

Y la verdad Doctor es que no tengo la fuerza para encarar los fantasmas del pasado, aunque deba pasar el resto de mis días conviviendo con ellos.

No sé qué pensé que podría encontrar viniendo a verlo... Quizá tuve la fantasía de creer que podía volver a ser quien usted conoció hace siglos, por el simple hecho de verlo de nuevo.

Al irse Griffith me queda una sensación de tristeza vacía y desolada.

Me pasa cuando estoy frente a una historia cuyo cierre no está en mis manos. Y esta es una de ellas.

“Odiar es como tomar veneno esperando que el otro muera”, sostiene Shakespeare. El caso de la mujer de Griffith lo muestra: lo que la terminó matando fue el auto, pero lo que los llevó a sufrir el accidente, el culpable del accidente fue el odio. El odio que sentía fue el veneno que la mató.

Griffith fue el último paciente. Me preparo unos mates esperando el aviso de mi hermano para que baje; me vuelvo al campo con el, por suerte. Perdí el ritmo que traía antes del “stent” y hoy, con menos de la mitad de los pacientes que atendía antes estoy el doble de cansado. Ya me quiero ir y aún tengo que esperar como una hora.

Pero no es solo la atención de los pacientes lo que me tiene así, aunque para resistir historias como la última que me tocó oír hoy se necesita toda la pila.

No; mi problema no son mis pacientes. Mi problema soy yo.

Anoche, cuando Ana me ofreció subir a secarme la ropa, lo sentí como una invitación a subir al cielo; así de feliz estaba. Y la propuesta de “secarnos” la ropa se transformó en “sacarnos” la ropa en un lento, erótico y excitante ritual que sin apuro fue levantando temperatura.

Próximos al hervor, yo con mi lanza en ristre y envuelta en humedades ella, me tomó de la mano rumbo a la cama mientras me preguntaba si yo traía preservativos conmigo; ante mi lentitud para responder cerró: -no hay problema, yo traje.

No sé si fue su pregunta (lógica) o su respuesta (también lógica, pero menos) lo que obró en mi como un male-

ficio, pero ya en la cama y sin ropa alguna, la que había sido mi enhiesta y rampante lanza se transformó en un pequeño e inofensivo animalito dormido, sin ninguna posibilidad de despertar, como a poco de maniobrar ambos asumimos (mas o menos elegantemente).

Entonces decidimos dormir nosotros también.

A las siete me desperté y cuando estiré el brazo buscándola supe que estaba solo. Salté de la cama y al pararme frente al lavatorio vi una nota enganchada con un clip: “Me fui muy temprano porque a las ocho tengo que estar en el juzgado y el viaje es de mas de dos horas. El desayuno está incluido y lo preparan muy rico.

Ana

PD cuando dormís tenés cara de angelito.”

Definitivamente tengo un problema; en realidad hace mucho que tengo este problema, y no termino de resolverlo.

Cuando tuve mi caída libre desde la punta del Everest al piso en pocos segundos (de esto ya he hablado en otras páginas y no vale mas tinta), quedé con una especie de reflejo condicionado -como el perro de Pavlov frente a la campana- que hace que ante la presencia de una mujer, por muy atraído que me sienta, si percibo que es potencialmente fértil entro en crisis.

Yo viví estos últimos años con anorexia sexual (también se conoce con el horrible nombre de anafrosidia), de

modo que a problemas como el de anoche no tuve que enfrentarme, hasta hoy.

Pero resulta que hoy apareció Ana. Y me detonó la cabeza.

Tengo que hacer algo y lo tengo que hacer ya; esta mujer se me ha metido en el cuerpo, la siento bajo la piel. Siento todos los síntomas que anuncian una gran pasión y quiero estar a la altura. Quiero vivir esta pasión con todo lo que soy, sin guardarme nada.

Pero tengo que resolver este tema de inmediato, antes de que a Ana se le acabe la paciencia...y me descalifique.

Cuando estoy cerrando el consultorio para juntarme con mi hermano que me espera abajo, me entra un mensaje: "Ayer mientras cenábamos y hablábamos de literatura te conté que Fernando Pessoa era uno de mis favoritos, al punto que tengo un par de libros de el en el Juzgado para airearme cada tanto. En el próximo mensaje te copio algo que busqué hoy."

Al rato de ir viajando suena el móvil avisándome que tengo otro mensaje.

"El amor es lo esencial

El sexo es solo un accidente.

Puede ser igual

o diferente.

El hombre no es un animal

es una carne inteligente,

bien que a veces doliente.

Fernando Pessoa

1935.”

No debo poder esconder mi felicidad porque mi hermano me mira y se sonríe.

- ¿Te avisaron que te ganaste la lotería? Tenés cara de eso.

- Mas o menos; me acaban de avisar que me iban a fusilar y se suspendió la ejecución. Así que es mejor todavía que ganarse la grande.

- Sin duda que es mejor humilde pero vivo que rico muerto. Además a la lotería siempre que se juegue se puede ganar, pero si te fusilan se acabó la fiesta...

Cuando le estoy por contestar vuelve a sonar el móvil con un mensaje mas:

“Me gustaría que me enseñes esa porción de Paraíso donde me contaste que vivís. Si tenés ganas este fin de semana estoy libre”.

Tardo treinta segundos en mandarle la ubicación del campo por GPS. Y le agrego –“Solo avisame cuando venís, para ser feliz desde un rato antes”. (no es textual pero pretende evocar a Saint Exupery).

- Ahora me acaban de comunicar que además de no ejecutarme me gané la lotería- le digo a mi hermano.

- Eso es algo de lo que nunca dudé: sos un tipo con sus virtudes, pero también tenés suerte.

- Te confieso que yo también siempre lo sospeché: tengo

suerte; a pesar de las
idas a la banquina que protagonicé en mi vida, la suerte
no me esquivó.

- Sos afortunado o, como estaba escrito en un cuadrito
que colgaba en la entrada de nuestra casa cuando éramos
niños “Dios te lleva en la palma de su mano”.

- Puede ser...pero si no paramos en alguna estación de
servicio creo que le voy a mear la mano a Dios.

- Dale, de paso comemos algo. tanta espiritualidad me
despertó el hambre.

Hoy por la mañana fui al pueblo, necesitaba hacer compras: carne, pan, verduras...Y fundamentalmente preservativos y Sildenafil.

El Sildenafil (Viagra) es algo que hoy no uso pero que usé hasta mas allá de cualquier prudente recomendación de los laboratorios; durante los años de locura y descontrol -que en mi pasado sobran- la única manera de lograr una erección superadora de la inhibición que produce la mezcla de alcohol con merca era esta bendita pastilla, así que me hice experto. Pero de esto hace años, y como dije, las razones eran otras. Ahora juego contra mi cabeza; y no le tengo tanta fe a la química, pero es lo único de lo que puedo echar mano, además del manejo de mi cabeza (que aunque no he consultado -mi cabeza digo- creo que preferiría estar en cualquier otro lado antes que arriba de mis hombros).

Porque esta mujer, Ana, ya se adueñó de mi corazón; lo reconozca o no, se me metió dentro del cuerpo; y el paso siguiente es mi cabeza. Pero si pasó el corazón, la cabeza pasa. En mi esto funciona como la ley de la gravedad. Ya lo he vivido.

Y hay algo mas: quiero que pase. Quiero enamorarme, volver a morir de amor queriendo como alguna vez quise. Lo quiero como si tuviese veinte o treinta años, cuan-

do tenía la chequera del alma completa y en blanco.

Si yo fuese un paciente a quien debo escuchar pensaría que se trata de un caso de extravío o de demencia temporaria, o de un pico de euforia característico de una personalidad bipolar en el mejor de los casos.

Pero hoy es sábado (como decía Vinicius en un poema) y los sábados no atiende.

Trato de escribir un rato intentando distraerme... Es inútil, esta mujer no solo maneja el tiempo cuando estoy con ella, lo maneja cuando no está, cuando la espero: hace de los minutos horas, y de las horas días.

Y como todo en la vida llega, Ana llega.

Estamos caminando por el boulevard de eucaliptus que circundan el parque y la casa.

- No exageraste en nada, esto es un anticipo del Paraíso.

No resulta difícil sentirse feliz en este lugar, nada difícil.

- Hablando de ser felices, te aviso que la estocada que me diste con Pessoa no fue gratuita. Hace un rato estuve buscando en la biblioteca de la casa; yo tengo en mi consultorio toda la obra de él, de él y de sus eterónimos (que son un montón). Pero acá encontré algo que memoricé y...

- Al terminar la carrera hice un posgrado: "La poesía y el derecho", aunque te parezca mentira. Y la tesis que defendí giraba en torno a la obra de Fernando Pessoa, así que estás frente a una iniciada en el tema.

- Me apabullás...

- En broma, por favor contame que leíste; a este paraíso solo le falta un poema de Pessoa y me convierto en Eva...

- “Casi anónima sonries
y el sol te dora el cabello.

¿Por qué para ser feliz
Hace falta no saberlo?”

Nos sentamos en un banco que debe tener cerca de ochenta años hecho con dos medios troncos enormes y fijados con una “x” (diseño de mi bisabuelo), delante de un macizo de laureles de tres colores distintos.

El atardecer, el vientito del sur entre los arboles, todo se va conjurando en un beso que, sin prisa, nos va enredando las bocas, los cuerpos y el deseo.

Con disimulo saco una mano del entrevero y busco en el bolsillo de mi pantalón “elefant” la pastillita salvadora... que no aparece.

(Creí haberla guardado en el bolsillo, pero como no estaba en mis planes un encuentro amoroso al aire libre, se ve que no hice las previsiones necesarias).

- Deberíamos volver a la casa para continuar con las acciones- le digo tratando de mostrar dominio de mi mismo (y cruzando los dedos para que la bendita pastilla aparezca).

- ¿Tu hermano ya habrá vuelto? Yo soy diferente, soy una tímida irrecuperable, no como vos...¿Cómo era que te llamaste?

- Tímido domesticado. Pero quedate tranquila, mi hermano llega para cenar; además tenemos la habitación en la que duermo y nueve mas para elegir, si tu timidez fuese tan exigente...

Mientras está acicalándose en el baño aprovecho para entornar las cortinas, poner suave algo de Bebo & Cigala en mi JBL y buscar el Sildenafil.

Y la puta pastillita no aparece por ningún lado...cigarros, flores sin picar, estatinas para el LDL, forros, papel de armar, chicles, pero de la pastilla nada...

- ¿Se te perdió algo?

- ¿Eh?... No, nada...en realidad buscaba...

- Yo traje, no te preocupes por eso...

- ¿...?

- Aunque sos vos el experto en recomendar (yo me dedico a juzgar) me atrevo a sugerirte que trates de no preocuparte por nada. Y que confíes en mi.

- Ana, mi corazón está en tus manos; mi cuerpo está a punto de estarlo también. El problema es mi cabeza, que a veces me hace piquete; vos ya viste...

- Si pude con tu corazón -según me estás diciendo- voy a poder con tu cabeza. Y nuestros cuerpos van a festejar juntos; te lo prometo.

- ¿Palabra de jueza?

- Palabra de Ana.

Desde hace dos días no tengo noticias de Ana; a las seis treinta de anteaer me dejó -camino al Juzgado- en el cruce de la ruta con el acceso al pueblo, donde me monté en una combi que en cuatro horas me depositó en la Gran Ciudad, a quince minutos de casa. Tuve que hacer el viaje sin mucha previsión debido a las posibilidades horarias de algunos pacientes (daré cuenta de ellos en futuras páginas), y aprovechando el tiempo libre que me quedara, terminar un par de trámites que venía pateando hace rato.

Y desde entonces no hemos vuelto a tener contacto. A veces la vida se nos pone tan generosa que da miedo moverse, respirar, toser o lo que sea que pueda romper el hechizo, que termine el encanto, que nos despierte de lo que fue un sueño del que, como de todo sueño, hay que despertar.

Así me siento desde que nos separamos: es como si quisiera estirar ese sueño lo mas posible; anoche, previo a dormirme (cuando la frontera con la vigilia se vuelve difusa) soñé o pensé que soñaba lo que estoy viviendo y, no sé a quien pero a alguien le contestaba (a quien sea el fabricante de sueños) que aceptaba que todo fuese un sueño, a condición de no ser despertado nunca.

Así estoy.

La primera noche (la primera de cuatro; se quedó todo el fin de semana y después viajó dos noches mas para estar juntos) luego de una sesión de amor que nos transportó a otra galaxia en donde pude desplegar mi espada como viejo gladiador aun vigente (y sin los recursos químicos, a los que di por perdidos), cenamos con mi hermano que mostró todo lo encantador y buen anfitrión que puede ser. También sentí que contaba con su aprobación en la elección de la dama que me acompañaba.

Ya en la cama, después de otro alucinante viaje a las estrellas (en el que volví a estar a la altura de las circunstancias) y a punto de partir al mundo de los sueños verdaderos, los que aparecen al dormir, veo que estira su brazo buscando algo sobre la mesita de luz.

- Cuando estábamos hoy a la tarde en el banco de troncos, ese que tiene detrás los laureles de colores, al levantarnos para venir a la casa, encontré esto sobre el mismo banco- me dice mientras pone en mi mano la puta pastillita extraviada.

- ...

- Tal vez era lo que estuviste buscando por todos lados...

- ...

- Pero por lo que se puede apreciar, no era necesario...

- Si me permitís voy a guardar el mas digno de los silencios.

Aunque antes quiero dar gracias a la vida, por todo.

- ¿Todo que vendría a ser?

- Hasta mi desacato en el juzgado, porque eso hizo que nuestras vidas se crucen.

Y agradecerle a vos, por ser quien se cruzó; y por todo lo que vino después.

- En esto la cosa es de a dos y requiere de cierta simetría para que “suenen las campanas”. Así que no caben los agradecimientos personales.

Pero sí “todo” incluye la vida misma, entonces a ella sí quiero agradecerle estos momentos de felicidad que nos regala.

No me voy a detener en los dos días y las cuatro noches que pasamos juntos porque la felicidad no se escribe, la felicidad se vive.

Cuando ya se ha caminado bastante, con luz pero también con sombras, se ha aprendido a gozar de los días soleados tratando de olvidar lo demás, aún sabiendo que lo demás existe. Por eso -consciente de lo aleatoria que puede ser la fortuna-, una vez más me arrojo en sus brazos a vivir lo que me tenga reservado.

Mientras escribo esto, espero que el móvil dé una señal de vida antes que mi próximo paciente toque el timbre.

Se me ocurre pensar que tal vez a ella le pase lo mismo: que sienta que cualquier movimiento puede romper el hechizo en el que nos metimos a vivir; de ahí su silencio...

Que frágiles, que vulnerables resultamos una vez que nos desnudamos y el alma queda expuesta frente al otro; porque hemos bajado todas las defensas, y son las defensas lo que nos mantiene con vida en este áspero mundo. Sin embargo, aun conociendo los riesgos avanzamos. Lo hacemos porque sabemos que mas allá está la parte de la vida que nos confirma que estamos vivos; la sangre que nos corre por las venas con su carga de adrenalina nos lo está diciendo. Por eso avanzamos; por eso derrumbamos los muros que nos protegen y quedamos desnudos y en la intemperie.

Por volver a “escuchar las campanas” cruzamos el desierto a pie o trepamos los Himalayas; porque escuchándolas es como sabemos que estamos vivos, que la vida tiene sentido y que vale la pena encontrárselo.

El timbre como un espasmo me devuelve a la única realidad que debe ocuparme en este momento: mi paciente.

Sentado frente a mi hay un hombre de algo mas de cuarenta años, prolijamente desalineado, de mirada inquieta (tal vez algo perdida), como si llevase muchas horas sin dormir. El aspecto es el de un galán de cine “vintage” pasando por una mala racha.

- Cuando hablamos te conté que soy escritor, guionista free lance para ser exacto; que hace mas de dos años no logro que me acepten un solo libro y que estoy comiéndome lo que me queda del último trabajo que me pagaron hace -como te dije- dos años.

Te reitero todo esto porque no dispongo de muchos recursos para honorarios altos, y no querría...

- Por los honorarios no te preocupes, iremos viendo como pilotearlo a lo largo de nuestra relación.

- ¿No te resulta mejor dejar establecido algo desde ahora? Digo, para ahorrarnos malentendidos futuros.

- Mirá, mi modalidad es cobrarle a cada paciente lo que honestamente pueda pagarme. Y mi habilidad es lograr que eso pase. ¿Se entiende?

- Te tenés mucha fe...

- Tengo mucha fe en el ser humano, si se le da oportunidad. Lo que no evita que me haya comido varias curvas en el camino.

Pero vamos a ir yendo de lo general a lo particular; ¿Qué te está pasando que te llevó a verme, a solicitar esta entrevista? Quizá se trate de la situación económica de la que me hablas, pero tengo mis dudas...

- Tus dudas son ciertas, aunque tal vez mi situación actual sea una consecuencia de mi verdadero problema; eso no lo sé.

La razón que me trajo a verte es que mi mujer me dejó; me abandonó. Y desde entonces mi vida se fue a pique en todos los aspectos; también en lo laboral...

-Arrancá tu historia desde donde quieras o desde donde creas que empieza; te escucho.

- Tengo cuarenta y dos años. Viví la vida loca y me di todos los gustos sin parar hasta los treinta y cinco, cuando el cuerpo me empezó a pedir sosiego; o es lo que creí en ese momento, que para el caso es lo mismo. Entonces decidí buscarme una mujer que reuniese a todas las que había conocido hasta entonces; que fuese como la síntesis de las mujeres que habían pasado por mi vida y comenzar con ella una historia permanente.

- Sentar cabeza, como se dice comúnmente.

- Si, establecerme, qué se yo. Madurar ser le dice también.

- Ajá, de eso mas o menos se trata "sentar cabeza". ¿Y como te fue con la elección de la candidata que reuniese todo lo que esperabas? Porque no se si te entendí bien,

pero me parece que pusiste el listón muy arriba o que tus expectativas eran casi inalcanzables; pero te repito, no estoy seguro de haberte entendido bien.

- Si, me entendiste bien. Y si, mis expectativas eran muchas, pero tuve suerte.

Conocí a Julia: de una belleza no común, tipo árabe, con ojos de carbón y mirada de miel. Además -y fue eso lo que me terminó de convencer- de una inteligencia y una agilidad mental fuera de serie.

En tres meses sabía de mi mas que yo mismo...Quizá esto de llegar a conocerme -en tan poco tiempo- fue lo que la llevó a rechazar el primer ofrecimiento para mudarse conmigo. Recién aceptó convivir (algo a regañadientes) al año de estar saliendo.

- Explicame a que te referís con que te conocía mas que vos mismo; y que relación tiene lo de conocerte con acceder o no a mudarse.

- Al proponérselo la primera vez, cuando no aceptó, la razón que me dio fue que no le tenía fe a nuestra pareja; que no le veía futuro debido a que -a pesar de que mis intenciones de sentar cabeza eran honestas- yo todavía no era lo bastante maduro como para mantener una relación estable con nadie.

- ¿Y era así?

- Mi mujer es psicóloga, y es buena en lo suyo; puede ver mas allá del alcance de cualquier persona, por lo menos

de gente común, como es mi caso.

En el momento que me lo dijo no estuve de acuerdo; quiero decir que Julia era todo lo que yo había querido y esperado de una mujer: y ahí estaba, para mí. Con eso me bastaba, así que destiné una buena parte del primer año de la relación a convencerla. Hasta que lo logré y se vino a vivir conmigo.

Algún recuerdo o imagen se le debe haber cruzado porque de repente se queda mirando mucho más allá de la pared que tiene a tres metros; son esas miradas que más que enfocar un objeto o persona en el espacio, ponen el foco en el tiempo; aunque al hacerlo pareciera que fuesen necesarios los ojos, en realidad sucede lo contrario: los ojos proyectan lo que esa mirada extrae desde algún remoto rincón del pasado, algo que anida detrás de los pliegues de la ubicua alma.

- Si estás de acuerdo sigamos con la historia, para tratar de ir entendiendo.

- A los dos años de convivir en dulce armonía, algo de a poco me comenzó a caminar por adentro... Sentía que mi vida perdía energía, interés o deseo; y no porque ella no fuese deseable, al contrario, lograba estar siempre diez puntos. No era eso, no; se trataba más bien de vivir en una rutina perfecta, maravillosa; pero rutina al fin...

- ¿Te aburrías?

- Esa es la palabra exacta: me aburría. Sí.

Estoy convencido (ahora) de que no hay nada a lo que uno no se termine acostumbrando con el paso del tiempo. Que Dios me perdone pero creo que hasta la mujer perfecta te termina cansando con su perfección; y eso me pasó con Julia: empecé a aburrirme. Pero a la vez no tenía una sola razón, ni la mas mínima causa para reclamarle nada; seguía siendo la misma mujer que conocí.

- Te interrumpo por dos motivos: hasta acá no hablaste de amor; no lo nombraste ni una vez, y querría saber si la omisión es voluntaria o tal vez el amor esté incluido en lo que me contaste, que entre las condiciones que tenías al buscar pareja estaba el amor; enamorarte digo.

Y la otra duda es si al hablar de aburrirte la estás incluyendo a ella; si el aburrimiento era mutuo quiero decir. Pero esta pregunta puede esperar.

- El amor obviamente estaba implícito, claro. Pero tu pregunta me resulta familiar; muchas veces me pedía que le dijese que la quería. Ella sí lo hacía, constantemente. Y alguna vez me lo reclamó; me decía que ahí se veía mi falta de compromiso (creo que lo llamaba compromiso afectivo).

En ese aspecto no sé si soy muy experto; antes de conocer a Julia tuve infinidad de amores, o tal vez fuese mejor decir romances, que se yo. Onda, piel, gustos afines, viajes, etcétera; siempre creí que es de eso de lo que se trata el amor en la pareja. Así que intentando responderte, a lo

que te acabo de contar hay que sumarle que cuando estaba con Julia sentía que no quería nada mas, que estaba colmado. Que ya no necesitaba seguir buscando quiero decir.

- Pero empezaste a aburrirte. Por ahora dejemos el amor para mas adelante. La otra pregunta que te había hecho es si cuando sentiste que te estabas aburriendo notaste que a ella le pasaba lo mismo, o si lo hablaron.

- Lo hablamos...mejor dicho yo se lo planteé, y no solo no tenía ni idea de que me pasaba sino que además se sorprendió cuando se lo dije.

- ¿Y como se lo planteaste?

- Le dije que (y de verdad lo sentía al decirlo) yo la amaba, que era la mujer de mi vida, todo lo que había soñado. Pero me estaba aburriendo. La relación ya no me apasionaba como antes aunque sentía que la amaba igual, pero me daba cuenta de que si seguíamos así me hundiría en un pozo, caería en una horrible depresión, como le pasó a mi viejo.

- Tu padre era depresivo...

- Si, mi viejo era depresivo. Y murió de eso.

- ¿Cómo murió?, porque la depresión en si misma...

- Se mató. Se tiró debajo del tren.

- ...

- Te sigo con la historia; que en realidad todavía está por empezar.

- Dale. (Trato de no acusar el golpe pero un suicidio nunca dejará de golpearme -no como psicoterapeuta claro- en lo personal; y quizá fue eso lo que aun en los peores momentos me mantuvo lejos de meter en mi mazo esa baraja, la del suicidio).

- Cuando le conté a Julia lo del aburrimiento se sorprendió -como te dije-, y ya repuesta de la sorpresa me preguntó que pensaba que se podía hacer para cambiar, o que podía hacer ella, si es que yo la consideraba responsable de mi aburrimiento. Y creo que ahí empieza la historia que me llevó a estar hoy sentado frente a vos; con esa pregunta que Julia me hizo arranca la...

- Historia que tenés que contarme; pero que continuará la próxima vez que nos veamos, cosa que ahora combinaremos.

- Y de paso me decís cuanto te debo; o cuanto crees que honestamente debo pagarte, según tu “modalidad”...

- Mi “modalidad” se toma su tiempo para funcionar; y aun no tiene nada que sugerirme.

- Un tiempista...

- Por que no.

Anoche, luego de repetir el primer encuentro en Clásica & Moderna (lo de repetir escenarios es comprensible si consideramos que “ahí”, en ese lugar, fuimos felices) volvimos a su hotel; esta vez sin lluvia y con muchos mas besos en la calle llegamos a la habitación tan en erupción como entonces, pero esta vez mi cabeza se puso de mi lado y nos dejó amarnos en paz. Ana volvió a irse al alba y de nuevo dejó una nota adherida al espejo:

“Voy a estar ocupada por una semana. Cuando me libere te aviso. Todo es felicidad desde que te conocí. No lo arruinemos enamorándonos”.

Mientras desayuno pienso a un ritmo inhabitual para esa hora; trato de encontrarle el sentido exacto al mensaje que me dejó; y lo que hace que mis pulsaciones aumenten es que le encuentro muchos que son posibles.

Nos hemos pasado horas amándonos y horas charlando, pero en realidad los temas han girado en torno a nuestras personas, a nuestros gustos y pasiones, a libros y literatura, a películas y música, en fin, a infinidad de temas pero todos referidos a cada uno de nosotros.

Es como si hubiésemos comenzado a conocernos desde lo mas lejano o remoto de cada uno; un descubrimiento que se inicia en los orígenes primigenios y que al irse

desvelando desecha todo lo que le sea ajeno, incluyendo el entorno y los afectos.

Y lo cierto es que no sé si ella vive sola o si tiene pareja (una sola vez mencionó al pasar que tiene dos hijos estudiando en la Capital; ese fue el mayor acercamiento a su vida privada). No sé -por ejemplo- si su aprensión a vernos en su pueblo obedece a preservar su investidura pública o si tiene otros motivos. Y ella tampoco sabe nada de mi entorno, al que nunca hice alusión, fuera de lo laboral y de mi inhabilitación profesional (de la que tampoco di detalles).

Es extraño, creemos conocernos porque de varias maneras nos hemos desnudado hasta dejar el alma al aire, nuestros cuerpos se han fundido en uno solo, nuestras mentes han vibrado al unísono.

Y entonces recibo la indicación de no subir a bordo el corazón...

(No puedo evitar el recuerdo de “El último tango en París” de Bertolucci, donde Brando y María Schneider se envuelven en una relación parecida a la nuestra, al menos en lo intensa y misteriosa; solo espero que tengamos otro final).

Mientras voy volviendo al consultorio recibo un mensaje: “Por favor no me llames, esperá que yo lo haga. Te extraño. Ana”

No sé que le estará pasando pero debo entender que todo

puede suceder; todo está dentro de lo posible. Aceptar las cosas como vengan forma parte de mi elección de ser como soy, de vivir como vivo.

Y eso supone estar preparado para todo; cualquier noticia es posible y ninguna debiera sorprenderme. Puesto de esta manera suena hasta temerario, y sin embargo no es más que haberle perdido un poco el respeto a la cobardía, al miedo de vivir. Lo que de ninguna manera es ni pretende ser algo heroico.

Esta declaración tan rimbombante (que al escribirla me sonó muy lúcida) encierra un pequeño engaño: estoy preparado para todo lo que venga desde afuera, pero no estoy considerando qué pueda pasar dentro de mí. Porque las mayores sorpresas que tuve en mi vida me las di a mí mismo, yo fui la causa. Quiero decir que lo que no sé cómo puede reaccionar (y jugar para cualquier lado, incluso en mi contra) está dentro mío.

Sé que Ana es todo lo que espero de una mujer. Sé que junto a ella volví a escuchar como “suenan las campanas” (como le gusta decir) y también sé que esto me hace absolutamente vulnerable.

También sé que a ella le pasa lo mismo (lo de las “campanas” digo) pero ignoro cuál es su grado de vulnerabilidad. O dicho de otra manera, no sé de qué recursos dispone para entrar en una historia como la que estamos viviendo y salir, llegado el caso, indemne.

Si sé que en mi caso el costo puede ser alto; pero es lo que vuelvo a elegir; ya no tengo opción. Hace tiempo resolví no cerrar las escotillas ante mares tempestuosos; para eso se fortaleció mi proa, para dejarme navegar todas las aguas.

Como sea, la vida con sus porrazos me enseñó a cultivar la paciencia; debí aprender a poner la mente en “pausa” cuando lo que sucede ya no está exclusivamente en mis manos, cuando se suman otras manos a las mías; cuando la sangre echa a correr de un cuerpo a otro. Cuando la vida cobra sentido.

Y estoy necesitando poner en práctica lo aprendido. Para eso (nunca terminaré de agradecerlo) los pacientes son una ayuda inestimable.

Habíamos dejado en que le planteaste a tu mujer que te estabas deprimiendo debido...

- Que me estaba aburriendo, y que eso me iba a deprimir. No es lo mismo; en este caso sería el aburrimiento la causa de la depresión.

- Tenés razón; seguí con la historia, no te interrumpo.

- Cuando me preguntó si era ella la causa de mi aburrimiento le contesté que no, que la relación, la rutina en la que habíamos caído era el motivo.

Al preguntarse si tenía otra mujer, o si quería a otra le dije que no; le juré que no, porque era la verdad. Le dije que tampoco quería buscar otra mujer. Que no era eso... Y fue entonces cuando me propuso buscar juntos.

- ¿...?

Un tercer participante, mejor dicho una. Me dijo que si me animaba podíamos probar con alguna chica que nos gustase a los dos. Ella había tenido alguna experiencia previa muy satisfactoria -así me dijo- y era una práctica bastante habitual entre estudiantes durante sus años de facultad.

Yo fui criado mas con la vieja escuela: fiestitas sí, pero nunca con la mujer de uno, así que cuando la escuché mi primera reacción fue preguntarle si se había vuelto loca...Pero creo que no llegué a decírselo, porque de

repente tuve algo como una iluminación, que se yo, de pronto me la imaginé con otra mujer en la cama, desnudas y acariciándose...

Y a los cinco minutos estábamos cogiendo como no lo hacíamos en muchos meses; nos pasamos la noche cogiendo.

Si dijese que era solo calentura estaría mintiendo, aunque me resulta muy difícil poner en palabras lo que sentí en ese momento... Quizá fuese solo calentura, pero fue tan potente, tan explosiva...

- ¿Esto que te pasaba a vos también le pasaba a ella? Si era recíproco quiero decir.

- Si, claro. Se creó ese campo magnético precisamente porque era mutuo; nos alimentábamos el uno al otro...

A los diez o quince días, durante los cuales el buen sexo no faltó ni uno solo -si bien el fuego iba cediendo- volvió a salir el tema (aunque no estoy seguro, creo que ella lo trajo).

Pero esta vez avanzamos; quiero decir que antes de volver a enzarzarnos en otra ronda de sexo de alta intensidad, llegamos a navegar por las paginas de chicas que ofrecen servicios a parejas; y hasta anotamos un par de candidatas para cuando lográsemos bajar la temperatura que al igual que la primera vez nos quemaba de deseo. Pero esta vez además agregamos las fotos de las chicas seleccionadas en la pantalla, a las que mirábamos mien-

tras hacíamos el amor y nos decíamos frases que las incluían en nuestro relato.

Así siguieron pasando los días, las semanas. Nos alimentábamos el uno al otro jugando con la idea de que era una fantasía que en algún momento haríamos realidad; solo era cuestión de tiempo.

Pero demorar ese día también le agregaba emoción, o morbo o qué sé yo que, era algo que nos trastornaba, nos llenaba de ansiedad.

- En una pareja en la que esas prácticas no son habituales, quiero decir que no pasan de la categoría de fantasías, no es extraño que la posibilidad de realizarlas despierte distintas sensaciones, ansiedad, excitación, hasta cierto temor.

Sumar un participante a una pareja conlleva sus riesgos; mas aún si como dije antes, la pareja no tiene experiencia. El temor es natural y hasta saludable.

- Es verdad, aunque como ya creo haberte contado, ella sí había vivido experiencias tiempo atrás; nunca me dio demasiados detalles, pero me contó que había pasado por situaciones así.

Y como lo que buscábamos era una chica, yo sentía que estábamos en igualdad de condiciones; porque si lo que hubiésemos buscado fuese un tipo...

- Sentirías una competencia, o el riesgo (que todos corremos) de ser comparado.

- Exacto, pero en este caso el riesgo era de ella. De Julia. O eso es lo que creí entonces.

Pero sigo con el relato. Llegó el día tan ansiosamente esperado; habíamos elegido una candidata que tanto en fotos y en un video como por teléfono nos resultaba encantadora; además era una diosa, con un físico y una cara de modelito que cortaba la respiración.

No sé si los detalles sumen algo; pero lo mas importante fue que cuando llegó, después de tomarnos una copa charlando de cualquier cosa fuimos entrando en tema; las razones por las que la habíamos llamado: la rutina, el aburrimiento, etcétera. Nos contó que lo que nos pasaba era común en parejas con algunos años de convivencia, y que con su intervención creía haber ayudado a superar algunas crisis.

- Algo así como una terapeuta de pareja.

- Digamos que si.

Cuando pasamos a la habitación, luego de ambientar la iluminación y la música de fondo comenzamos a quitarnos la ropa, lentamente.

La situación era una mezcla de sensaciones: nervios, calentura, expectativas de todo tipo; pero el trámite de desvestirnos se estaba alargando mas de lo necesario, o eso me pareció, y para quitarle presión me ofrecí a buscar algo de tomar de la heladera.

El viaje a la cocina, abrir una botella y llenar de champagne las copas no me debe haber insumido mas de cinco minutos, pero al regresar a la habitación casi me da un paro cardíaco; ver a tu mujer en la cama, desnuda, en brazos de otra mujer también desnuda, comiéndose una a otra... De veras, las pulsaciones se me dispararon como nunca en mi vida.

La escena me trastornó tanto que me quedé paralizado, tieso, con la bandejita y las copas, observando el desarrollo de la contienda como el mejor de los “voyeurs”.

Al principio creí que en el fragor de la lucha no me habían visto, pero en un momento en que Julia estaba de espaldas, una mano -que no era la de mi mujer- me invitó a sumarme. Lo que resultó casi un papelón, porque a los pocos (muy pocos) minutos de incorporarme, a causa de la calentura que todo eso me producía exploté lanzando al aire toda mi hombría como un fuego artificial ...

Al rato, ya repuestos tuve una segunda oportunidad en la que estuve mas a la altura de las circunstancias, pero sentía que lo mío era como rellenar, que el número principal eran ellas y yo un mero espectador.

- Hay veces en las que el espectador es, a pesar de su aparente pasividad, una pieza fundamental de la historia. O la causa.

- Así me lo hizo saber mi mujer una vez que nos quedamos solos. Y en ese momento me pareció una buena respuesta.

- ¿Cómo siguió su relación a partir de ese día?

- La experiencia de ese día nos cargó las baterías por un tiempo...

Pero aunque no lo comentásemos, algo había cambiado entre nosotros. Por un lado queríamos repetir la experiencia y por otro sentíamos, o tal vez deba decir que yo sentía que nos habíamos subido a algo como un tren de alta velocidad que no podía detenerse porque nadie lo conducía.

- O porque nadie se había ofrecido a ser el conductor. Y quizá ese rol estuviese destinado al “espectador” como te llamaste a vos mismo. Pero eso no lo sabemos. ¿Como sigue la historia?

- Al mes mas o menos la volvimos a llamar; y se repitió la misma escena, con leves cambios. Quiero decir que mi participación era accesoria; ellas tenían a cargo el número principal...

Creo que fue entonces cuando empecé a pensar que habíamos cometido (o yo había cometido) un gran error.

Y el tiempo me lo fue demostrando. Seguíamos llamándola, cada vez mas a menudo, y la pasión no disminuía.

Pero lo que sí disminuyó, al punto de desaparecer, fue nuestra relación. Ya no volvimos a hacer el amor, ni bien ni mal, sin su presencia.

Así transcurrió el último tiempo que convivimos: hacíamos el amor solo si estábamos con ella. Y porque ella estaba; era la única motivación.

- ¿Lo hablaban entre ustedes, dentro de la pareja digo? Obviamente la cosa se había enrarecido y motivos para conversarlo les sobraban.

- Lo hablamos, pero recién el día que Julia se fue; y lo hicimos porque se iba.

En realidad ella habló; yo me limité a escuchar.

Y lo que me dijo -si soy franco- no me sorprendió demasiado; desde hacía tiempo yo venía viendo que el curso que iban tomando las cosas podía derivar en un final así: se había “redescubierto” (así me dijo) con una sexualidad diferente, y se quería sentir libre para poder “construirse” una vida distinta, en armonía con el descubrimiento de su nueva sexualidad. Dicho todo esto juntó sus cosas, me dio un distante beso (casi al aire) y se fue. Así de sencillo.

Desde entonces mi vida va barranca abajo, porque cuando Julia me dejó supe que era amor lo que sentía; por primera vez en mi vida me había enamorado. Y Lo supe recién cuando ella se fue.

Lo peor es que las razones por las que se fue no dejaron lugar a nada.

¿Cómo luchar contra eso? Hay cosas contra las que es inútil intentar algo...

- Hay cosas que están mas allá de nuestra voluntad, es cierto, y las referidas a los afectos corresponden a esa categoría.

Los sentimientos son tan dinámicos como la vida misma, y suelen no ir en línea con la mente. Viajan por otro carril y con plena independencia de la razón y de la voluntad.

Estos casos nos dejan la experiencia, lo bueno vivido y un importante aprendizaje, de esos que nos hacen mas humanos.

- Si no nos matan...

- Si no nos matan, claro.

Pero tal vez te sirva pensar que lo que te pasó, mas allá del final, tiene para vos un significado mucho mas profundo: descubriste tu capacidad de amar. Ahora cuando te vuelvas a enamorar lo sabrás porque ya conociste el amor. Te hiciste experto.

Y en cuanto a ella, en otro momento, en otras circunstancias o con otra persona probablemente iba a terminar pasándole lo que le pasó contigo.

Pero el destino quiso que fueses vos quien la ayude a “descubrirse”.

Y no es culpa de nadie. Como en tantas cosas del amor, es la vida la única responsable. La vida misma.

Algo en esta historia me hace ruido, pero mas por lo que no cuenta que por lo que se ve.

Detrás de “la vida loca” como la llamó, y aun detrás de los primeros años de convivencia, me parece ver correr la sombra de una depresión.

Antes al aburrimiento se lo llamaba “falta de meta funcional” y se lo consideraba una de las causas de la depresión.

Más allá de los planteos, hoy se sabe que con medicación se controla el déficit de “dopamina” y se corrigen los desarreglos de hormonas como la “oxitocina”, verdaderas causas de la depresión.

Estas falencias y desarreglos condenan a un estado de aburrimiento crónico, que solo razones de mucha intensidad logran -transitoriamente- modificar, como puede haberle sucedido a este paciente durante su etapa de “vida loca” y también durante el tiempo que mantuvieron el “explosivo trío”.

Además (“last but not least” diría mi abuelo) la depresión como enfermedad o trastorno mental es -casi sin discusión- de carácter hereditario.

Como sea, este es uno de los casos que me gustaría seguir pero tendré que derivar a quien esté en condiciones de manejarse con medicación.

Y para eso hay que estar habilitado.

Son la tres de la tarde; es el primer día de febrero que nos da tregua después de una semana con casi cuarenta grados de térmica que me hicieron abandonar la gran ciudad para venir a refugiarme en el campo. Luego de un aguacero de cincuenta milímetros es la primera tarde de veintipocos grados; acá vuelvo a ser Adán y este lugar el Paraíso.

Estuve cuatro días viendo pacientes. Mi situación económica, a partir de haber dispuesto de los bienes que durante años manejó mi hermano (con buen y exitoso criterio como he contado antes) me permite elegir que pacientes quiero tomar y que casos debo dejar correr o -eventualmente- derivar.

Y también me permite el lujo de huir de la gran ciudad cuando factores como el calor la tornan invivable.

Aunque no es solo el calor; la semana que Ana me puso entre paréntesis le empezó a quedar grande a mi actividad laboral, único antídoto contra ese paréntesis; pero tampoco se puede trabajar las veinticuatro horas por entusiasmado que uno esté; llega un punto en el que pierdo lucidez para todo, empezando por mi mismo.

Al quinto día, cuando ya estoy combinando la vuelta al campo con mi hermano recibo una llamada: un Personaje, bastante conocido y de larga trayectoria en los medios radiales y gráficos, se presenta.

Terminadas las presentaciones (y recuperada mi calma; recibir el llamado de una celebridad es algo para lo que no estoy preparado) este Personaje me comenta que por razones que ahora no vienen a cuento tiene en sus manos ciertos escritos que despertaron su interés, a los que se les atribuye mi autoría; y de ser así desea pedirme permiso para leerlos al aire durante su programa de radio. Yo tengo la costumbre de escribir; lo hice desde que aprendí (a escribir) y desde que tengo memoria; en forma de diario, crónicas y fundamentalmente relatos sobre casos que me tocaba ver en la profesión. Quizá lo que puedan tener esos relatos -como singularidad- consista en que al escribirlos, para quitarles hierro (de por sí ya eran temas densos) los narraba dentro de una ficción que sin modificar la esencia del problema los hacían mas entretenidos, mas amenos; como una suerte de dramatización. Pero en ningún caso guardaba demasiado rigor académico porque no era ese el objetivo.

Y se imprimían unos cuantos ejemplares que limitaban su circulación a un reducido público consistente en colegas, gente afín a la profesión o simples curiosos y pocas mas.

De todo esto han pasado mas de veinte años.

Pero desde hace ya bastante tiempo existen las redes, que como inmensas telas de araña cubren el planeta en su totalidad. En los sesenta y setenta la creencia filosófica

reinante sostenía que si una mariposa aleteaba en Tokio un terremoto azotaba San Francisco. No se requiere de mucha imaginación para extrapolar esa imagen e instalarla en lo que son hoy las redes. Sólo que entonces se trataba de una actitud filosófica y ahora de la constatación de una realidad.

La cosa es que este Personaje extrajo de esa tela de araña escritos que definitivamente son míos y que alguien subió a un blog para utilizarlos vaya a saber con que fin (pero como sea respetó mi autoría); cuestión que el Personaje navegaba por la web, lo vio, despertó su interés y lo capturó.

En este caso lo que había caído en sus manos era un relato que yo había escrito mas de veinte años atrás, referido a una relación de pareja en la que en el mismo momento confluían el amor, el odio, la venganza, la pasión, la violencia y el dolor. Todo junto. Y me había valido de esa historia para tratar la dinámica de la pareja, el juego de roles, etcétera.

Lo que le da a ese relato un sentido especial -para mi personalmente- es que se trata de una serie de episodios que en ese entonces yo vivía en la realidad. Cuando lo escribí recuerdo haber decidido que el narrador fuese la mujer y que lo hiciese en primera persona, con lo que consideraba a salvo la intimidad de mi vida privada. Claro que entonces no existían las redes.

Luego de mantener con el Personaje una amena charla en la que le expliqué -no exento de cierto humor- la razón (episodios de mi propia vida como ya dije) por la que tenía tan presente esa historia a pesar de los años transcurridos, primero me pidió disculpas porque no logró reprimir una cuasi carcajada que -como con sordina- se le escapó al escuchar mi explicación; y después me dijo que mas allá de la hilaridad, la historia -y la forma de contarla- lo habían sorprendido.

Entonces me invitó a cenar. Y acepté.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Con el termo de dos litros (y yerba para resistirlo) cuelgo la hamaca bajo el roble, decidido a disfrutar de los veinte grados que nos regala el viento Sur.

Arranca Vivaldi con su concierto en Do mayor (con unos arreglos para guitarra que son un lujo sobre otro lujo). Enciendo un “puraflor” prescripto terapéuticamente (por mi) y me tiro en la hamaca. Tengo en mis manos el relato que el Personaje había hecho imprimir y me dio cuando nos encontramos a cenar; y cuya autoría es definitivamente mía.

Antes de encarar la lectura, una vez liquidadas mis flores (tiro la “tuca” que dedico al Santito) me da por preguntarme si será una buena idea leer esta historia que por más años que hayan pasado y por ficcionada que haya sido, fue parte de mi vida. Yo la viví y yo la escribí.

Porque aunque el pasado sea una sucesión de fotos inmodificables a las que solo se puede observar, a veces pasa que alguna de esas imágenes cobra vida y se nos viene encima; y nunca con buenas intenciones.

Pero el interés que mostró el Personaje por ese relato (toda la cena giró en torno a la posibilidad de publicarlo como una novela -haciéndole las adaptaciones necesarias dijo-) despertó mi curiosidad y -como tantas otras

veces en mi vida- la curiosidad puede mas que mis precauciones.

Además necesito meter la cabeza en algo que no sea contar -como un preso- los días, horas y minutos que me faltan para volver a estar con Ana; o para saber algo de ella al menos. Me muero por tener cualquier noticia suya...y por otro lado temo cualquier noticia...

Entonces decido que más vale azuzar fantasmas del pasado -que ya sé cuanto pueden doler- que enfrentar incertidumbres presentes cuyo poder de fuego aún desconozco.

Mientras Vivaldi le agrega una flauta maravillosa a su concierto, me tomo el primer mate y doy comienzo a la lectura.

Decido descartar las interpretaciones y anotaciones técnicas que acompañan al relato -que en este caso no hacen al objeto de la lectura- dejando la historia propiamente dicha, aunque por momentos resulte algo inconexa.

Y arranco con la lectura.

Cuando escribí esto, además de ponerlo en primera persona del femenino lo titulé “Ella” (digamos que entonces me pareció una manera más de resguardar la intimidad; hoy me resulta de una ingenuidad casi inexplicable).

Ella.

Yo había comenzado, una vez iniciada la escolaridad completa de mis hijos, diversos cursos. Entre otros uno de escultura y pintura en el Centro Cultural San Martín.

Una tarde, al finalizar la clase, el profesor que la dictaba me pidió que me quedase un instante. Una vez que todos se hubieron retirado, me hizo un par de comentarios sobre mi trabajo (estaba trabajando una cabeza y torso en alambre para pasar luego a cemento, valiéndome de él mismo -el Profe- como modelo).

Debo haber heredado de mi abuelo materno esa inclinación, que según contaba mi mamá además de peletero era escultor y pintor. La cosa es que se me dá bien la plástica y eso es lo que el Profe intentaba decirme. Entre otras cosas...

-...Y como me has usado de modelo, creo que estás en deuda conmigo.

-No sé qué clase de deuda contraí pero no me gustan las deudas, así que decime como puedo cancelar ésta.

-Viniendo a mi taller y posando para mí. Solo así se salda esta deuda; ya ves qué simple es.

-Suena justo.

Y quedamos así.

La primer mañana que posé no fue fácil: se trataba de un óleo de mujer desnuda con sombrilla.

Aunque me pareció excesivo -como devolución de servicios de modelaje- no se lo dije, mitad porque intentaba mantenerme en los niveles artísticos en los que estas nimiedades no se consideran y mitad porque, debo decirlo, me excitaba. Me excitaba como hace tiempo que no me pasaba. Y me encantaba.

Obviamente busqué la manera de hacérselo saber a mi marido. Y en el desayuno le informé la razón que me llevaría a ausentarme las próximas mañanas -sin explicar cuantas-: modelar. Y -también obviamente- lo puse al corriente de la técnica (óleo sobre tela) y del motivo (mujer desnuda con sombrilla).

Quizá sintió que estaba usando mi "crédito" -de hecho yo sentía que lo estaba usando- pero por supuesto no puso objeciones.

Sólo su eterno "cuidate al salir yo cada mañana, o cuando él subía para el consultorio.

Y hasta la quinta mañana todo sucedió según lo previsto. Ya el cuadro había tomado forma y era en verdad muy bello; me sentía homenajeadada, valorada. Me veía en la tela mucho mejor que en la realidad y así se lo hice saber al Profe.

-Sólo movido por una pasión puede el artista mejorar la realidad, además del talento que posea claro. En este caso podemos atribuirle todo a la pasión, de la que no tengo dudas; en cambio, con el arte, en fin...tendría mis reservas.

Todo esto me lo fue diciendo mientras se acercaba por detrás, abrazándome con mucha delicadeza a la vez que me cubría con uno de sus abrigos.

-Desde que te vi la primera vez algo comenzó a germinar dentro de mi. Luego en clase, viéndote trabajar, tu talento y tu dedicación hicieron el resto; fueron tejiedo la red en la que estoy atrapado entre hilos hechos con la pasión que siento al verte.

Soy un artista, alguien que se nutre de lo bello, de lo inteligente, y eso es lo que vi en vos. Porque de eso estás hecha: de belleza y de inteligencia.

Así fue como tuve mi primer amante. Él (mi marido) diría que así fue como empecé a cobrar la deuda. Pero viéndolo a la distancia relativizo sus palabras. En todo caso podría decir que me dejé llevar por lo que me pasaba, que fluí.

Sin la menor culpa, eso sí.

Pero en ese momento no era venganza o rencor lo que quería y sentía. Al contrario, por no sentir nada de eso es que me abandoné, primero en brazos del pintor y después en tantos brazos más.

Durante un tiempo viví sintiéndome Madame Bovary: "con el amante la vida cotidiana retrocede". Pero en mi caso -por suerte- no llegué a enfermarme como la pobre Emma en la novela.

Por el contrario, fue cuando comencé a sentir, primero tenuemente y luego con certeza, que más allá de todo, de mis infidelidades y de las de él, lo que estábamos logrando con todo esto era destruir definitivamente la relación. El vínculo que nos había unido para toda la vida, terminaba definitivamente.

Porque no sé qué habrán significado para él caricias de manos que no eran las mías, besos que eran de otras bocas, palabras que la urgencia de la pasión lo llevaban a decir o a oír de una voz que no era la mía. Pero para mí cada caricia, cada beso, cada palabra que daba o decía o recibía era un paso más que me alejaba, inexorablemente, de él, de nosotros y de nuestro amor. Del que nos ocupamos que no quedara nada.

Ella

Una vez, luego de dejar a los chicos en la casa de mi mamá, nos fuimos a cenar a un lugar muy acogedor frente al río, en Olivos.

La noche, con una luna casi llena que el río duplicaba, las velitas, la tenue música (bossa-nova) y el vino justo, se fueron conjurando para llevarnos a querer hacer de defecto virtud. Sentíamos que estábamos reencontrando el amor. Con esta vida loca que llevábamos de repente nos sorprendía el amor: volvíamos a amarnos. Tomados de las manos sobre la mesa, velita mediante y mirándonos a los ojos, volvíamos a jurarnos amor eterno...

Antes que nos trajesen la comida se excusó para ir al baño.

Al volver lo intercepta un mozo (justo estoy sentada en diagonal al único espejo que tiene el lugar, por lo cual veo la escena claramente) : el mozo le entrega lo que parece una nota, a la vez que con poco disimulo le señala una mesa. El (mi marido) luego de comprobar que yo sigo de espaldas, lee la nota, mira en dirección de la mesa señalada en la que hay dos mujeres sentadas y hace el típico gesto de "te llamo" con pulgar y meñique.

Obviamente me guardé de hacer el menor comentario, pero ya en casa, mientras él se duchaba revisé el bolsillo de su saco en busca de la nota; vi un número de teléfono (acá interviene mi prodigiosa memoria, primer recurso de todo traductor) y de inmediato busco en su bloc de notas: el mismo número que tenía el de la cita de la que fui testigo en aquel nefasto bar; el número junto al nombre de "nuestra" amiga.

Mentiría si digo que la explosión llegó de pronto; o tal vez sí, pero en todo caso al principio llegó en forma de pasión, o mejor sería decir de calentura -de mi parte al menos- porque nos hicimos el amor con ferocidad, como nunca lo habíamos hecho; como nunca volvimos a hacerlo.

Cuando aún no recuperábamos el aliento, él se levantó a buscar algo de tomar; yo me puse a observar el cuadro que habíamos colgado sobre la cabecera de nuestra cama: óleo sobre tela, (100 por 0,81), enmarcado y con vidrio: "mujer desnuda con sombrilla".

Sí, así era de loca nuestra vida entonces: el pintor me había regalado el cuadro y habíamos decidido -con mi marido- colgarlo sobre nuestra cama. Y la verdad es que quedaba precioso.

Y entonces sí, llega la explosión; sin mediar transición alguna, en el momento en que entra al dormitorio le parto el cuadro en la cabeza; literalmente su cabeza

pasa a ocupar el lugar que hasta entonces había sido el de la mujer desnuda con sombrilla. Y todo decorado con miles de trozos de vidrio que inundaron la habitación entera.

Antes de que pudiese reaccionar, le tiro en la cara la nota con el número y el nombre de la "amiga", me visto y me voy a la casa de mi mamá.

Al salir le grito, antes de cerrar la puerta -cuando no queden vidrios que me puedan lastimar llámame.

Como era de esperar, al día siguiente estaba de vuelta en casa, sin rastros de vidrios ni de mujer desnuda con sombrilla.

Cuando termino de leer estos dos capítulos y estoy preguntándome si debo seguir con la lectura (los fantasmas del pasado danzan en derredor de mi hamaca como queriendo iniciar la Ceremonia del Fuego que dé cuenta de mi, de lo que estoy leyendo y de toda esa historia); en ese preciso instante el móvil me avisa que entró un mensaje.

“Si todavía queda un lugar en tu Paraíso querría que me lo reserves para hoy a la noche. Podría llegar a cenar. A.” Después de un asado que tentaría hasta a un vegano nos sentamos en la terraza que hay frente al enorme hall vidriado a tomar café. Nunca vi tantas estrellas. Se ve casi como con luna llena.

- Fueron los siete días mas largos de mi vida. Hago mal en decírtelo pero peor haría en disimularlo...

- A mi también se me hizo largo el tiempo; pero estuve demasiado ocupada como para percatarme de que pasó una semana desde que te dejé durmiendo en el hotel.

- La verdad es que al irte fuiste económica de palabras para avisar tu ausencia; además de cerrar todos los canales con los cuales yo podría ...

- ¿Me estás pidiendo explicaciones?

- No, no tengo ningún derecho.

- De acuerdo, pero si yo te otorgase el derecho, ¿querrías que te de explicaciones?

- No, no querría. Al menos no hoy, no ahora...

- ¿Que es lo que querrías ahora? Tal vez si lo sé pueda ayudarte...

- Querría que nos hagamos el amor con tanta pasión que alcance como para soportar siete años de soledad; pero estoy dispuesto a achicar mis pretensiones a cambio de no sufrir más ausencias, ni siquiera por siete días.

Saciada la sed nos vamos quedando dormidos; en realidad es ella quien se duerme, yo estoy lejos de abandonarme a los reparadores sueños.

Me voy de la habitación en puntas de pie y vuelvo a la hamaca. Podría leer un libro de letras grandes bajo la luz de estas estrellas, pero en vez de un libro me llevo una buena medida de JW del bar de mi hermano; viajo por el cielo esperando que algo de su luz me permita ver que me está pasando; el cielo siempre me ha iluminado, aun con muchas menos estrellas que las que tiene hoy.

Me pregunto que me hace no querer oír las explicaciones que hoy me ofreció Ana: lisa y llana cobardía es la primera respuesta que me surge. El miedo de saber que lo que estamos viviendo sea una licencia dentro de su vida, o si se quiere una simple "cana al aire". O que lo que sea que me diga que le pasa no guarde proporción con lo que me está pasando a mi.

Así es como uno empieza a equivocarse: creyendo que lo que ponemos debe ser igual a lo que obtenemos; que la relación debe guardar simetría y equilibrio. Y no entendemos que lo único que importa es todo lo que nos podamos dar mientras estamos juntos. Todo es eso, y eso es todo.

Pero ese “todo” pareciera no alcanzar; necesitamos alguna seguridad más: saber que mañana va a estar, que es nuestro y de nadie más, que no nos lo van a arrebatar... No queremos sufrir, no queremos que nos duelan las pérdidas, los abandonos.

No queremos que el amor termine. No queremos que exista la muerte.

No terminamos de aceptar que la vida está hecha de todo eso: despedidas, adioses, olvidos son los separadores entre una dicha que se va y la esperanza de la llegada de otra dicha.

Todo eso es lo que nos hace humanos; y es lo que nos diferencia del resto de La Creación: la conciencia.

Una vez escuche a Antonio Gala decir algo que se me imprimió en la memoria como un salvapantallas: “¿Qué es un hombre en medio del inmenso océano? Algo insignificante, y sin embargo el hombre sabe que se está ahogando en tanto que el océano no sabe que se lo traga”. Definitivamente no quiero conocer las razones que la mantuvieron ocupada toda la semana, en parte por co-

bardía como dije antes, pero también porque de Ana sólo me pertenece el tiempo que estamos juntos.

El tiempo que compartimos es nuestra fortaleza, lo único imbatible, porque no es presa de la incertidumbre de la espera ni de la zozobra de la vida cotidiana.

Aprender a pensar, a ver las cosas de esta manera me ha llevado la vida entera y aún estoy lejos de ser un buen alumno.

Pero además hay otro componente que para mi también es necesario: el juego.

Jugar es emocionante, pero lo es porque existe la posibilidad de perder; si no fuese así, para mi el juego -como tal- no existiría. Me gusta jugar (y ganar) pero necesito saber que puedo perder; sin el riesgo de perder a mi vida le estaría faltando uno de sus sentidos.

O tal vez todo este rimbombante alarde disquisitivo no sea sino el resultado del horrible miedo que me produce pensar que cualquier mañana puedo despertarme solo y al mirar el espejo encuentre una nota con un simple “adiós”.

El rocío de la noche me toma con sus fríos dedos y me lleva de regreso a buscar cobijo entre los brazos de Ana. Hoy mi única y mas cercana estrella.

Sigue el buen tiempo: sol con veinte grados. Dejé a Ana dormir (a pedido de ella), hice mis saludos al sol y me tiré en la hamaca.

Di cuenta de las flores necesarias como para encarar la lectura de la segunda parte del relato. Es decir que voy a volver a sacudir las ramas del árbol del pasado para que termine de caer lo maduro; después veré que hago con lo que queda. El Personaje me sugirió publicar -haciendo los ajustes necesarios-, y la idea me sigue dando vueltas. Ana se queda hasta mañana a la tarde aprovechando que es domingo y que está “libre” (nunca pensé que la palabra “libre” me pudiese perturbar como lo está haciendo). Cuando voy a iniciar la lectura aparece mi hermano.

- Brother, me voy a la fucking ciudad. Te queda la Hillux viejita por si tenés que ir al pueblo; si no le exigís demasiado todavía responde.

- ¿...?

- La camioneta.

- Ajá, mil gracias por todo.

- Hablando de gracias, mil gracias tiene tu amiga, la magistrada...

Definitivamente sos un hombre afortunado. Y contame ¿avanza el romance? Que no se te escape semejante presa...

¿Es soltera, viuda, divorciada o algo así?

- No lo sé.

- ¿...?

- No lo sé, de veras. Creo que tiene dos hijos que están estudiando en la Capital; pero eso es lo único que sé.

- Ah...claro, muy, como decirlo..."open mind" lo tuyo, bah lo de ustedes porque supongo que ella tampoco sabe demasiado de tu vida...¿me equivoco?

- No, no te equivocas. Por ahora la relación es así.

- Y te resulta? Digo, si no te genera...que sé yo...angustia, inseguridad...

Porque tengo que confesarte que anoche te vi muy entusiasmado, parecías un adolescente enamorado.

- Si a esta altura te parezco un adolescente enamorado estoy a un paso de resultar patético; buscá otra manera de describirme, hacé el esfuerzo...

- ¿Sabés qué me pasa? ¿querés que sea sincero?

- Me das miedo...

- Siempre, aun durante el mucho tiempo en el que no nos vimos, te seguí considerando mi hermano mayor. Y de chicos, mientras vivimos juntos vos eras el protector y yo el protegido, por eso te quise y te respeté.

Y ahora que hemos vuelto a encontrarnos, ya grandecitos los dos, lo que me nace es mas protegerte que esperar tu protección; no sé si entenderás lo...

- Claro que te entiendo. Y te lo agradezco.

Además te pido que no cambies, que me sigas cuidando quiero decir. Hace tanto tiempo que no siento que alguien me cuide que ya me desacostumbré...

Mientras lo veo alejarse en su súper nave me invade una sensación de bienestar: es verdad que ya ni me acuerdo de como era saber que si me pierdo alguien va a salir a buscarme. De nuevo la vida me dedica una caricia.

Cuando por fin estoy arrancando con la lectura, Ana hace su aparición: trae una bandeja con los pastelitos que preparó Susana.

(Que extrañas resultan a veces las cosas: me hizo jurar que Susana nunca sabría que ella -Ana- es la Jueza que está a cargo del expediente de su hijo; además de ser quien lo atendió cuando pasó por el Juzgado).

Luego de echarse del otro lado de la hamaca, mientras damos cuenta de los pasteles que empujamos con mate, ve las hojas escritas que tengo a un costado.

- ¿Te interrumpí algo importante?

- Estaba por terminar de leer algo que escribí hace un millón de años y que por esas cosas del destino volvió a caer en mis manos. Se trata de un caso que atendí entonces y que publiqué en forma de ficción; ya te conté que solía hacerlo con las historias que me interesaban...

- Si, ya me contaste y me pareció una buena idea; ojalá yo tuviese facilidad para la escritura, transformaría en literatura mucho de lo que me toca ver a diario.

Pero creo que los dictámenes y los oficios hirieron de muerte mi capacidad literaria; debe ser por eso que me gusta tanto leer, sobre todo poesía.

Pero me gustaría escuchar esa historia si tenés ganas de leer en voz alta.

Le hago un “racconto” del caso (decido omitir que se trata de una historia personal; siempre habrá tiempo para ampliar...)

Y vuelvo a sacudir las ramas del árbol del pasado.

Ella.

Ya iniciadas mis actividades extra matrimoniales, vivimos una temporada extraña: yo, por mi lado, posando y haciendo el amor con el Pintor por las mañanas, dedicaba las tardes a mis hijos y a escribir para el Diario (las salidas en el canal no las había retomado; era demasiada dedicación para cinco minutos de aire, y la cuota de vanidad estaba plenamente colmada con “mujer desnuda con sombrilla”).

Y por las noches, manteniendo fogosos encuentros sexuales con él, ¡con mi hombre! Nunca, en toda nuestra vida juntos, hicimos tanto y tan ardientemente el amor como en esa época.

Pienso -pero esto lo pienso ahora- que roto el acuerdo que nos mantenía unidos, que nos contuvo siempre, una vez caída la valla comenzamos a deslizarnos por una pendiente que a la vez que se volvía más empinada aumentaba la velocidad a la que viajábamos, tornaba vertiginosa -y peligrosa- la vida cotidiana; cada día tenía algo de “último día”.

Los sábados dejábamos a los chicos con mi mamá (ya para entonces bastante retirada de los negocios, y una abuela a la medida de los caprichos de los nietos) y sa-

líamos a cenar; pero siempre estaba la urgencia por regresar a casa, a hacer el amor; sí, a coger, envueltos en un erotismo que me resulta casi imposible de explicar. Una noche, ya aplacada la pasión, me contó que algunas mañanas solía ir al bar que hay frente al taller de mi Pintor, y se quedaba ahí aguardando verme salir -hasta que no me duela- me decía.

- Voy a seguir yendo hasta que deje de dolerme. O me muera intentándolo.

Pero si fallezco en el intento no podrás decir que no hice todo lo posible por ser coherente, o si querés justo, ya que la coherencia es la única justicia a la que puedo apelar.

- No creo que sirva de algo- recuerdo haberle dicho.

- Peor me hace estar con un paciente delante hablándome ni sé de qué, mientras no puedo quitarme de la mente que en ese preciso instante estás en brazos de tu amante.

Y además de eso se trata, ¿no es así?

- No te entiendo.

- De aceptar. Si voy a aceptar que tenés un amante, y que además en ese momento estás haciendo el amor con él -ya que te ocupaste bien de que conozca tus horarios- lo mejor que puedo hacer es acostumbrarme, que se me haga cotidiano como el café que tomo ahí, esperando verte salir; algo así como incorporarlo a mi

organismo sin que lo rechace, sin acidéz, sin dolor...no estás de acuerdo?

Frente a planteos como ese comencé a pensar que lo que estábamos viviendo (más allá del erotismo extra que, todo hay que decirlo, a los dos nos generaba la participación de un tercero -mi amante-con quien yo había estado esa mañana en labores similares), nos iba a terminar haciendo mucho daño; tanto a él con sus mañanas de testigo mudo y doloroso de mi infidelidad, como a mí, siendo yo la causa de su dolor.

Ella.

Una noche lo había acompañado al estreno de una obra en la que él había colaborado con la puesta (a raíz de sus psicodramas eran habituales sus participaciones en el mundo del teatro).

Una vez terminada la función se decidió ir a cenar a Pipo con el elenco, directora y asistentes. Éramos cerca de quince personas, y no fue sencillo acomodarnos en el restaurante; quedamos algo dispersos en distintos lugares del salón.

A los diez minutos de instalarnos, aunque yo estaba a tres mesas de la que estaba él (mi marido) la directora y algunos de los actores, pude ver detrás del respaldo de la silla de el la mano de la directora entrar por debajo de la camisa y acariciarle la espalda; todo con mucho disimulo.

Quienes compartían la mesa conmigo hablaban, me preguntaban sobre la obra, la puesta, etcétera, pero me sentía como dentro de una pecera: se me había cortado el audio.

Me fui al baño a echarme agua en la cara; me quedé diez minutos mirándome al espejo, tratando de retomar el control de mi misma.

De pronto, veo reflejada en el espejo -lejos, desde la entrada común a ambos baños- la cara de Gardel: un morocho, peinado para atrás, con una sonrisa como para hacer salir el sol.

En otro teatro se había estrenado una obra que prometía ser un éxito, con dos personajes, un hombre mayor interpretado por un actor muy conocido y uno joven que encarnaba el morocho de la sonrisa en el espejo; (pero esto lo supe después).

Cuando salgo del baño estaba esperándome.

- ¿Puedo hacer algo por devolverte la sonrisa?

(Debe haber visto mi cara; o leído mis pensamientos, porque me sentía tan mal, tan bajoneada, que sólo una pregunta así podía hacerme sonreír).

Estuvimos charlando un rato; ahí me contó lo de su obra, además de otros trabajos que estaba haciendo en tele y en cine. Entonces lo ubiqué: era un actor con inicio de galancito pero que al poco tiempo, dadas sus buenas intervenciones había sido llamado a integrar elencos teatrales serios. Y ese era su primer coprotagonista, que de tener buena acogida le auguraba una carrera exitosa.

La cosa es que seguimos charlando un rato, mientras desde lejos veía como la directora seguía con la mano debajo de la camisa de mi marido. Debo haberme sentido bastante mal porque en un momento le propuse

al morocho irnos a tomar algo a otro lado, con menos ruido...

Volví a casa a las siete de la mañana luego de pasar la noche con mi nuevo amante. Carmen estaba dándoles el desayuno a los chicos.

- Hace un rato el doctor me pidió que le suba un café con tostadas al consultorio; me dijo que ya estaba atendiendo, que se lo deje en la mesita de la sala chica.

- ¿Preguntó por mí?

- No señora. Pero le dejó una nota pegada a la heladera, ¿quiere que se la alcance?

- Deje Carmen, yo la busco.

"Espero que la hayas pasado bien. No vi cuando te fuiste, y tampoco me avisaste"

Mantuve la relación con el morocho gardeleano más de seis meses, pero esta vez no hice participe a mi marido. De cualquier forma así como no registró mi ausencia en el restaurante el día del estreno, creo que de habernos paseado de la mano frente a sus narices, tampoco se hubiera dado por enterado.

Pero esta vez, además, yo buscaba algo diferente: más que una conquista -aunque se tratase, en este caso, de un bombonazo que hubiese sido razón suficiente para mi placer, para mi ego y por supuesto para mí venganza- no sé exactamente qué buscaba; quizá un simple abrazo; alguien que me contuviese. O amor...

Entonces no sabía que el amor no se busca; que el amor -si llega- lo hace cuando quiere, y que no siempre una pasión es amor, ni se transforma en amor después.

Viví esa relación intensamente; me apasioné quiero decir, buscando -como cantaba Fito- el amor después del amor.

De haber tenido entonces más claridad me hubiese percatado de que mi galán no tenía en sus planes enamorarse de nadie. Pero por suerte él sí tenía las cosas claras.

Una noche, mientras me llevaba a casa tocamos -creo que por única vez- el tema de mi marido.

- ¿Qué piensa el de nuestra relación?

- Ni siquiera está al tanto; sabe que mantengo otras relaciones, pero tenemos acordado que esos asuntos son parte de la vida privada de cada uno, o sea terreno que no se comparte.

- Mirá vos qué modernos...¿y que tal se vive de esa manera?

- No sé, a veces bien, otras más o menos; pero en todo caso no es una manera de vivir que yo haya elegido. Yo estoy tratando de aceptarla...

- ¿Por qué tenés que aceptarla, si no te gusta?

- Porque mi marido, o quizá deba decir los dos, llevamos las cosas hasta ese punto.

- Y él está conforme... ¿vive feliz de esta manera?

- Creo que mi marido dejó de ser feliz hace mucho. Yo también dejé de serlo, pero lo mío es más reciente.

- Y yo soy parte de esa infelicidad...

- No, todo lo contrario. O eso creí cuando comenzamos esta relación...en la que busqué algo de felicidad, de paz si querés.

- ¿Y?

- Con vos me siento viviendo una pasión y eso siempre produce una sensación de felicidad.

- ¿Eso es amor para vos?

- Antes hubiese creído que sí; pero hoy ya no. Aunque tampoco creo saber que es el amor, o por lo menos sé que el amor con que viví mucho tiempo dejó de darme felicidad y se tornó en una fuente de dolor constante. Y con vos me siento en paz y me apasiono cuando nos hacemos el amor, no hace falta que te lo diga. Es cuanto recibo de nuestra relación, y no es poco.

- Paz y pasión, o mejor sería pasión y paz. Y está bien que la palabra amor no esté incluida, porque en eso yo...

- ...Quedate tranquilo, no me voy a confundir. Además te repito que dudo mucho que el amor -lo que sea que eso signifique- vuelva a hacer nido en mi.

Yo amé mucho a mi hombre, muchísimo, y sé que él me amó. Y sentía que lo que estábamos haciendo era exactamente lo contrario de lo que nos habíamos pro-

metido una vez: protegernos y nunca hacernos daño. Con los ojos bien abiertos, mirándonos, sin mentiras, estábamos traicionándonos; traicionando nuestra promesa.

Porque más allá de la pasión que sentíamos renovada -en realidad una falsa pasión, porque la pasión es ciega y la nuestra era muy lúcida- nos envolvía una sensación muy fuerte que a la vez que nos atraía cada vez más intensamente, nos avisaba que nos acercábamos rápidamente al fin. Como Thelma & Louise, frente al Gran Cañón.

Al menos diez minutos han pasado desde que terminé de leer. Durante la lectura Ana se bajó de la hamaca y sin dejar de escuchar fue caminando lentamente hasta llegar al tronco gigante del roble en el que apoyó su espalda luego de sentarse en el suelo.

Tiene una bellota del árbol que hace pasar de una mano a la otra, pero su mente está muy lejos de sus manos. La posición en la que estoy sumada a los cinco o seis metros que nos separan me hacen imposible asegurarlo; pero está o estuvo llorando.

Ninguno parece apurado en romper el silencio.

Pero ella lo rompe.

- Me resultó una historia muy triste. Tenés razón en que confluyen todas las pasiones posibles; una especie de drama de Shakespeare del siglo veintiuno. Pero lo que siempre me resultará triste de las historias de amor es que -si hay amor verdadero- tenga un final; al amor me refiero.

¿Te resulto muy ingenua o...?

- No, para nada; y lo comparto.

El amor es casi un milagro. Si hay algo que se mueve a su aire y con total independencia de las voluntades o las conveniencias es el amor. En todo caso uno podrá elegir (y esto también es relativo) que hace con lo que le pasa o

no le pasa, pero no hacer que le pase o no le pase. Por eso digo que el amor es un milagro.

- Y en la historia que leíste recién los personajes parecen empeñados en destruirlo, aun destruyéndose ellos mismos. Es muy doloroso oírlo, mas si se trata de una historia real como contaste, ¿es así?

- Es así. Se trataba de una pareja relativamente joven y pasional en la que el amor había estado muy presente durante los primeros años y que luego la convivencia, los hijos, la rutina, la lucha diaria y varios etcéteras más habían desgastado hasta llegar a lo que te leí.

Posiblemente en ellos haya jugado también la edad; habían formado pareja apenas entrados en la veintena, con poco más que su amor por todo recurso.

Luego fueron creciendo juntos, y no siempre se crece en el mismo sentido o al mismo tiempo; ni los intereses siguen siendo los mismos...

- Es curioso, si recuerdo bien mas de una vez la mujer se lamenta -y le creo- al ver “agonizar” el amor, pero lo curioso decía es que se lamenta mientras observa como todo se derrumba, además de ayudar al derrumbe. Resulta contradictorio, aunque muchas veces la vida, nosotros, todos, somos contradictorios.

- En ese caso -creo recordar- la separación fue muy dolorosa. Y como señalaste antes, se empeñaron en destruir el amor a costa de un enorme sufrimiento, quizá porque

creían que de continuar juntos se destruirían ellos como personas.

...O tal vez porque ya sospechaban que de amor no se muere.

- ¿Supiste que fue de ellos después...? ¿sobrevivieron o murieron de amor nada más que para no darte la razón?

- Sobrevivieron.

- Aunque sea la mujer quien lo cuenta me da la sensación de estar escuchando al hombre; o a una mujer que piensa como hombre... Qué se yo, hay como una falta de cuidado, de sensibilidad que no es propia... ninguna mujer se queda de brazos cruzados viendo cómo el amor de su vida se desmorona.

- En definitiva no te olvides que yo soy quien lo escribió; aunque tomado de la vida real, fue procesado por mis masculinas manos para entrar luego en el mundo de la ficción.

Y hablando de supervivientes, querría saber cual es el significado de “no lo arruinemos enamorándonos”, si tuvieses la bondad de aclarármelo.

- Adoro las asociaciones libres, pero en este caso se me hace muy difícil encajar “sobreviviente” con el “enamorado arruinador” al que hice referencia en una desafortunada esquila que dejé en un remoto espejo de un lejano y olvidado lugar hace siglos...

- Casi podría (o querría) creer que no fuiste vos quien escribió la nota; o en todo caso que la persona que la escribió no es la misma con la que estoy hablando. O de última que querrías no serlo.

- Soy quién la escribió, y no es mi costumbre desdecirme. Pero hoy no la escribiría; o no escribiría esa nota.

- ¿Que nota escribirías hoy?

- Si me das la posibilidad de conocer la biblioteca de tus ancestros puede ser que encuentre lo que te escribiría hoy; es algo que leí y creo recordar, pero querría transcribirlo textualmente.

El resto del tiempo que nos dejó el fin de semana corrió a la velocidad de la luz.

Pude meter en dos días mi vida entera; todo fue presente, pero fue tan intenso que no dejó lugar al pasado e hizo del futuro algo insustancial.

Como ya se volvió costumbre, antes del amanecer Ana partió sin despertarme.

Y también (es notable observar cómo nos apegamos a rituales o rutinas; como si necesitásemos, al igual que Hansel y Gretel, ir dejando señales de nuestro paso) dejó adherida al espejo una nota.

“...Tenemos, los que vivimos,

una vida que es vivida

y otra vida que es pensada.

Y la única que tenemos

es la vida dividida
entre la verdadera y la errada.
Cuál no obstante es verdadera
y cuál errada, ninguno
nos lo sabría explicar;
y vivimos de manera
que la vida que uno tiene
es la que debe pensar.”

F. Pessoa

1933

Tengo hasta el miércoles, cuando parta rumbo a la gran ciudad, para revisar papeles.

He estado meditándolo y decidí que no voy a publicar nada relacionado con mi vida de hace siglos, cuando era médico con matrícula, esposo y padre de familia. Voy a hacer caso omiso a la recomendación del Personaje, al menos con estos textos.

Pero la idea de publicar me quedó dando vueltas y tengo infinidad de cosas que he ido escribiendo a lo largo de los años, con personajes que aparecen y desaparecen; siempre extraje de la realidad las historias que luego modelo y ficciono al escribirlas.

La dificultad (o quizás el desafío) radica en que para mi el oficio de escribir tiene mucho que ver con el del ventrílocuo.

Según yo lo veo, el ventrílocuo sube al escenario, se sienta, saca de la valija al muñeco, se lo acomoda en la falda y comienza la función. En todo momento se sabe que quien habla es el ventrílocuo, tanto cuando lo hace la persona como cuando lo hace el muñeco; juntos resultan imprescindibles para la tarea. La clave es la presencia simultánea de ambos, el hombre y el muñeco hablándose hasta llegar a un punto en que no se sabe quién maneja a quién.

Y cuando el número finaliza y cae el telón, el muñeco vuelve a su valija y el ventrílocuo a su vida de hombre. Y los dos ya no son.

Escribir para mi cobra sentido si yo formo parte del relato, a veces sentado en la silla y otras en las rodillas del ventrílocuo. Pero siempre en la escena.

Por eso las paredes que levanto al escribir las fijo con la cal y la arena de la ficción, pero están hechas con ladrillos absolutamente verdaderos. Es de la única manera que me sale escribir.

Cuando regrese a la gran ciudad, después de atender voy a buscar unos relatos que fui escribiendo hasta un poco antes de mi episodio coronario. Aunque una vez reunidos me voy a instalar acá -en la paz de la tierra de mis ancestros- a darles forma, haciéndole caso a Pessoa cuando sostiene que el campo “es” en tanto que la ciudad “promete”.

(Fernando Pessoa -el de la “vida verdadera y la vida pensada” a que refiere Ana en su ultima nota en el espejo fue el inventor de diversos personajes a los que después puso a escribir y llamó heterónimos, entre ellos Alberto Caeiro, a quien toma luego como su propio maestro.

Según cuenta en una carta a un amigo el mismo Pessoa, a los veintiséis años tuvo una iluminación que lo llevó a escribir ya como Caeiro, de pie y frente a una “cómoda alta” y en una tirada, treinta y seis poemas.

A este heterónimo habrían de seguirle Ricardo Reis, Álvaro de Campos y varios más, hasta llegar a Bernardo Soares, autor del inigualable “libro del desasosiego”: las maravillosas reflexiones de una intimidad sin habitante). Pero además de la inmensa obra, quizá otro aporte de Fernando Pessoa haya sido mostrarnos como no necesariamente estamos condenados a ser siempre los mismos. Y tal vez sea esto -además de la poesía- lo que sedujo a Ana: la posibilidad de ser otro.

Si para más “inri” le agregamos que -como definió Octavio Paz- un poema es “un objeto hecho de lenguaje”, saber detrás de qué poema y de qué Caeiro o Soares puede estar agazapada Ana, me resulta una tarea imposible.

Y sin embargo es con lo único que cuento: ella y los poemas.

Cuando estoy luchando con infinidad de carpetas sin título debido a mi desorden natural (hay palabras a las que habría que inventarles un nuevo antónimo porque el que tenían se desvirtuó, como es el caso de “desorden”; estoy en contra del orden, pero el desorden me complica la existencia; que habrá entre el orden y el desorden es una pregunta que siempre me hago). En plena lucha me entra un mensaje de Ana: “me gustaría conocer tu guarida; hoy tengo una reunión que finaliza a las ocho de la noche, si me das la dirección puedo estar ahí alrededor de las nueve”.

A las siete termino de atender; pido en el restorán de Ho (ahora tienen delivery) un Chau fan mixto y un Chop suey de verduras para las nueve treinta, pongo en la heladera un espumante “brut natural” regalo de una paciente, prendo un incienso de sándalo, elijo para que nos acompañe un concierto de Pat Metheny pero no lo llego a poner porque algo que veo en el canal “Volver” de la tele que tengo encendida, un sketch con Alberto Olmedo y Jorge Porcel me roba toda la atención. (En la época que el programa era de actualidad yo rara vez veía televisión, y cuando lo hacía era para ver boxeo o documentales de historia. O entrevistas).

Pero no puedo resistirme a ver lo que hacen estos personajes con una niña que debe arañar los veinte años: es realmente gracioso, cómico. Me retuerzo de la risa... Aunque a pesar de lo divertido pienso en lo inviable que sería tratar de poner al aire hoy -como algo actual- un programa así. Es el colmo del machismo mas recalcitrante sin discusión ni lugar a dudas.

Y sin embargo la lucha para finalizar con el machismo ha tomado otros rumbos; se parece más a una caza de brujas que a una genuina vindicación de los derechos de la mujer.

La verdadera lucha debiera hacerse en las empresas, tanto con la remuneración como con las posibilidades de progreso según la capacidad y sin considerar el sexo. Y también en los organismos públicos, ONGs y demás asociaciones, donde aun de manera mas o menos encubierta la supremacía del macho es indudable.

Pero se pone en discusión si fulano abusó de sultana con o sin -o no se sabe- su aprobación, olvidando que todos, acusados y acusadores, fuimos criados y educados viendo Olmedo y Porcel mientras cenábamos en familia.

En estas disquisiciones estoy cuando se hacen las nueve...

...Y así me agarran las diez, cuando entra un mensaje: "se me complicó, no creo poder llegar hoy. ¿Podremos correrlo para mañana?"

Medito un rato, me tomo un par de copas del “brut nature”, busco en mi biblioteca a Pessoa y copio (sin duda los celulares no fueron pensados para escribir poesía) prolija y lentamente:

“...ante la ficción del alma
Y mentirosa emoción,
¡con que placer me da calma
Ver que una flor sin razón
Florece sin corazón!
Pero al fin no hay diferencia.
Florece la flor sin querer,
sin querer la gente piensa.
Y lo que en ella es florecer,
Es nuestro tener conciencia.
Después, a ella y nosotros,
Cuando el Hado hace pasar,
Los dioses mueven las patas
Y nos vienen a pisar.
De acuerdo: mientras no vengan
Vamos a florecer o a pensar.”

F. Pessoa

1931

Te espero mañana a la hora que tus obligaciones te lo permitan.

Sólo querría saberlo un rato antes. Cuando estés segura.

Buenas Doc, ya creía que no lo iba a ver más. Supe por la encargada del edificio que anduvo con algunos problemitas de salud...

- Si, estuve algo perjudicado de la salud pero por suerte el problema ya es historia; lo que tengo que hacer por un tiempito es cuidarme un poco y trabajar menos: menos horas, menos días. Así que estoy viviendo mitad acá y mitad fuera de la ciudad, lo que me complicó la agenda con los pacientes. Pero nada que no se acomode en un par de semanas más.

Y contame cómo siguen tus cosas...

- ¿Se acuerda que al final habíamos decidido con Marce que yo no trabaje más en su consultorio porque la exmujer se había enfurecido cuando mi mamá habló con ella, que le dijo que me iba a matar...yo le conté a usted que ella andaba mal de los nervios por lo del post parto, se acuerda?

- Si, me acuerdo; y también me acuerdo de que en ese momento te dije que un embarazo que se pierde a los tres meses no causa depresión post parto; de hecho no hubo parto. Pero si, claro que me acuerdo del ...esteticista ...

- Esteticista bucal, o estomatólogo. Si, Marce, el amor de mi vida.

Hay Doc, usted no se imagina por la que estoy pasando, como yo siempre digo a mi los problemas me persiguen.

- También recuerdo haberte oído decir esto; pero por favor si podés hacerme un pequeño resumen de como siguieron las cosas desde que dejamos de vernos me va a ser mas fácil llegar a entender lo que te pasa hoy.

- Creo que le había contado que para vernos íntimamente Marce me llevaba al General Paz, de cinco estrellas; un lujo Doc.

- ...

- Bueno, un día Marce se puso a hacer cuentas y decidió que le convenía mas alquilar un departamento, así que buscamos uno y ahí instalamos nuestro nidito de amor; y nos veíamos cada dos días...era una luna de miel Doc, lo mejor que me pasó en la vida.

- Si se veían cada dos días es que no vivían ahí, o por lo menos no los dos, ¿es así?

- El seguía viviendo en su casa y esperaba que a la ex se le pasara la depresión para blanquearle lo nuestro; en realidad para contarle que seguíamos juntos, porque de mi ya sabía y del amor de Marce por mi también, y eso la volvía loca.

Yo seguí viviendo con mi mamá y tampoco le conté mas nada; además como desde que estoy con Marce ya no dependo de su plata, no tiene derecho a andar preguntando mucho.

- ¿Y donde o cuando los problemas volvieron a “seguirte”, porque hasta acá no llego a ver qué puede haber...

- El problema ahora lo tiene Marce; o los dos...la verdad no sabría decirlo. O mejor dicho no entiendo bien que es lo que le está pasando a el o que nos está pasando.

Se trata de la vida ...íntima, privada quiero decir...

Ay Doc, la verdad es que me da vergüenza, pero no tanto por mí...

- Vergüenza ajena se llama a eso que le pasa a otro y que al ponernos en su lugar sentimos. Y propia o ajena, la vergüenza siempre resulta incómoda a la hora de contar algo.

- Resulta que Marce...como decirlo, es... muy coqueto. Desde que nos conocemos siempre fue así; primero me pareció como dije, muy coqueto, hasta mimoso...quiero decir que le encanta que yo le seque el pelo con secador mientras lo cepillo, que le haga masajes y le ponga crema por todas partes.

Todo eso lo hago con mucho gusto, hasta ahí me encanta...pero ...

- Hay un juego erótico en eso, que suele ser buen alimento para la vida sexual de una pareja; le aporta sensualidad a lo cotidiano.

- Si, claro. Pero -de esto harán cuatro o cinco días- a la noche me pidió que le ponga ropa interior mía. Había estado en un spa donde lo depilaron y llegó pidiéndome

que le prestara un conjunto interior mío.

Al principio creí que era una broma pero el insistió; entonces me di cuenta que hablaba en serio. Y le presté la ropa...

Cuando volvió del baño con el conjunto puesto casi me caigo de espaldas. La verdad es que le quedaba bien, tenemos cuerpos parecidos aunque yo soy mas rellenita; pero además de quedarle bien se movía con una coquetería que creo que ni yo podría tener...me impresionaba verlo.

Entonces me pidió que lo pinte con mi maquillaje, y después ...

Ay Doc, se me cae la cara de vergüenza...y mire que si hay algo que no soy es tímida...pero en este caso...

- Si te parece evitemos los detalles y contame sólo "los títulos"; quiero decir que sin entrar en...

- ...Si si, lo entiendo Doc .

Bueno, le pegué.

- ¿...?

- Había traído una especie de látigo, además de otras cosas que también me hizo usar...Pero primero me hizo que le pegara con ese rebenque o látigo o que sé yo que era, pero que seguro que dolía; no se imagina como le quedó la cola, las nalgas digo ¡eran rayones rojos!

Y me pedía que le pegue más y más fuerte...Y lloraba...

Ay Doc, creí que me moría o que me iba a volver loca.

Después usamos todas las demás cosas...imagínese...

- De acuerdo, me las imagino. ¿Y que pasó después? ¿Cómo siguen en este momento?

- Después de esa noche nos vimos una sola vez y como por suerte yo estaba con mi período (y eso es algo que Marce respeta mucho) no tuve oportunidad de averiguar si ya se le pasó o sigue igual.

- Sería bueno saber que te pasa a vos con esta -digamos- "novedad" que trajo tu novio a la pareja; si sentís que te hace mal o lo tomás como un nuevo juego erótico quiero decir. O tal vez pienses que lo estás acompañando en un proceso que el tiene que hacer, para el que pareciera que te eligió de acompañante.

En estas cosas -como en general en todas las concernientes a la relación de pareja, algo solo funciona si los dos lo quieren; o por la contraria, si uno no quiere dos no pueden. Es la única regla que conviene respetar.

Y es la única objeción que se le puede hacer al funcionamiento de una pareja. Que no respete esa regla. Porque es entonces cuando uno de los dos puede salir perjudicado.

Pero todo lo que pase dentro de una relación de común acuerdo es privativo del ámbito íntimo y es ahí donde debe permanecer .

- Si Doc, claro que es así. Pero hay algo más que creo que no le conté...

- que me contarás la próxima vez que nos veamos. A menos que sea algo urgente...

- La verdad Doc es que no sé bien que es urgente...

- Algo que no puede esperar.

- Ah, bueno...entonces no, no es urgente...

Esta fue la paciente numero cinco de hoy y estoy fundido. Por suerte la pareja que seguía me corrió la hora para mañana, y tengo el resto de la tarde libre para juntar los papeles que me quiero llevar al campo.

El stent me dejó una molestia o dolor leve que, como me pasa con los acufenos, aparece cuando lo recuerdo.

O tal vez la molestia venga desde mas adentro, del corazón mismo. Y la causa no sea el stent sino Ana.

Quedamos en que viene a cenar.

Pero ayer también habíamos quedado y no vino.

Ayer me preparé, preparé la casa, la comida, la música, y no vino. Y ni siquiera sé por qué no vino.

Ayer la esperé y no llegó. Hoy no la voy a estar esperando.

Las únicas esperas que valen la pena son las que obtienen la recompensa en la llegada del esperado.

Y no estoy seguro de estar dentro de los afortunados.

Estamos tirados en la hamaca que volví a colgar en la azotea, bajo un cielo sin estrellas.
Es casi medianoche y hay atmosfera de lluvia.

Ana llegó a las nueve, con comida y flores.

Ravioles de espinaca y queso a la “parisien”, y cinco rosas de un rojo tan intenso que tendían al violeta. -Una por cada semana que pasó desde que nos conocimos- me dijo al ponerlas en agua.

(Creo que es cualidad excluyente de las mujeres la claridad aritmético temporal para medir una relación).

- Realmente ricos los ravioles; creo que la última vez que probé esa salsa estaba sentado en la falda de mi mamá.

- En realidad ayer se cumplieron cinco semanas...

- Qué cosa...¿no?

- ¿...?

- Que recuerde algo tan trivial como una salsa, mas de medio siglo después...

- Yo me refería a que ayer se cumpl...

- Ayer te esperé.

- Te avise que no po...

- Hoy no te esperaba.

- Pero vine.

- Viniste.

- ¿te hace feliz que haya venido?

- Ana, todo lo que sé de vos me hace feliz, tu presencia me hace feliz, recorrer tu cuerpo me hace feliz, oírte me hace feliz, olerte me hace feliz, hacerte el amor me hace feliz, enormemente feliz...

- Entonces no ent...

- Es lo que no sé de vos lo que me está matando.

Cuando no estas conmigo, que es el noventa y nueve por ciento del tiempo, tengo que sobrevivir con ese uno por ciento que me dejás en una nota adherida al espejo cada madrugada que te vas sigilosa a ocupar el noventa y nueve por ciento que es tu vida.

Pero como dijo alguien por ahí, que “todo tiende a la simetría, comenzando por la ley de las compensaciones”, inversamente yo cuento con ese noventa y nueve tuyo para reponerme y esperar, para esperarte.

Para vivir nuestro uno por ciento. Y entonces no venis...

- Gusto a poco; de eso se trata tu enrevesada pero entretenida perorata, si es que logro entenderte.

Aunque también podría entender que me estás pidiendo explicaciones, en cuyo caso recuerdo habértelas ofrecido...

-Si y no. Claro que me resulta poco, pero no quiero explicaciones.

Pero si pudiese preguntarte algo te preguntaría si con ese uno por ciento de tu vida que compartimos te alcanza.

- Hago que me alcance, porque es la única forma en que

puedo mantener nuestra relación. Además es ese maravilloso uno lo que me hace mas llevadera la existencia. Pero no estoy segura de haberte contestado lo que querías oír y temo que de seguir explayándome entremos en el terreno de las explicaciones, cosa que vos no...

- Ana, lo único que quiero ahora es sacarte la ropa y que me la quites a mi y hacernos el amor hasta que la pasión nos suba a un cohete que nos deje en la luna disfrutando de nuestro maravilloso uno por ciento.

Aplacado el fuego, me dice que tiene una buena noticia:

- Mañana debo quedarme hasta la tarde en Capital; o sea que puedo dormir acá y no salir "sigilosa" de madrugada dejando una inoportuna nota en el espejo.

- Sin duda es una buena noticia: juntando la noche de hoy y el mediodía de mañana podríamos rondar el dos por ciento.

- Ya ves, crecimos al doble. ¡brindemos por las cinco semanas y el crecimiento!

Después de correr para la tarde a la pareja que tenía que ver a la mañana (devolución de cortesías, me habían cambiado ellos de ayer para hoy) le preparo un desayuno como de Tiffany y se lo llevo a la cama.

Cubierta con una camisa mía (de cuando yo usaba traje y corbata) está leyendo un libro de poemas; una antología.

- Comparto el gusto en casi todos los poemas que subrayaste. Acá hay uno de Antonio Machado que me tocó estudiar en el secundario y del que quedé prendada: “yo voy soñando caminos”.

- “...en el corazón tenía
la espina de una pasión
logré arrancármela un día
ya no siento el corazón...”

Yo también lo aprendí en la adolescencia y también se me hizo carne...

“...mi cantar vuelve a plañir,
Aguda espina dorada
quién te pudiese sentir
en el corazón clavada...”

- De eso parece tratarse la tragedia humana; o la comedia, según se mire.

Hay algo, una frase que me quedó como un eco cuando te la oí leer hace unos días en el campo; La dice la mujer del relato... algo así como que la pasión no es amor ni se convierte en amor después; no creo que sea textual pero le anda cerca. ¿la tenés presente?

- Si, la tengo presente. Y es mas o menos como la recordás.

Quizá seas de la misma opinión, por eso la retuviste.

- Probablemente. En todo caso creo que el amor es lo que podría quedar cuando la pasión cede. Y no hay pasión que no termine cediendo, aunque no necesariamente para darle lugar al amor; o seguida por el amor.

La pasión es la mejor sustancia para el drama; si Shakespeare hubiese permitido que Romeo y Julieta envejecan juntos engordando, con dolores de gota y llenando crucigramas o dándole de comer a las palomas, la humanidad se habría visto privada de disfrutar desde la cómoda butaca de un teatro una de sus tragedias mas maravillosas y emocionantes.

- un si se hubiesen amado hasta el último día.

- ¡Exacto! Aun si el amor nunca les hubiese faltado, no existirían Romeo y Julieta.

Porque a diferencia de la pasión el amor busca la serenidad, la plenitud de la calma amorosa, el sosiego. Y la pasión es pura exaltación, pura intensidad, puro fuego, y como el fuego es efímera.

- Y así y todo, ya ves, seguimos cantando “quien te pudiese sentir, en el corazón clavada”.

- Eso, querido Doc, le suele pasar a las personas cuando producto de algún desarreglo o un conflicto sin resolver permiten que la vida real, la ficción, la poesía y la fábula se les mezclen.

De nuevo en la hamaca, bajo el roble. El “Nocturno numero uno” de Chopin rellena los huecos dejados por un viento inconstante que sopla del norte.

(Mi preferencia por Chopin me debe llegar en el ADN como herencia de mi abuelo, un gran admirador y un mediocre intérprete -al piano- de don Federico. Lo que me diferencia de mi abuelo es que yo agregué a mis gustos “Los redondos”, Piazzola y unos cuantos mas que me permiten descansar de Chopin).

Aunque mi intención era comenzar a organizar papeles, una idea me ronda desde hace días y decido detenerme en ella.

Mi relación con Ana, dejando de lado la enorme nube de misterio que envuelve a su persona, me sitúa mas o menos en el mismo lugar en el que estaba el galán gardeleano de la historia que le leí, y a ella (Ana) en el de la mujer que la relata (mi mujer en la vida real de entonces).

Ignoro todo lo referente a su vida, pero sin duda tiene compromisos; a alguien quiero decir, alguien o algo, un vínculo que cuida y respeta. Mas que a nada. Y que probablemente no esté al tanto de mi existencia ni de nuestra relación, ni en el ánimo de ella figure contarle.

Pero es al galán al que me refiero. En un momento del relato le aclara que el amor no cabe en esa relación; si en cambio le ofrece -y le da- pasión y paz (creo que es exactamente como lo dice). Y creo que excluye el amor porque sabe que no es posible habitar un corazón ocupado. Y bien o mal era la situación de la mujer: si hay alguien que puede decirlo ese soy yo, entonces marido y aún habitante -por poco tiempo mas- de ese corazón. En aquel entonces yo vivía obsesionado con la figura de “El Otro”: representaba al amante prohibido, la pasión, la libertad, el canto sublime de los cuerpos entrelazados y varios eróticos etcéteras más. Eso eran para mi los otros, los amantes de mi mujer.

Hoy, cuando el destino me pone del lado contrario, lo que creo es que “el otro” puede ser simple comparsa.

En el mejor de los casos puede resultar una roca que asoma brevemente en el mar cuando baja la marea y en la que el nadador puede reponer fuerzas, pero deberá seguir nadando en cuanto la marea vuelva a subir.

En esta analogía (no muy inspirada) donde el mar es la pareja y la roca el amante, el nadador experto -como podría ser el caso de Ana- sabe que la roca es para repostar y no para quedarse; no se confunde.

Quizás lo que yo deba asumir es que antes como ahora soy el que se ha confundido: Cuando fui mar no lo supe y cuando soy roca quiero ser mar.

Definitivamente he vivido en la confusión.

O tal vez -como la escuché a Ana decirme- la causa de todo sea que no me gustan las reglas; simplemente me cuesta aceptarlas y mi reacción natural es saltarlas.

Pero esta vez me agarra con los ojos bien abiertos. Y todo lo que estoy viviendo permite una sola lectura que más vale que acepte si quiero conservar ese maravilloso uno por ciento que me pertenece.

Aunque esta vez en el reparto me toque ser la roca.

“Te trato de resumir: cuando yo era estudiante de derecho, por intermedio de la madre de una amiga conocí una ONG que se ocupaba de chicos desaparecidos.

- “Missing children”...

- Todavía no se llamaba así, eso vino después, ya estando en funciones María Marta García Belsunce.

- La famosa...

- Si, la famosa. Lástima que fuese el horrible fin que tuvo lo que la hizo famosa, porque la tarea que realizó en Missing children fue descomunal.

A poco de conocerla, una vez me tocó acompañarla hasta dentro de una Villa complicada a ver una familia que tenía un hijo desaparecido; yo temblaba como una hoja y en todo momento ella me contuvo mientras hacía su trabajo.

Creo que fue en homenaje a su memoria que ingresé a Missing children Argentina como asesora jurídica “ad honorem”, y desarrollo la tarea desde mi lugar de trabajo habitual; pero una vez al año se hace una cena en distintos lugares y en esta oportunidad le toca al hotel NH Mendoza, al que debo asistir en tres días.

- ¿Y me estás invitando?

- No exactamente. Lo que se me había ocurrido es que

podríamos encontrarnos ahí después de mi evento y recorrer algunos lugares, digamos un par de días; si tus obligaciones te lo permiten.

- Me encantaría, pero quizás debas pensar mas en tu reputación...

- Preferiría que dejases en mis manos esos temas.

Te tengo que cortar. En todo caso pensalo y avisame. Adío”

Desde que mantuvimos esta charla telefónica hace dos días no nos comunicamos mas hasta hace cinco minutos, cuando estaba ordenando papeles y me entró un mensaje:

“ No recibí ninguna respuesta; entiendo que debés estar ocupado y no te es posible lo de Mendoza. Es una pena, me hubiese encantado recorrer juntos esos lugares maravillosos.

Beso. A.”

No lo pienso más.

Preparo la vieja Hillux de mi hermano, pongo un par de mudas en un bolso, acondiciono el equipo de mate y tomo la ruta Cinco, con primera parada en Junín y destino final la ciudad de Mendoza. Casi novecientos kilómetros y once horas de viaje es todo lo que me separa de disfrutar a pleno de mi uno por ciento.

Mientras voy viajando una pregunta me trepana la cabeza:

¿Será que me estoy enamorando como un perro?

Al apersonarme en el hotel pregunté por la Doctora Ana....

Con toda la amabilidad del mundo la recepcionista inquirió “delante de quien tenía el gusto de estar”; y ahí cometí el primer error.

Jamás podré saber que me llevó a contestarle “el marido”, pero eso fue lo que hice, y tuve la suerte de que me creyera.

Me preguntó si deseaba tomar algo mientras trataba de averiguar si “mi esposa” estaba dentro del hotel, cosa muy probable ya que el evento se desarrollaba ahí mismo.

Al no obtener respuesta de ninguno de los lugares en los que preguntó, me ofreció acompañarme a la habitación -si es que deseaba esperarla allí-. Y entonces cometí el segundo error: le dije que si.

Y hace una hora que estoy instalado en la habitación.

Mientras observo una estatuilla muy bonita de unos veinte centímetros hecha en madera oscura en cuyo pie una plaqueta reza “en reconocimiento por su desinteresado aporte, MCA”, me pregunto que razones me han llevado a actuar de esta manera. Encima para terminar de componer el cuadro le pedí a la amable recepcionista que no le avisara a “mi esposa” que yo estaba; -para que la sorpresa sea mayor- le dije.

Estoy perdiendo el rumbo...después de doce horas de manejo y casi un día sin dormir me estoy yendo a la banquina. Todavía estoy a tiempo de desaparecer y creo que es lo mejor que podría hacer; ya veré luego cómo avisarle a Ana que estoy en Mendoza...

Esa disyuntiva me ocupa cuando escucho un suave llamado a la puerta. Un botones muy elegante me entrega un enorme ramo de flores a cambio de una firma y una propina.

“con todo mi amor y admiración ” dice la tarjeta. Y la firma “tu marido”.

Coloco el ramo sobre una mesa, borro toda huella de mi paso y salgo del cuarto como lo haría un ladrón, silencioso, en puntas de pie y mirando para todos lados.

Antes de dirigirme a la calle me acerco a la recepcionista y guiñándole un ojo le digo que cambié de idea y que la voy a sorprender en otro lado, por lo que le pido que no le diga que la estuve esperando; con otro guiño cómplice me da su acuerdo.

Ya afuera del hotel y sentado en la camioneta que dejé en el estacionamiento me golpeo la cabeza contra el volante a ver si se me acomodan las ideas. Me siento un usurpador, un falsificador, un verdadero idiota.

Me enfurece pensar en cómo pude actuar así: fingir ser el marido y aprovechando la credulidad de una empleada inmiscuirme en la privacidad de su dormitorio...¿con

que propósito? Más me lo pregunto y más me enfurezco conmigo mismo.

El dolor de los golpes junto con la furia que siento me llenan de lágrimas los ojos impidiéndome ver; solo siento dolor y veo estrellas.

En ese momento alguien me golpea el vidrio; me despejo la cara con las manos y entonces veo a la recepcionista que valiéndose de mímica me está tratando de decir algo. Hace mas de seis horas que estoy viajando de regreso. La amable empleada del hotel me había visto subir al auto y quería avisarme que “mi esposa” ya se encontraba en la habitación -por si quería darle la sorpresa-.

La furia va cediendo a medida que me voy alejando de Mendoza. Pero el dolor viaja en sentido inverso: crece con cada kilómetro que me va separando de Ana.

Tengo por delante mas de cinco horas de ruta para ordenarme la cabeza.

O para hacer que la cabeza vuelva a ordenarle claridad a lo que siento: estoy afuera; afuera de esta relación, afuera de la vida de Ana, afuera de las fantasías que yo solo fui dejando que crezcan sin orden ni concierto dentro de mi.

Sólo estando ciego puedo no haber visto la realidad; sólo sordo pude no oír lo que de distintas maneras Ana siempre me dijo o me dio a entender: que estábamos jugando un juego en el que quien se enamora pierde.

Y yo, curtido en todas las guerras, sobreviviente de tantas calamidades, vengo y me enamoro como un tierno adolescente ...

Abro las ventanas de la camioneta y me pongo a gritar, en mitad de la ruta:

¡Porque eso es lo que me pasa: me enamoré como un perro!

¡Y un perro enamorado es incapaz de distinguir entre pasión y amor!

¡Un perro enamorado es Romeo y es Julieta y es el uno y el noventa y nueve por ciento de todo!

¡Un perro enamorado no acepta las reglas!

Un jodido perro enamorado.

Así me sentía cuando llegué de Mendoza, hace una semana.

Después de dormir doce horas y quedarme bajo la ducha fría otra media, decidí que ya estaba bien de autocompasión.

Con los dos litros del Stanley, medio paquete de yerba, flores recién picadas, el JBL con toda la pila para hacer bramar al Indio Solari hasta dejarlo afónico y varias carpetas con escritos y hojas en blanco, me instalé bajo el roble a dar inicio a otro capítulo de mi vida.

Cuando llevaba un par de horas compilando relatos a los que intentaba dar cierta solución de continuidad, recibo un mensaje de Ana: “te envié un email, te aviso no porque esté esperando una respuesta sino porque se que no revisas tu correo con asiduidad. No es muy breve así que te conviene mas leerlo en la compu que en el celular” A.

Aunque intento dejarlo para mas tarde a los cinco minutos estoy tratando de leer en el teléfono el largo correo que me envió; tiene razón: es imposible hacerlo por acá. La vida es dinámica. Hace diez minutos estaba sentado bajo otra sombra, en otra actividad y con otros propósitos. Y bastó el mensaje de Ana (un simple mensaje con el aviso de otro mas largo) para hacerme cambiar no sólo

de árbol sino que reemplacé el mate con un JW triple, hice callar a Los Redondos para darle paso a Ravel con su “Bolero” (eso si, mantuve el volumen), imprimí el correo, me armé otras flores y me senté a leer bajo la tupida sombra de un tilo.

“Querido Doc:

Te dije en un mensaje previo que este correo, esta carta, no necesita una respuesta.

Pero también te dije otro montón de cosas a las que no hiciste caso, de modo que supongo que harás lo que te parezca.

Entre las cosas que te dije -en ese caso te escribí- estaba no enamorarse.

También te dije que el uno por ciento era lo que yo podía poner para mantener nuestra relación.

Te dije (en realidad lo dijo la mujer del relato que leíste) que la pasión no es amor.

Y podría continuar con los “te dije” pero tengo menos ganas de escribirlos que -seguramente- vos de leerlos.

Sé que estuviste en Mendoza. Al rato de haberte ido, la recepcionista con la que hablaste se me acercó, preocupada por el estado en el que te vio en el auto al irte; entonces me contó que antes te había acompañado hasta la habitación, donde permaneciste esperándome con la mala suerte de ser a quien le tocó recibir las flores que mi marido -el verdadero- me había enviado.

-“Quería darle una sorpresa”- me dijo la empleada.

Y vaya que me hubiese sorprendido si te encontraba en mi cuarto. Es una de las cosas tuyas que admiro (y eso que no siempre has estado del lado correcto de la ley): ser impredecible.

Si, tu manera de proceder desde el día del “desacato” en el Juzgado, -pero aún después, cuando entendí que más que tu manera de proceder era tu manera de ser- me prendó. Quizá por eso de que se admira aquello de lo que se adolece.

En ese momento (cuando te cité por segunda vez al Juzgado) me nacieron ganas de enfrentarte, como si me estuvieses provocando; y decidí hacerlo con tus mismas armas. Jugar con tus mismas cartas.

Y lo que siguió después ya los dos lo sabemos.

Pero necesito que sepas que yo también me involucré; hay una parte de mi lastimada y que me duele, y mucho. La diferencia entre nosotros no es tanta; y es todo.

Porque yo tengo pareja, marido, al que amo profundamente.

Mas de veinte años de convivencia mellan cualquier vínculo, para no hablar de la pasión. Pero si la base está hecha de amor -como en mi caso- se mantiene a flote y resiste las tormentas.

Lo curioso es que cuando vos y yo nos conocimos, la relación con mi marido distaba de ser tormentosa. El es-

taba terminando un PhD y tenia que defender su tesis de manera presencial en Londres, lo que lo llevó a viajar dos veces en cuarenta días.

(Ahora que lo escribo pienso que tal vez algo de enojo me produjesen sus ausencias).

Como sea, no creo que dudes de mi entrega o de mi pasión por vos. No recuerdo haber sentido con mi marido algo tan intenso como me pasó contigo; ni en los primeros años de mi matrimonio.

Pero como ya dijimos, pasión no es amor.

Y ni en diez siglos creo que podría amarte. Porque amo a otro, con quien hace más de veinte años venimos construyendo un amor que es para toda la vida.

Y no son simples palabras. Un amor para toda la vida es una gracia, un don, una bendición que no a todo el mundo alcanza.

Quizá por tener esto por seguro es que me animé a hacerme frente aquel día en el Juzgado. No estaba en juego mi felicidad y pudo mas mi curiosidad. Y vos te ocupaste del resto.

Esa es la diferencia entre nosotros: en mi vida yo tengo el amor y en la tuya vos la soledad. Por eso tal vez sientas que faltó “simetría” (así la llamaste) en nuestra relación. Vos tenés todo para dar y yo no; porque yo ya lo dí. Simplemente así son las cosas.

Si te sirve de algo, sólo con vos pude sentirme Julieta
mientras fuiste Romeo.

Te deseo que encuentres a tu amor.

Nunca dejes de buscarlo.

A.

PD: aunque nunca lo mencionaste, siempre sospeché
que el relato que me leíste pertenecía a episodios de tu
vida real. Me quedará la duda.

XLIV

Luego de permanecer en el campo un mes más, alternando viajes a la gran ciudad semana por medio, decido regresar. Volver a fijar residencia allá, en la gran urbe.

Voy a vivir en la ciudad, que es -por detestable que me resulte a veces- como un gran signo de interrogación; ahí todo puede suceder.

El campo hoy es para mi como un mapa de mi soledad. Me viene a la memoria la frase con que la que Mark Twain cierra un maravilloso relato, El diario de Adán y Eva: “donde quiera que ella estuviese, ahí era el Edén”.

Este lugar, como conté antes, fue en mi niñez el Paraíso; y lo sigue siendo.

Pero resulta que se me perdió Eva. Y sin ella no hay Edén posible.

Cuando estoy entrando a la gran ciudad en el confortable auto de mi hermano el móvil me avisa que tengo un mensaje; es del Personaje preguntándome si adelanté la tarea que le había prometido.

- Estoy trayendo conmigo unos centenares de páginas que creo pueden resultar de tu interés. Ya tienen la forma de libro, solo les falta la corrección de estilo y algún ajuste más pero quedó bastante redondo.

- Por la corrección y los ajustes no te preocupes, tengo buena gente que se ocupa de eso.

¿Y ya sabés como se va a llamar, le pusiste título?

Observo por la ventana los contornos de la ciudad de noche que a medida que nos acercamos pareciera que va a tragarnos con su inmensidad. Por un instante fijo la mirada en el cielo opaco y le contesto:

- Un cielo sin estrellas. Se va a llamar “Un cielo sin estrellas”.

Buenos Aires / La Anita.

Noviembre del 19. Marzo del 20